

ideas

PARA LA
**ARGENTINA
DEL 2030**

ideas
PARA LA
**ARGENTINA
DEL 2030**

Título: Ideas para la Argentina del 2030

Idea y Dirección: Iván Petrella, Pablo Marzocca, Antonio Beun

Edición: Sofía Aruguete, Lucía Bosoer, Mora Padín Marchioli, Denise Regatky

Ideas para la Argentina del 2030 / Sabrina Ajmechet... [et al.];
compilado por Iván Petrella; Pablo Marzocca; Antonio Beun; editado por
Sofía Aruguete... [et al.].
1a ed. Rincón de Milberg: Área Cuatro, 2019.
216 p.; 23 x 16 cm.
ISBN 978-987-47286-0-9
1. Sociedad. 2. Análisis Político. 3. Argentina.
CDD 320.82

© 2019, de cada texto, su autor.

Tirada: 1000 ejemplares

Diseño y diagramación: M&A diseño y comunicación S.R.L. / info@myaweb.com.ar

Impreso en el mes de Junio de 2019 por Área Cuatro S.R.L. / info@areacuatro.com.ar

Derechos reservados. Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

Libro de edición argentina. Impreso en Argentina. Printed in Argentina.

Queda prohibida la reproducción total o parcial, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso escrito de el/los autor/es.

ideas

PARA LA
**ARGENTINA
DEL 2030**

ÍNDICE

Argentina 2030: visión y futuro	11
01. Ideas para la Argentina del 2030: una nueva conversación <i>Antonio Beun y Pablo Marzocca</i>	15
02. Una sana relación con el pasado <i>Sabrina Ajmechet</i>	19
03. Desafíos e interrogantes de un mundo automatizado <i>Franco Amorosi</i>	23
04. 1930-2030: Argentina frente a su historia democrática <i>Santiago Bestilleiro Lettini</i>	27
05. Hoy por vos, mañana por mí: ¿qué transferimos entre generaciones en una sociedad que envejece? <i>Alejandro Biondi</i>	31
06. “Como nene con chiche nuevo”: resignificar la privacidad <i>Sebastián Bortnik</i>	35
07. Mujeres en la economía: cómo lograr un desarrollo inclusivo <i>Florencia Caro Sachetti</i>	39
08. Después de la paridad, ¿qué? <i>María Emilia Cerra</i>	43
09. Hacia una seguridad del siglo XXI <i>Martín De Simone</i>	47
10. Ética 2.0 <i>Ana Laura Diedrichs</i>	51
11. Política, proximidad y transformación personal <i>Francisca Estenssoro</i>	55
12. Una nueva manera de crecer <i>Mariana Fernández Escobar</i>	59
13. El estereotipo del maestro argentino <i>Fernando Giménez Zapiola</i>	63
14. Inteligencia Artificial y analítica avanzada: el futuro de las escuelas argentinas <i>Nicolás Giménez</i>	67
15. Sobre ramas y brotes <i>Sergio Giuliano</i>	71

16. Abrir al mundo la educación superior <i>Patricio Goldstein</i>	75
17. Desurbanismo <i>Guadalupe Granero Realini</i>	79
18. Sustentabilidad, ambiente y futuro <i>Federico Holm</i>	83
19. Cómo desarrollar la complejidad económica de Argentina <i>Gonzalo Huertas</i>	87
20. Ok computer: ¿de qué hablamos cuando hablamos de IA? <i>Micaela Mantegna</i>	91
21. Las pantallas como espejos aumentados <i>Melina Masnatta</i>	95
22. Salud e investigación científica: ¿necesita Argentina una ley nacional de investigación en salud humana? <i>Ignacio Mastroleo</i>	99
23. Un observatorio de la comunicación humana <i>Mora Matassi</i>	103
24. Gobierno digital en un mundo sin fronteras <i>Augusto Mathurin</i>	107
25. Aprender y enseñar en un contexto rural <i>Tomás Montemerlo y Federico Azpiroz Costa</i>	111
26. El deber moral de asombrarnos <i>Valentín Muro</i>	115
27. Una ciencia del comportamiento democrático <i>Joaquín Navajas</i>	119
28. Aprender de datos: educación y exploración <i>Martín Palazzo</i>	123
29. Bad hombres <i>Carolina Inés Pan</i>	127
30. Repensar la representación política en el siglo XXI <i>Nicole Peisajovich</i>	131
31. La historia y el “síndrome de la refundación” <i>Camila Perochena</i>	135
32. Tecnología y capital social en barrios vulnerables <i>Guadalupe Rojo</i>	139
33. Repensando Argentina en el mundo <i>Augusto Nicolás Salvatto</i>	143
34. Elogio de la indiferencia: ¿leer más o leer bien? <i>Joaquín Sánchez Mariño</i>	147
35. Del futuro del trabajo al futuro de la formación profesional <i>Luca Sartorio</i>	151
36. Tecnología vs. comercio: una aplicación de <i>behavioral economics</i> <i>Marco Sartorio</i>	155
37. El 2030 nos encontrará programando o programados <i>Santiago Siri</i>	159
38. Género y medios 2030 <i>Brenda Struminger</i>	163
39. Un sector público basado en evidencia <i>Agustina Suaya</i>	167
40. La importancia de saber ordenar un millón de libros <i>Milagro Teruel</i>	171

41. Fin de la aversión al riesgo: ¿la clave para contar con empresas globales en 2030? <i>Lucas Toledo</i>	175
42. El desafío de la inclusión digital <i>Mariana Varela</i>	179
43. Las ciudades del futuro tendrán que ser escenario de nuevos derechos <i>Antonio Vázquez Brust</i>	183
44. La nueva demanda de movilidad y los desafíos del futuro <i>Alejo Vidal</i>	187
45. Hacer con lo que hicieron de nosotros <i>Lucía Wei He</i>	191
46. Las dos repúblicas <i>Gabriel Weitz</i>	195
47. Debate público y comida chatarra: el caso de la deuda soberana <i>Anahí Wiedenbrüg</i>	199
48. El personal es políticas: apuntes sobre diversidad para una sociedad inclusiva <i>Mayra Zak</i>	203
49. No hay malas palabras <i>Bárbara Zeifer</i>	207
50. La teoría del 5% <i>Gabriel Ziblat</i>	211

ARGENTINA 2030: visión y futuro

Durante muchos años, Argentina se cerró sobre sí misma. El fenómeno, si bien es particularmente económico y político, con abandono de mercados internacionales y descuido de relaciones diplomáticas históricas, va mucho más allá de eso. En un momento global de ebullición tecnológica, científica, política e intelectual, el país quedó al margen de las grandes discusiones del siglo XXI. Anclados en un presente de aislación, nos limitamos a discutir el futuro mirando sólo hacia dentro de nuestras fronteras y hacia nuestro pasado. Nos limitamos a nosotros mismos.

La negación a pensar de forma profunda el futuro no afecta solo a los gobiernos: representa un problema más amplio de nuestro país, al que le ha costado mucho imaginarse y proyectarse hacia el futuro. Vivimos, gran parte del tiempo, en una actitud tímida y poco global a la hora de encarar nuestros problemas, con una discusión pública muchas veces cerrada y melancólica. Temas que en nuestro país suenan a ciencia ficción son, en muchas partes del mundo, parte de la conversación de coyuntura.

A esto se suma que imaginar el futuro es particularmente difícil. Faltan once años para el 2030, y si miramos hacia atrás, once años nos dejan en 2008. Los cambios que el mundo experimentó en ese período de tiempo parecen, en perspectiva, impredecibles. En 2007 salieron al mercado por primera vez el *iPhone* y el *Kindle*. En ese momento no existían ni el *iPad*, ni *Uber*, ni *Airbnb*, *Android*, *Spotify*,

Instagram, Snapchat o WhatsApp. Facebook se abrió a cualquier persona recién en septiembre de 2006. CRISPR, la técnica más promisoría para realizar edición genética, era ciencia ficción. Esto no se limita a la tecnología y la ciencia: hace once años Estados Unidos no había tenido un presidente afroamericano, el Estado Islámico no existía, China no había construido islas artificiales y si alguien nos hablaba de “*fake news*”, no habríamos entendido.

Hoy, estos cambios nos presentan desafíos transversales que atraviesan a distintos aspectos de nuestra sociedad, desde lo productivo y lo técnico, y lo educativo y ético, hasta las relaciones internacionales y las instituciones mismas de la democracia. Si tomamos el pasado como referencia, muchos cambios y disrupciones que no podemos prever aparecerán entre hoy y el 2030. El país que queremos construir es uno integrado al mundo, con una democracia fuerte y vibrante y una economía que genere riqueza y oportunidades para todos. Argentina 2030 parte de la convicción de que, para construir un país contemporáneo, global y protagonista, y en especial por el carácter impredecible del futuro, hay que ir más allá de las políticas públicas y de los gobiernos comprometidos con el largo plazo: necesitamos cultivar nuestra apertura a nuevas ideas, revisar nuestros viejos paradigmas y no cerrarnos a los desafíos.

La discusión pública, en la que se encuentran líderes y formadores de opinión provenientes de distintos sectores del país, muestra muchas veces las limitaciones que tenemos para pensar presente y futuro, producto de prejuicios anacrónicos. Solemos, por ejemplo, plantear una dicotomía entre industria y actividad agropecuaria que se arrastra desde el siglo XIX y XX y que poco tiene que ver con la realidad económica del país. Los productos agropecuarios de hoy requieren tanto antes del cultivo como durante la producción y después de la cosecha procesos tecnológicos muy sofisticados, que implican conocimientos y desarrollos superiores a los de muchos productos industriales. Tal vez nuestras imágenes del progreso están desactualizadas y fuera de lugar. También pensamos con categorías viejas la relación, por ejemplo, entre lo público y lo privado, que se

desdibuja en el mundo de las empresas del siglo XXI, muchas veces dispersas alrededor del planeta, y Estados que poco tienen que ver con los de hace cien años. Hoy, la gran pregunta no es cuánto de nuestra vida debe ser determinado por el Estado y cuánto por el mercado y la sociedad civil, sino cuánto de nuestra vida debe ser dirigido y gobernado por sistemas digitales y algoritmos, una discusión que casi no tenemos.

Como escribiera Alexis de Tocqueville en *Democracia en América*, “se necesita una ciencia política nueva para un mundo que en sí es también bastante nuevo”. Lo extraño que él encontraba en la sociedad norteamericana, que desafiaba sus categorías tradicionales europeas, es comparable a intentar entender el mundo de hoy con las categorías de ayer. Y esto es particularmente relevante para un país que, después de años de alejarse de la conversación global, quiere volver a participar de ella e imaginar su futuro. Para construir un país contemporáneo, global y protagonista tenemos que actualizar los conceptos con los que entendemos tanto el mundo como nuestras posibilidades en él.

Pero ¿qué implica “ser global” para un país en desarrollo que en unos momentos y aspectos es parte de Occidente y, en otros, de un Occidente ampliado? Más aún, ¿qué quiere decir integrarse al mundo en términos de las personas, o en términos de las empresas o los procesos productivos? También queremos ser una democracia fuerte y vibrante, con una sociedad civil activa, un escenario político competitivo y una discusión pública cada vez más profunda. ¿Pero cómo se hace eso en un contexto de *fake news*, de sociedades que se encapsulan en burbujas de contenidos y de crisis de muchos paradigmas políticos tradicionales? Finalmente, queremos una economía fuerte y que genere riqueza y oportunidades para todos, pero ¿cómo se logra eso en el mundo de las nuevas actividades productivas, de la Inteligencia Artificial y de, por ejemplo, la posibilidad de trabajar remotamente para una empresa en la otra punta del planeta?

Para poder alcanzar esa Argentina del 2030 necesitamos poder imaginarla. Y para poder imaginarla, a la altura de los desafíos que

presenta el mundo hoy y en el futuro, necesitamos actualizar nuestro pensamiento y nuestras categorías. Necesitamos tener nuevas conversaciones, y traer ideas nuevas a las conversaciones que ya tenemos. Necesitamos que, en la sociedad argentina, dejemos de ver cuestiones que ya son parte de la realidad global como elementos de ciencia ficción. Necesitamos corregir, en muchos casos rápidamente, el desfasaje que muchos años de aislamiento nos provocó respecto de la vanguardia mundial. Tal vez en los líderes más promisorios de las generaciones más jóvenes del país esté la clave para acelerar este proceso.

Iván Petrella

Director del Programa Argentina 2030

IDEAS PARA LA ARGENTINA DEL 2030: una nueva conversación

El mundo está cambiando a una velocidad exponencial. Esto es evidente en el campo de la tecnología, donde los desarrollos de los últimos años parecen muchas veces propios de la ciencia ficción, pero, con menos estridencia, el cambio se da en muchas más facetas de nuestras vidas. Cambia nuestra forma de generar conocimiento y de educarnos, cambian nuestros modos de producir y de consumir, cambian nuestras formas de relacionarnos, tanto en lo privado como en lo público y político. En medio de esta aceleración, las preguntas aparecen más rápido que las respuestas: ¿Qué rol juega la ética en la programación de Inteligencia Artificial? ¿Debemos regular Internet? ¿Qué rol cumplirá el trabajo en un marco de producción cada vez más automatizado y complejo? ¿Cómo educamos y aprendemos en la era de la información? ¿Cómo cambia la representación política cuando los nuevos medios de comunicación vuelven todo más horizontal?

La aparición de estas preguntas pone en evidencia, con mucha

frecuencia, la incapacidad de la discusión pública para hacerse cargo de ellas. Cada vez son más los tomadores de decisión y formadores de opinión que tienen que enfrentarse a temas que se escapan de su experiencia previa, lo que supone un enorme desafío. Frecuentemente vemos intervenciones públicas que desnudan una profunda dificultad para comprender los temas sobre los que se deben tomar decisiones o informar. El resultado es que a los interrogantes y dificultades que supone el presente se opone con frecuencia el desconocimiento y la ignorancia.

En Argentina la situación no es mejor. A la discusión pública aún le cuesta comprender, por ejemplo, el impacto que las redes sociales y las nuevas formas de comunicarse tuvieron en la política electoral. Los paradigmas de discusión sobre el trabajo se basan en un formato de producción industrial que ya no existe. Las ideas sobre educación muchas veces hablan de una escuela y de relaciones entre alumnos y maestros que ya no están ahí. Nuestra conversación cotidiana, en suma, tiene un problema de conceptos y de categorías, que quedan cortas para discutir de manera profunda la realidad. Y el reverso de esta carencia es que nuestra capacidad para imaginar una Argentina del futuro queda seriamente comprometida.

¿Por qué nos cuesta tanto trazar nuevos marcos de pensamiento? Responder a esta pregunta requiere una referencia inevitable: ¿Quiénes son los actores principales de la conversación pública? ¿Qué sucesos los marcaron como generación? ¿Qué discusiones les sacaban el sueño? En su enorme mayoría, en Argentina la discusión la llevan adelante personas que no vivieron toda su vida en democracia. Muchos de ellos formaron sus ideas discursivas y políticas durante la dictadura y la Guerra Fría. Nadie duda que su aporte fue invaluable para configurar la democracia argentina, y hoy necesitamos categorías que nos permitan comprender también los problemas del presente.

Bajo el ruido de la superficie, empieza a aparecer una nueva conversación. Hay discusiones en las que, con menos certezas, nuevos interlocutores reinventan conceptos para interpretar una realidad

compleja y demandante. Se trata de una generación que no está nada conforme con el *statu quo*, y que hace un esfuerzo importante por rebautizar una realidad difícil de comprender. Una generación que cree que es imposible explicar el siglo XXI con las categorías del siglo XX, y que la motiva no sólo encontrar nuevas respuestas sino, por sobre todo, el desafío de hacer nuevas preguntas. Muchos exponentes de esta generación hicieron su aporte con un texto para este libro.

Intentar encontrar estas nuevas ideas no fue una tarea sencilla. La mayoría de sus autores aún no ocupa un lugar consolidado en la opinión pública, y por eso fue necesario emprender un trabajo de búsqueda y rastreo. A los candidatos que aparecían les preguntamos qué era lo que, en su opinión, debíamos discutir en Argentina de cara al 2030, y también les pedimos que nos recomendaran personas a las que deberíamos preguntarles lo mismo. Esto permitió tener hoy una colección de textos diversos y en gran medida complementarios, que no hacen futurología, sino que miran hacia el futuro con los pies puestos en el presente. Y también permitió construir una red de personas genuinamente apasionadas por estos temas, con una gran vocación de conversar acerca del país y de sus desafíos.

Los temas de tecnología, economía, producción y desarrollo, educación, política y género encuentran en este libro una nueva vinculación directa con la realidad de nuestro país y exponen la visión de muchos de los que nacimos y nos criamos en el marco de la democracia argentina. Esas nuevas perspectivas y discusiones no tuvieron demasiado lugar para florecer en los últimos años, que se caracterizaron por un discurso vertical que impuso a la discusión pública un maniqueísmo insoportable. Hoy podemos empezar a escuchar interpretaciones que complementan la solidez democrática de toda una generación pasada, que vienen a construir más profundidad en una historia que, en los tiempos de un país, recién empieza.

De cara a la Argentina del 2030, debemos fomentar una conversación renovada, más fresca, más arriesgada y menos prejuiciosa.

Nuestra democracia es joven y goza de buena salud. Llevarla a la próxima etapa, ponerla a la altura de lo que queremos para nuestro país, es una responsabilidad que no podemos exigir solamente a nuestros mayores. Para estar a la altura de los desafíos del siglo XXI, es hora de repensar qué discutimos y cómo lo discutimos. Este libro intenta, con cada uno de sus textos, ser un paso en esa dirección.

Antonio Beun

Pablo Marzocca

Equipo Argentina 2030

UNA SANA RELACIÓN con el pasado

Sabrina Ajmechet

Licenciada en Ciencia Política (UBA), magíster en Historia (IDAES-UNSAM) y doctora en Ciencias Sociales (UBA). Es becaria posdoctoral del CONICET, docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, vocal titular del Club Político Argentino, y coordinadora de la Maestría en Políticas Públicas y Gerenciamiento del Desarrollo (UNSAM - Georgetown).

¿Cuál es el lugar que debe ocupar la historia en el espacio público? ¿Cómo debemos pensar esa relación mirando al futuro de Argentina? Esta es una pregunta que nos hacemos aquí y que se repite en cada lugar del mundo, especialmente en aquellos países que han experimentado violencia y autoritarismo en los años recientes.

Una de las formas posibles de generar legitimidad es apelando a la historia en busca de insumos para construir una identidad política determinada. Ahora bien, ¿es bueno para nuestras sociedades recordar una y otra vez los momentos difíciles del pasado o, acaso, es mejor construir una narrativa que se centre en proyectar un futuro feliz? ¿Cuál es la medida justa entre un silencio plausible de ser acusado de negacionista y una presencia permanente que no hace más que recrear en el presente antagonismos del pasado? La pregunta es cómo es posible conocer, recordar y, a la vez, vivir en el presente y proyectar un futuro.

Los historiadores solemos decir que hay dos formas diferentes de relacionarse con la historia: una es la de la disciplina académica, que busca reconstruir los hechos del pasado para explicarlos dentro de sus propias lógicas y contextos. Si bien llegamos a admitir que las elecciones del objeto de estudio están determinadas por el investigador, por sus ideas, sus intereses y su época, lo cierto es que en esta forma de relacionarse con la historia se busca que las fuentes del pasado hablen sobre sí mismas, sin importar las intenciones del presente.

La otra forma de hacer historia es la que se suele denominar historia identitaria o *historia magistra vitae*. El objetivo aquí es el de mirar el pasado para tratar de explicar por qué somos como somos en el presente e, incluso, para poder predecir cómo será el futuro. Este acercamiento es propio del momento del surgimiento de la disciplina histórica. Así vemos que se repite, en las diferentes latitudes, una misma operación: hay buenos y malos, fuerzas del progreso y poderes del pasado, que se enfrentan con proyectos antagónicos. En nuestro país tenemos el ejemplo de Bartolomé Mitre historiador, cuando sentado en su escritorio inventó todo sobre el nacimiento de la Argentina el 25 de mayo de 1810. Esta tradición perdurará y será la misma lógica en la que se inscribirán luego los revisionistas, tratando de explicar los problemas del pasado a partir de los males del presente. Encontrando ídolos e infames al igual que lo hiciera antes Mitre, con la única diferencia de transformar a los buenos en malos y a los malos en buenos.

Las escuelas son lugares en donde conviven las dos formas de historia. Por un lado, en su versión identitaria, tiene como objetivo dotar de amor por la patria, convertir a todos los habitantes de un país en ciudadanos de una misma nación. Para ello necesita de héroes y villanos, de momentos fundantes y de victorias, épicas o pírricas. Se basa en la construcción de una narración común, en la que todos comparten determinadas características. Y, en todo caso, quienes no las comparten son el otro –la antipatria, la oligarquía, el antipueblo, los representantes locales del imperialismo extranje-

rizante, dependiendo de la época. Pero también es virtuoso que en las mismas escuelas, tal vez en etapas superiores, se problematicen esas narraciones primeras. Se les quite lo santo y lo demoníaco y se puedan entender los procesos del pasado dentro de las lógicas y preocupaciones que tenían sus protagonistas.

Los gobiernos siempre están obligados a relacionarse con la historia: son los responsables de definir planes de estudio, determinan contenidos mínimos y forman a los docentes. Ahora bien, el modo en el que cada gobierno se relaciona con la enseñanza de la historia es diferente. Por tomar dos ejemplos contrapuestos: durante el menemismo, se decidió que debía profesionalizarse la enseñanza escolar y se delegó en los académicos universitarios la tarea de desarrollar planes de estudios y definir contenidos que se adecuaran al estado del arte más actualizado. Muy diferente fue lo que ocurrió durante el kirchnerismo: se definieron políticamente algunos núcleos problemáticos y luego se elaboraron contenidos y se trabajó con los docentes para trasladar esas visiones al aula. La versión de la década del noventa perseguía ejercicios de contextualización y proponía la introducción de matices de forma sistemática. La propuesta más reciente, que se mantiene actualmente, construye una historia heroica, de las fuerzas del bien contra las del mal, de explotadores y explotados. Una interpretación mucho más cómoda para los que enseñan, ya que no precisa de sutilezas, y mucho más conocida para los que la aprenden, que desde la primera infancia se vinculan con relatos de superhéroes archienemigos. Pero al mismo tiempo se trata de una versión alejada de los hechos y repleta de definiciones puramente ideológicas. Es imprescindible, entonces, revisar las líneas que definen los planes de estudio y también repensar los métodos y los contenidos de la formación docente.

En general, lo que sucede en el ámbito educativo es un reflejo de una relación más profunda que cada gobierno traba con el pasado. Intentando una respuesta a la pregunta inicial, hay una relación sana con el pasado cuando no aparece en el centro de la escena el objetivo de hacer un uso político de la historia, sino que, por el

contrario, se elige activamente mostrar las complejidades de los sucesos históricos. Y aquí no se trata tanto de los contenidos sino del método: mirar el pasado para entenderlo, para reflexionar sobre sus posibilidades, sus desafíos y su forma de comprender el mundo. Sin creer que el pasado se repite y sin perder de vista el carácter contingente de los eventos, sabiendo que no hay un futuro escrito que resulta inevitable sino que con el actuar cotidiano se va construyendo día a día la realidad, tanto ahora como antes. En este sentido sí se le puede dar un uso político a la historia, no para construir la identidad de una fuerza política sino para fortalecer los valores que permiten vivir en sociedad.

DESAFÍOS E INTERROGANTES de un mundo automatizado

Franco Amorosi

Licenciado en Economía (UNS) y maestrando en Administración y Políticas Públicas (UdeSA). Es Gerente de Desarrollo de Negocios en Google Argentina. Fue becario del programa «Young Leaders of the Americas Initiative» del Departamento de Estado de EE.UU. y es miembro de Global Shapers, una iniciativa del Foro Económico Mundial.

Que la tecnología avanza más rápido que nuestra comprensión de ella no es novedad. Que la digitalización, la automatización y los avances en Inteligencia Artificial ya permiten realizar tareas complejas a precios accesibles, tampoco. Esto va a afectar a todos los trabajadores, independientemente de su formación académica, industria o edad, y va a tener consecuencias en el mercado de trabajo, en el sistema educativo, en el diseño de las organizaciones y en el orden geopolítico. Este ensayo se propone generar interrogantes alrededor de los puntos álgidos de este proceso para que la comunidad se involucre en esta discusión fundamental para el futuro.

Para el año 2030, el 15 por ciento de la fuerza de trabajo global –375 millones de personas– va a cambiar de categoría ocupacional, de acuerdo al *McKinsey Global Institute*. ¿Qué vamos a hacer cuando comencemos a ver trabajos e industrias completamente automatizados? ¿Qué pasa si destruimos trabajos a un ritmo mayor al que crea-

mos, o si los que creamos no son viables para todos? Existe consenso en que la automatización sustituye empleos. Aunque también que los complementa ya que conduce a una mayor demanda de trabajo indirecto. Esto altera los tipos de trabajos disponibles, la compensación asociada a esos empleos y las habilidades requeridas para desempeñarlos. ¿Cómo equipar a los ciudadanos con las habilidades necesarias para esos trabajos futuros? ¿Cómo preparar a los educadores para que los formen? ¿Qué deberíamos estar enseñando hoy para un mundo en el que será necesario reinventarse una y otra vez?

Según el Foro Económico Mundial, el 65 por ciento de los niños que ingresan hoy a la escuela primaria terminarán trabajando en empleos que aún no existen. Como no tenemos idea de cómo será el mercado laboral en el futuro, la mejor habilidad para enseñar a los niños hoy es la de reinención. Se necesita educación de calidad que brinde flexibilidad. Los empleadores van a buscar cada vez más las habilidades genéricas básicas, como pensamiento crítico, comunicación, creatividad y colaboración. Éstas son transferibles entre distintos tipos de empleo y ayudan a adaptarse en este panorama cambiante. La clave del éxito será la capacidad de lidiar con el cambio, aprender y desaprender, y poder lidiar con situaciones nuevas y desconocidas.

Dado que casi todas las ocupaciones tienen potencial de automatización parcial, ¿qué políticas de reconversión laboral pueden ser efectivas para reinsertar a los trabajadores —especialmente adultos— que potencialmente serán desplazados dentro de la nueva estructura productiva? Los programas de *reskilling* y *retraining* son claves para anticiparse a estos cambios en el mercado laboral, brindar las capacidades para nuevos empleos y respaldar las transiciones. ¿Cómo garantizar vías de aprendizaje flexibles y puntos de transición efectivos? ¿Quién debe proveer y financiar estos programas? Es necesario un enfoque de educación continua con una visión sistémica y coordinada que cubra todos los sistemas, formales y no formales.

El sistema educativo proporciona una base muy importante, pero no será suficiente durante toda la vida. ¿Cómo formar a los indivi-

duos dentro de un paradigma de aprendizaje permanente? ¿Quién es responsable de proveer la educación adecuada en este nuevo paradigma? Es necesario preguntarse por el rol de la educación patrocinada por empresas. ¿Cómo impulsar el desarrollo de programas dentro de las empresas tendientes a nivelar las habilidades de los empleados? ¿Cómo validar los aprendizajes para que sean considerados en el siguiente paso en la carrera del trabajador? En el futuro existirán muchos más trabajadores independientes (*freelancers*), y modalidades de contratación diferentes, vinculadas a trabajos esporádicos. En ese contexto, ¿será necesario idear mecanismos de propiedad colectiva por parte de empleados o clientes? ¿Deberíamos repensar los mecanismos para el cooperativismo y autogobierno de las empresas? A su vez: ¿Cuál debería ser la estructura adecuada que brinde flexibilidad a los trabajadores y a su vez garantice sus derechos?

El despliegue de la automatización va a tener efectos redistributivos perdurables no sólo entre individuos sino también entre países. La historia muestra que los períodos de revoluciones tecnológicas fueron fases de grandes bifurcaciones en ingresos, productividad y bienestar en todos los países. ¿Cómo lograr que los países en vías de desarrollo adapten sus políticas e instituciones para fomentar la adopción tecnológica y el desarrollo de habilidades de sus ciudadanos? ¿Qué ocurrirá con los modelos de crecimiento basados en mano de obra abundante cuando sea más económico instalar una fábrica robotizada en un país desarrollado? ¿Cómo puede el Estado acompañar la transformación del entramado productivo para permanecer competitivos e integrados en la cadena de producción global? Al igual que para los individuos, la flexibilidad y adaptabilidad determinará su éxito. Los países desarrollados corren con ventaja; el desafío es adaptarse para evitar efectos demográficos y de empleo de corto plazo.

Por último, tenemos que estar pensando en cómo lidiar con las consecuencias humanas y sociales que surgen a medida que se reemplazan empleos y cambia el valor del trabajo. ¿Puede esto conducir a

disturbios sociales? ¿Son necesarias medidas como un ingreso garantizado? ¿Cómo establecer redes de seguridad social mejoradas? Con el aumento de la productividad, tiene sentido pensar que las semanas de trabajo serán más cortas y las jornadas de menos horas. ¿Qué cambios culturales surgirán como consecuencia del aumento del tiempo de ocio? ¿Cómo enfrentarán los humanos la irrelevancia del trabajo? ¿Qué vamos a hacer cuando no necesitemos hacer nada?

Nos encontramos frente a una gran transformación con consecuencias en muchos planos. Los líderes, *policy makers*, trabajadores y empresarios pueden contribuir a garantizar que las sociedades obtengan lo mejor de la automatización. Esto implica explorar formas de transformar negocios, planificar la redistribución de la mano de obra desplazada, establecer programas que faciliten la transición de los trabajadores, diseñar un mundo de educación permanente, y potenciar las habilidades que son difíciles de replicar para las máquinas. Cómo coordinar los esfuerzos para que el futuro del trabajo sea próspero para todos es algo que deberíamos estar discutiendo hoy.

1930-2030: ARGENTINA frente a su historia democrática

Santiago Bestilleiro Lettini

Licenciado y maestrando en Historia (UTDT). Docente en el Departamento de Estudios Históricos y Sociales de la Universidad Torcuato Di Tella. Becario de la Fundación Torcuato Di Tella y de la Comisión Fulbright Argentina.

Las efemérides suelen erigirse como puntos de reflexión que operan como herramientas vitales para el acercamiento entre la sociedad y la historia en tanto disciplina académica. En 2010, el Bicentenario de la Revolución de Mayo ofreció un rico y fluido interés del público general por el entendimiento de los procesos históricos; lo mismo sucedió en 2012 al cumplirse tres décadas de la guerra de Malvinas; en 2018, un análisis similar se observó cuando se conmemoró un siglo de la reforma universitaria. 2030, por su parte, representará en la Argentina un escenario que, en mirada retrospectiva, instalará el debate en torno a los cien años que nos separen del primer golpe de Estado.

Por supuesto, los historiadores se sumergirán en una trama que trasciende el momento político de 1930 para situarse en la cuestión más general de la interrupción de los gobiernos democráticos en la Argentina del siglo XX. Entre el desplazamiento de Hipólito Yrigoyen y la asunción de Raúl Alfonsín transcurrieron cincuenta y tres años, seis golpes y cinco dictaduras. Las representaciones de aquel

medio siglo se han grabado a fuego en la memoria colectiva y han condicionado la relación de los argentinos con la democracia como sistema.

Sin embargo, la Argentina de 2030 presentará un nuevo tipo de configuración que necesariamente introduce un desafío a la imagen que su ciudadanía se construye respecto de la democracia. En efecto, el censo de 2010 indicaba que un 47% del total de los habitantes había nacido de 1983 en adelante. Por otra parte, proyecciones del INDEC señalan que, para 2030, el 69% de la población estará compuesta por individuos que no nacieron durante la última dictadura militar. Asimismo, si consideramos que muchas personas no comprendidas en ese porcentaje tenían corta edad al finalizar dicho régimen, la proporción de población sin recuerdo alguno del funcionamiento de un sistema no democrático se torna aún mayor. Allí radica, precisamente, el *quid* de este debate: ¿En qué términos analizará la democracia como sistema una sociedad que mayoritariamente no ha vivido su negación?

Todavía hoy, con un recorrido que supera las tres décadas, la noción de *democracia* en nuestro país presenta la carga de su contraparte dictatorial. En ese sentido, pensar la democracia suele traer consigo la consagración de una arquitectura política por sobre otra que, se entiende, ha quedado sumergida en el pasado. Dicho de otro modo, la convulsionada historia de las instituciones en la Argentina genera que la invocación del concepto de *democracia* dispare automáticamente un ejercicio comparativo. De esa forma, la democracia argentina no es tanto un sistema como una trayectoria, un itinerario, una senda elegida en detrimento de otra más oscura y pantanosa.

Sin voluntad de arriesgar diagnósticos tempranos sobre los vaivenes políticos que este país pueda presentar en el futuro cercano, parece bastante seguro, no obstante, que la democracia está cómodamente instalada en el consenso público. Es así como la experiencia de las crisis económicas, políticas y sociales que ha atravesado la Argentina en las últimas décadas democráticas no han provoca-

do más que turbulencias que no lograron dañar sus fundamentos estructurales. Dichos trances, sabemos, se han resuelto por la vía institucional escogida en 1983 y ninguna otra alternativa pretende amenazarla.

El análisis que las nuevas generaciones puedan brindar sobre la democracia comprende, lo hemos dicho ya, un desafío, pero de ninguna manera un riesgo. El desempeño de la democracia argentina en el futuro cercano puede ser más o menos favorable y seguramente presente un dilatado mosaico de retos para su sociedad. Desde aquí, con más preguntas que respuestas, nos resulta especialmente interesante indagar los posibles caminos que la administración política tomará en los próximos años: ¿Cómo enfocarán los gobiernos argentinos del futuro ciertos problemas estructurales que afectan la educación, la salud y el desarrollo económico? ¿Qué estrategias se plantean en relación a las transformaciones de los mercados de escala regional y global? ¿Cómo impactará el enorme despliegue de la tecnología digital en la introducción de políticas públicas?

El núcleo de los debates futuros, entonces, yace en la reforma de determinados mecanismos inscriptos dentro de los procesos democráticos y que no ponen en duda su espíritu. Lo interesante, en este marco, es que existe un consenso generalizado que no sólo observa a la democracia como única vía posible, sino que, además –y de forma mucho más alentadora– ni siquiera imagina un horizonte alternativo. De ningún modo eso puede significar que la memoria colectiva sea sólo potestad de quienes tengan recuerdos vívidos y en primera persona de los sucesos en cuestión dado que aquella obedece también a una apuesta constante por el lugar de la historia en el debate público. Así, el paso del tiempo no invitará al olvido sino a la conmemoración como medio para la consolidación de la estructura democrática.

La democracia ya forma parte de la identidad política argentina, sin distinción etaria, y ni los tormentosos estrechos por los que ha pasado la economía y la sociedad del país consiguieron tumbarla. La enorme franja poblacional que no conoce otro proceder que el

democrático no plantea debates de sistema, sino de engranajes particulares. Con ese objetivo, buscará reemplazar las piezas oxidadas, caducas, para ofrecer un mejor funcionamiento de la maquinaria general. El aspecto más positivo, de esta manera, es justamente que ahora podemos concentrarnos en cómo mejorar nuestra estructura administrativa, a sabiendas de que la discusión de raíz quedó saldada. La Argentina se ha reconciliado con la democracia y ese, sin lugar a dudas, es el mayor logro de su historia reciente.

HOY POR VOS, MAÑANA POR MÍ: ¿qué transferimos entre generaciones en una sociedad que envejece?

Alejandro Biondi

Licenciado en Estudios Internacionales (UTDT). Actualmente, es Coordinador de Proyectos en el Programa de Protección Social de CIPPEC. También se desempeña como Ayudante de Práctico y Asistente de Investigación (UTDT). Fue becario del programa “Study of the U.S. Institute for Student Leaders” [Comisión Fulbright – Departamento de Estado EE. UU.]

En 2030 nacerá la generación que se volverá adulta en una Argentina envejecida, en la que la proporción de personas dependientes superará a la de aquellas en edad económicamente activa. Según los censos de 1991 y 2010, mientras la población de niños de 0 a 4 años se mantuvo en el mismo nivel durante 20 años, la proporción de adultos mayores de 65 años o más creció en un 42%. Estos datos ilustran lo que se conoce como “transición demográfica”, la trayectoria de las sociedades entre dos escenarios de igualmente bajo crecimiento poblacional, pero por razones muy diferentes. En el primero, el crecimiento es bajo por una combinación de alta fecundidad, alta mortalidad y muy baja esperanza de vida. En el segundo, el crecimiento demográfico también es limitado pero

se explica por los valores opuestos en las variables: baja fecundidad, baja mortalidad y alta esperanza de vida. Es hacia este último escenario, de envejecimiento poblacional, que la Argentina transita de forma inexorable.

Sin embargo, al igual que otros países de América Latina, nuestro país atraviesa actualmente una etapa previa, distinguida por el descenso relativo y temporario de su tasa de dependencia: hoy todavía hay más personas en edades económicamente activas que niños y adultos mayores dependientes. En otras palabras, Argentina goza de un “bono demográfico”, una oportunidad única para el desarrollo en condiciones de equidad. Durante esta etapa, se requiere un menor esfuerzo relativo de la población activa para incrementar los recursos destinados a los niños y adolescentes, garantizar sus derechos y mejorar sus niveles de bienestar en el presente. Estas transferencias intergeneracionales de recursos hacia los más jóvenes, tanto públicas (políticas de educación y salud, por ejemplo) como privadas (cuidados y alimentación por parte de las familias) tienen un gran impacto para potenciar la productividad social futura, clave para enfrentar el envejecimiento poblacional. En nuestro país, según las estimaciones de Gragnolati et al. en *Los años no vienen solos*, la tasa de dependencia ya alcanzó su nivel mínimo en 2010 y se mantendrá ahí hasta 2040, cuando comenzará a ascender de forma rápida y sostenida. Aprovechar la ventana de oportunidad hoy y durante las próximas dos décadas es crítico para enfrentar las tensiones del sistema de protección social que aparecerán a medida que la tasa de dependencia aumente. ¿Qué necesitamos tener en cuenta para lograrlo?

En primer lugar, el potencial que ofrece el escenario demográfico actual no debe sobreestimarse. La ventana argentina durará menos que el bono promedio de la región y el descenso de la tasa de dependencia es menos profundo que el ocurrido en países industrializados más desarrollados y avanzados en la transición, así como el proyectado para los casos de Chile, Brasil y México. Además, en tanto país desigual y heterogéneo, sin políticas redistributivas ade-

cuadas las ventajas del bono en Argentina no podrán aprovecharse en igual medida entre grupos socioeconómicos y provincias, dadas las brechas y falta de convergencia en las variables demográficas por nivel de ingreso y región.

En segundo lugar, como advierte la CEPAL, el bono no se volverá efectivo de manera automática. Si bien la población en edad activa está en aumento, la coyuntura económica y el mercado laboral deben acompañar esta tendencia con oportunidades de empleo decente (según lo define la OIT), en donde puedan insertarse las nuevas cohortes de jóvenes económicamente activos y también puedan continuar trabajando los adultos mayores si así lo desean. La equidad económica de género también es impostergable. Hoy las mujeres enfrentan mayores barreras para acceder al trabajo decente, debido, entre otros factores, a la injusta distribución por género del trabajo doméstico no remunerado y de las responsabilidades sociales de cuidado de personas dependientes.

En tercer lugar, siguiendo al sociólogo Fernando Filgueira, los esfuerzos del Estado deberían centrarse en tres objetivos para aprovechar el bono demográfico y prepararse para la realidad de una sociedad envejecida en el largo plazo: 1) sostener una tasa de fecundidad en torno al nivel de reemplazo y convergente entre grupos socioeconómicos; 2) lograr altas tasas de empleo femenino en todos los grupos sociales; y 3) erradicar la pobreza infantil y promover el efectivo goce de derechos de parte de los niños. Garantizar los derechos sexuales y reproductivos, un esquema de protección social adecuado y políticas que reconozcan, reduzcan y redistribuyan el trabajo de cuidados que realizan en mayor medida las mujeres es crítico de cara a estas tres prioridades. En particular, fortalecer la oferta de servicios públicos de crianza, enseñanza y cuidado de calidad para los niños (y hacerlo con perspectiva de género) tiene un amplio potencial de cara a las prioridades mencionadas, dado que contribuiría tanto a la autonomía económica de las mujeres como a garantizar los derechos de los más pequeños.

El futuro demográfico argentino interpela al Estado, al sector pri-

vado y a la sociedad en su conjunto y debemos ponerlo en agenda hoy. ¿Qué contrato social entre generaciones y géneros queremos? ¿Qué modelo de desarrollo económico, instituciones y financiamiento para habilitarlo? ¿Qué gobernanza federal? ¿Qué combinación de Estado, familia, mercado y comunidad en la producción y distribución de bienestar para garantizar mayores niveles de equidad? ¿Qué políticas públicas concretas de salud, educación, empleo, cuidados y protección social? En los próximos 10 años, nuestras respuestas a estas y otras preguntas determinarán cómo será la Argentina del final de la transición demográfica.

“COMO NENE CON CHICHE NUEVO”: resignificar la privacidad

Sebastián Bortnik

Especialista en tecnología y ciberseguridad. Se desempeña como Director de Investigación en Onapsis, empresa de seguridad informática. Apasionado por la educación, siempre se relacionó con tareas de concientización sobre el buen uso de Internet.

Cuenta la actriz argentina Griselda Siciliani, durante el 2018, que su propia hija, de tan solo seis años, le consultó por qué la vendedora de un local de ropa la había saludado mencionando su nombre. Ante la confirmación de la madre de que se debía a un video publicado en *Instagram*, la niña reaccionó: “Yo no quiero aparecer más ahí”.

La vedette Victoria Xipolitakis hizo un llamado al 911 a finales del mismo año, solicitando ayuda en su hogar por una situación de violencia doméstica. El audio de la comunicación llegó a los medios, que pusieron el tema en primera plana y discutieron la situación. Días después, la mediática declaró que “fue algo de pareja”, “son cosas íntimas [...]”, solo fue como un pedido de ayuda para ese momento”, y completó: “son cosas íntimas y pedí por favor que no se difunda”.

Este tipo de situaciones, comunicaciones privadas (muchas a través de *WhatsApp*) que se filtran a los medios o se viralizan y se con-

vierten en “la noticia del momento” se han vuelto cotidianas, sin ningún tipo de debate sobre por qué una comunicación privada se convierte en pública. En un hogar cualquiera del país, un hombre comparte en el grupo de *WhatsApp* con sus amigos el último video íntimo de una joven famosa, que también está siendo comentado en todos los medios. Luego, saca fotos con su mujer a su bebé recién nacido y le crean un perfil de *Instagram* para ir subiendo el minuto a minuto de su crecimiento. Algún día cuando sea grande podrá decidir si quiere esas fotos públicas, o no.

Estas situaciones, elegidas entre tantas otras, tienen un patrón común que responde a la pregunta de este libro: ¿qué deberíamos estar discutiendo hoy que sea relevante para el futuro de la Argentina? Mi respuesta: la importancia de cuidar la privacidad. Cuando hablamos de privacidad hablamos del derecho de las personas a que parte de su vida esté resguardada por la confidencialidad, es decir, por decidir quién puede conocer determinadas situaciones y opiniones. Y la Declaración Universal de los Derechos Humanos establece en su artículo 12 que la vida privada es un derecho humano.

A pesar de que las computadoras e Internet existen desde hace más de treinta años, los avances se han acelerado significativamente en los últimos diez o quince; especialmente por tecnologías íntimamente relacionadas con la privacidad: cámaras de seguridad, redes sociales, *smartphones*, *big data*, *deep learning*... Cada uno de estos conceptos implica, de una u otra forma, un jaque a la privacidad, un ataque a cómo la pensamos o concebimos actualmente. La privacidad será parte fundamental del futuro: ¿Hasta dónde llega nuestro derecho a ella? Y, fundamentalmente, ¿cuánto nos importa defender este derecho?

Cómo nos comportamos en el hogar es una parte del debate, qué hacen las empresas y el Estado con los datos que poseen es el otro eje fundamental. ¿Qué leyes deberían proteger la privacidad? ¿Cómo puede utilizar una organización los datos que posee? ¿Cuáles son los límites respecto a la protección de datos de los ciudadanos? Empresas que comercializan datos que recibieron de sus clientes con otras empresas o partidos políticos que utilizan bases de datos

de organismos públicos son algunos ejemplos de hechos que están ocurriendo en todo el mundo y que están directamente relacionados con la gran cantidad de información disponible que hay y su rol como ventaja competitiva. También al hecho de que no tenemos del todo claro cuáles son aún las reglas para utilizarla.

El Estado cada vez posee más información sobre sus ciudadanos y el hecho de que esa información esté (desde hace no tanto) digitalizada, hace mucho más sencilla su correlación y entrecruzamiento. Cuáles son los límites a este cruce de datos, con qué fines puede o no pueden usarse, son claramente cuestiones centrales, no solo desde un punto de vista legislativo; sino también desde cuánto le preocupan a un ciudadano promedio. Algo interesante de la privacidad como debate es que tiene implicancias privadas (en el hogar, en lo cotidiano) y públicas (en el Estado, en las leyes).

Cuánto nos importará como ciudadanos defenderla será la clave para definir el futuro de la privacidad. Sin embargo, existe una dicotomía respecto a este tema, bien representada en una célebre frase de 1984 de George Orwell: “Hasta que no tomen conciencia no se rebelarán, y sin rebelarse no podrán tomar conciencia”. No es posible mejorar cuánto cuidamos la privacidad sin educación al respecto, pero los medios, el Estado y los privados, que son grandes responsables de poner el tema en debate y que se eduque al respecto, suelen verse beneficiados por la falta de privacidad.

Hasta hace no tantos años, tareas domésticas o personales como bañarse se realizaban frente a otras personas. Hoy sin embargo es impensado ducharse frente a otras personas, es un acto claramente privado. ¿Podrán cambiar en el futuro otras situaciones que hoy carecen de privacidad? Imagino algún hijo o nieto de un *millennial* en un futuro no tan lejano, sacando una foto de algún contexto público, una salida de amigos o un acto en un jardín, y consultando a todos los que están en la foto si hay consentimiento para subirla. A su lado, otra joven podría expresar algo como... “Pensar que a mi papá le hicieron un perfil de *Instagram* cuando era bebé y todos veían sus fotos, ¡qué locura!”.

Como nene con chiche nuevo, estamos en un momento donde importa más usar las nuevas tecnologías que pensarlas. Por eso mismo espero que el lugar que tiene hoy la privacidad en nuestras vidas no sea el que tendrá en el futuro, y que se irá acomodando en algún espacio intermedio, entre el lugar que ocupó los últimos dos siglos antes de la explosión tecnológica y el valor casi nulo que pareciera tener en los últimos años. Resignificar su importancia dependerá de los debates que demos en el presente como sociedad.

MUJERES EN LA ECONOMÍA: cómo lograr un desarrollo inclusivo

Florencia Caro Sachetti

Licenciada en Economía (UTDT) y magíster en Estudios del Desarrollo (The London School of Economics and Political Science). Es coordinadora de proyectos del Programa de Protección Social de CIPPEC.

En los últimos años, los asuntos de género lograron un lugar innegable en la agenda y el debate público. Gracias a los movimientos feministas y al avance en la sensibilización de la sociedad, no pasa un día sin que leamos o escuchemos en los medios, en las redes sociales o en las calles algo vinculado a la temática. La autonomía física de las mujeres cobró particular relevancia, especialmente en relación a las cuestiones de violencia de género y el goce de los derechos sexuales y reproductivos. Sin embargo, otra problemática permanece aún en segundo plano: la autonomía económica de las mujeres.

CEPAL define la autonomía como la capacidad de las personas para tomar decisiones libres e informadas sobre sus vidas e identifica tres tipos: física, económica y en la toma de decisiones. En el plano económico, la autonomía femenina ocurre cuando las mujeres pueden generar sus propios recursos y acceder a un trabajo remunerado.

do en las mismas condiciones que los varones.

Hoy, en Argentina, cuatro de cada diez mujeres en edad económicamente activa no cuentan con ingresos propios, cifra que duplica a la cantidad de varones en esta situación. Además, alrededor del 58% de las mujeres trabaja o busca trabajo, comparado al 80% de los varones. Si bien estos guarismos muestran un avance en relación a la situación de la mujer cincuenta años atrás, la tasa de actividad femenina se mantuvo prácticamente estancada desde comienzos de este siglo. Asimismo, las mujeres suelen trabajar en peores condiciones: se desempeñan menos horas en puestos de trabajo remunerados, trabajan en sectores menos dinámicos, están sub-representadas en puestos de toma de decisiones, reciben salarios más bajos y están más expuestas al desempleo y al trabajo informal.

La contracara de esta situación es el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que realizan, en mayor medida, las mujeres. Los últimos datos disponibles muestran que en nuestro país las mujeres realizan 6,4 horas diarias de este tipo de actividad, tres más que los varones. Además, el 89% de ellas declara realizar tareas domésticas o de cuidado, en comparación al 58% de ellos. Así, se observa la cristalización de una histórica división sexual del trabajo: el ámbito doméstico como terreno femenino y la esfera pública como un espacio de predominancia masculina.

¿Qué subyace detrás de este fenómeno? La respuesta no es única ni directa. La maternidad y el cuidado, la educación y los marcos normativos son tan solo algunos de los factores que inciden sobre las brechas de género. Vinculado a estas cuestiones, hay otro factor de fuerte incidencia: la influencia de las normas sociales y los roles de género. Como dijo Simone de Beauvoir, no se nace mujer, sino que se llega a serlo. Las normas sociales generan expectativas sobre los roles y el comportamiento de varones y mujeres que se internalizan desde edades tempranas. Durante las últimas décadas, las mujeres han penetrado ámbitos históricamente masculinizados e incrementado su lugar en el mercado de trabajo, lo que ha contribuido a la reducción de las brechas económicas con los varones. Sin embar-

go, ellos no han aumentado al mismo ritmo su participación en el trabajo no remunerado, dando lugar a lo que algunos llaman una “revolución asimétrica de género”.

Para emprender una senda de desarrollo inclusivo, no podemos dejar a media sociedad atrás: debemos cuestionarnos la falta de autonomía económica de las mujeres y llevar a cabo iniciativas que contribuyan a su participación laboral. Esto incluye la necesidad de mitigar los estereotipos de género y de reconocer, reducir y redistribuir las tareas domésticas y de cuidado no remuneradas que recaen en mayor medida sobre las mujeres y operan como una barrera a su inclusión y trayectoria laboral. Eliminar las brechas económicas de género es un fin en sí mismo que contribuye a garantizar los derechos de las mujeres.

Además, cerrar estas brechas tendría un impacto económico: la evidencia sugiere una correlación positiva entre la participación laboral de las mujeres y el crecimiento económico, la reducción de la pobreza y el bienestar general de la sociedad. Esto cobra aún mayor relevancia en el contexto de la ventana de oportunidad demográfica que atraviesa Argentina y que durará dos décadas más, generando una coyuntura propicia para el desarrollo.

En este marco, la transformación del mercado de trabajo planteará tanto desafíos como oportunidades para cerrar las brechas. Primero, algunos sectores registrarán incrementos en su demanda laboral, como aquellos vinculados a la tecnología (predominantemente masculinos) o al cuidado de adultos mayores (predominantemente femeninos). Además, el avance tecnológico traerá aparejadas nuevas oportunidades de trabajo remoto que podrían favorecer la conciliación entre la vida laboral y familiar. Estas situaciones, sin embargo, urgen a evitar la reproducción de patrones, tales como la segregación sectorial u ocupacional de varones y mujeres, que puedan reforzar las brechas de género. Asimismo, los sistemas de protección social deberán acompañar los cambios demográficos y laborales para garantizar, tanto a mujeres como a varones, su bienestar.

En 2008, las Naciones Unidas y su Secretario General definieron

el empoderamiento de las mujeres como una precondition para alcanzar los demás Objetivos de Desarrollo del Milenio. Si en 2030 pretendemos cumplir con los Objetivos de Desarrollo Sostenible, la equidad económica de género es un imperativo impostergable.

La perspectiva de género está permeando nuestra comunidad y nos lleva a convivir a diario con interrogantes sobre las injusticias que enfrentan las mujeres de manera cotidiana y que condicionan su autonomía física, económica y en la toma de decisiones. Las raíces del problema son múltiples y las posibles soluciones también, pero algo está claro: será necesario repensar el rol de los varones y las mujeres en la sociedad.

En su libro *Una habitación propia*, Virginia Woolf se imaginaba que para 2029 las mujeres participarían en todas aquellas actividades de las que alguna vez habían sido excluidas. Sin embargo, esa realidad está aún distante en nuestro país. Los distintos sectores –el Estado, el sector privado, la sociedad civil, los sindicatos y todos los individuos– debemos sentirnos interpelados por la situación actual y hallar consensos para que la equidad económica de género sea pronto un hecho.

DESPUÉS DE LA PARIDAD, ¿qué?

María Emilia Cerra

Licenciada en Relaciones Internacionales (UTDT), consultora en políticas públicas y género.

La segunda década del siglo XXI probablemente quede en la historia como los diez años en los que el movimiento de mujeres se refundó en una oleada sin precedentes. Como nunca antes, las movilizaciones de mujeres en todo el mundo se volvieron masivas. Los reclamos abarcan desde el fin de la violencia machista hasta la lucha por los deseos sexuales y reproductivos. Esto se tradujo en consignas concretas para los políticos de turno y en la creciente participación de las mujeres en la vida pública.

El índice de la ONG *Democracy Now*, que mide los niveles de democracia en todo el mundo, estimó que una de las pocas variables que aumentó favorablemente durante 2018 fue la de participación política. La participación de las mujeres se destacó como el principal motor del incremento. Por ejemplo, aunque aún representan un magro 24% del Congreso, las elecciones legislativas estadounidenses de 2018 fueron las de más mujeres elegidas.

Argentina es uno de los países más avanzados en la región y en el mundo en cantidad de congresistas mujeres, alcanzando el 40%. La Ley de Cupo sancionada en 1991 estableció una cuota del 30%

en el armado de listas que garantizó el acceso de más representantes al poder legislativo nacional, cuando previamente las mujeres en el Congreso sólo representaban el 4%. En 2017, una coalición multipartidaria de diputadas logró la aprobación en la Cámara de la Ley de Paridad, que establece que las listas deben estar compuestas por el mismo porcentaje de hombres que de mujeres. Las elecciones legislativas de 2019 estrenarán la medida.

La paridad en las listas representa un gran avance en los derechos políticos de las mujeres que, históricamente, se encontraron subrepresentadas en los ámbitos de toma de decisión. Las medidas de acción afirmativa como el cupo y la paridad establecen estas “cuotas” que intentan salvaguardar diferencias de base entre grupos. El proceso de toma de decisiones se enriquece y democratiza a partir de la multiplicidad de actores. Las mujeres introducen temas en la agenda que antes no eran abordados. De esta pluralidad de voces y nuevas perspectivas surgen iniciativas como la Ley de Identidad de Género, la Ley de Matrimonio Igualitario, el proyecto por la Interrupción Voluntaria del Embarazo y la Ley Micaela. Además, las congresistas tienen menor índice de ausentismo, mayores índices de formación que sus pares varones y presentan una mayor cantidad de iniciativas legislativas.

Hablar de igualdad y paridad es un gran paso en términos de derechos y oportunidades. En el caso de la primera, se refiere a la igualdad legal o jurídica que, *a priori*, se funda en la conquista de derechos cívicos y políticos básicos como el voto. La paridad toma esta igualdad y la extiende aún más en la esfera pública, buscando corregir la falta de representatividad de las mujeres en la misma, ocupando espacios de poder que antes estaban reservados únicamente para varones. Cabe destacar que, más allá de la conquista de la paridad en el Poder Legislativo Nacional, hoy son solo diez los distritos que cuentan con leyes similares.

Podemos decir, entonces, que la igualdad y la paridad garantizaron la homogeneización de las reglas formales para el pleno ejercicio de los derechos cívicos y políticos. A partir de esto, tanto varones

como mujeres pueden ser electos para ocupar cargos públicos y tomar decisiones de política pública. Sin embargo, haber alcanzado esta igualdad formal no garantiza que gozar de estos derechos elimine otras barreras informales e invisibilizadas. Si una democracia plena se mide en términos de las posibilidades que cada ciudadano tiene de ejercer con total libertad la vida pública, Argentina no alcanzará esa plenitud, en tanto la igualdad y la paridad no sean superadas por el debate de la equidad de género.

Se entiende por equidad a igualar las condiciones de partida de todas las personas. ¿Qué tiene que ver la equidad cuando nos referimos al acceso de las mujeres al ejercicio de cargos representativos? Tiene que ver con la posibilidad de no tener que resignar el activo ejercicio de la vida pública en base a roles que culturalmente se le han asignado a su género. Si bien son muchos los factores que intervienen, la tarea de cuestionar estos mandatos es sana para la democracia moderna. Algunos pueden ser jurídicos, institucionales o socioculturales: desde la soberanía sobre el propio cuerpo hasta en qué horarios se toman las decisiones de política pública. Todo esto interviene a la hora de participar en política.

La equidad debería salvaguardar las diferencias que afectan la participación política de las mujeres, y las leyes de paridad son una herramienta útil y positiva en tanto los espacios donde existen se han abierto y democratizado. Sin embargo, el Congreso Nacional no es el único lugar donde se hace política y la inferioridad de números es transversal a todos los poderes de gobierno. Muchos factores siguen restringiendo el acceso de mujeres a espacios de poder.

¿Cómo disminuir esta diferencia? ¿Es el ámbito privado el que debe democratizarse para que las mujeres puedan participar más de la esfera pública? ¿O es inverso, y para que se distribuyan más equitativamente las tareas domésticas y de cuidado es necesario que primero haya paridad en todas las legislaturas? ¿Es un cambio cultural el que tiene que ocurrir para entender la socialización de los estereotipos de género? En la discusión por estas garantías de equidad, se entrecruzan factores como el debate sobre hasta qué punto el

Estado debe intervenir en lo privado o qué vendrá primero: la legislación de la paridad en todos los ámbitos de gobierno o la equidad en la privacidad del hogar para garantizar la paridad real en la cosa pública.

Este año puede marcar un hecho sin precedentes en el Poder Legislativo Nacional: que haya paridad entre legisladores mujeres y varones. Creer que la desigualdad está saldada por este hito es tan inverosímil como irresponsable. Cuestionar la comodidad, desafiar los mandatos y extender el debate más allá de los derechos ya conquistados es lo que mueve la historia hacia adelante.

HACIA UNA SEGURIDAD del siglo XXI

Martín De Simone

Licenciado en Ciencia Política (UdeSA) y magíster en Políticas Públicas (Princeton University), con especialización en Desarrollo Internacional. Trabajó varios años como consultor para gobiernos y organizaciones de la sociedad civil en temas de seguridad ciudadana, crimen organizado, violencia y reforma policial. Actualmente trabaja en el Banco Mundial en Washington D.C.

No hay dudas, la inseguridad es uno de los problemas más importantes en la Argentina y la región, y lo seguirá siendo durante las próximas décadas. A nivel regional, América Latina es la región más violenta del mundo, porque si bien posee solo el 8% de la población mundial, concentra un 38% del total de homicidios, experimentando más de uno cada cuatro minutos. Además, se trata de una región que posee catorce de las ciudades más peligrosas del mundo, y la única en la que la tendencia en las tasas de violencia es hacia el aumento.

La Argentina no le escapa a la enorme ola de inseguridad. Si prestamos atención a los datos de la reciente encuesta de victimización, en 2016 13,6% de los hogares argentinos fueron víctimas de un delito contra el hogar –aquellos que atentan contra todos los miembros de una vivienda– y el 19,9% de las personas mayores de 18 años fueron víctimas de al menos un delito contra su persona. Ade-

más, el 85,1% de la población del país considera la inseguridad en su ciudad de residencia como un problema “bastante o muy grave”¹. La tendencia para la próxima década no es necesariamente positiva.

¿Cuál es la respuesta típica frente a la inseguridad? Tanto en nuestro país como en la región la respuesta más común tiende a ser la de aumentar la cantidad de policías e intensificar las medidas operativas. Sin embargo, según datos de la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito, Argentina posee un total de 803 policías cada 100.000 habitantes², uno de los valores más altos del mundo. En este marco, incrementar la cantidad de policías no parece ser la medida más idónea.

En general, las clásicas medidas contra la inseguridad son reactivas. Pero ¿qué tal si pudiéramos prevenir la inseguridad? ¿Qué tal si pudiéramos predecir hechos de inseguridad con el fin de evitarlos? Ello es posible con el uso de la tecnología adecuada.

Por ello, la idea que debemos discutir hacia la Argentina del 2030 es el uso de tecnología para la predicción del delito. En particular, la utilización de herramientas de *machine learning* –cuya traducción aproximada es “aprendizaje automático”– para prevenir hechos delictivos.

¿Cómo funciona esta tecnología? Parte del uso de bases de datos, con los que se alimenta a un sistema que crea un algoritmo que asigna probabilidades respecto de cuándo y dónde se producirán nuevos delitos. Los algoritmos son directamente construidos por sistemas que “aprenden” de los datos con los que se los nutre, y pueden usarse insumos tan variados como estadísticas criminales, datos anónimos provenientes de patrones de telecomunicaciones, uso de redes sociales y hasta información meteorológica. Una vez que los algoritmos son creados, estos sistemas pueden arrojar información sobre cuándo y dónde es probable que se produzcan nuevos delitos, lo que puede plasmarse en mapas que sean usados para el patrullaje, previniendo el desenvolvimiento de hechos violentos.

¹ Encuesta Nacional de Victimización.

² UNODC

Si usamos tecnologías de predicción para detectar fenómenos tales como terremotos, ¿por qué no usarlas para predecir fenómenos sociales tales como el delito? Aunque la certeza de las predicciones probablemente no sea tan alta como con eventos naturales, seguramente se lograrán tomar decisiones que mejoren el desempeño de los organismos de seguridad pública. De hecho, ya existen múltiples ejemplos exitosos en el mundo. Por mencionar algunos, tanto los departamentos de policía de Los Ángeles como de Santa Cruz (California), han utilizado recientemente técnicas de *machine learning* para predecir el delito, y evaluaciones rigurosas han mostrado disminuciones significativas en las tasas delictivas. Incluso en nuestra región, un sistema similar ha comenzado a emplearse en Chile.

Las potenciales aplicaciones a temas de seguridad no se restringen a la predicción del delito común. El aprendizaje automático puede emplearse también para prevenir la violencia doméstica, establecer la probabilidad de que las personas privadas de su libertad reincidan y hasta disminuir significativamente la violencia policial, entre otras cosas.

Si bien el aprendizaje automático puede contribuir a mejorar rotundamente la calidad de vida de los ciudadanos en el ámbito de la seguridad, para que su implementación sea eficaz algunas cuestiones deben tenerse en cuenta. En primera instancia, a pesar de que las máquinas tienen la capacidad de “aprender” de la información que reciben, son los humanos quienes deciden qué datos proveer. Por ello, es imprescindible que se excluyan variables socio-económicas y demográficas para garantizar el respeto irrestricto de los Derechos Humanos.

Similarmente, el comando estratégico de los sistemas de aprendizaje computarizado debe estar al mando de civiles, y la información que provean los sistemas informáticos y los modelos matemáticos debe considerarse solo un insumo para la toma de decisiones. Solo ello puede garantizar que se cumpla con los mecanismos de transparencia y rendición de cuentas que la toma de decisiones en una sociedad democrática demanda, especialmente en Argentina, que

en términos comparativos posee una muy baja tasa de confianza en las policías.

En conclusión, la Argentina del 2030 demanda soluciones a la altura del futuro. La Inteligencia Artificial está revolucionando la toma de decisiones en múltiples ámbitos del mundo privado. Es hora de aprovechar las oportunidades que la tecnología nos brinda para afrontar uno de los problemas más acuciantes que enfrentamos como sociedad con respuestas eficaces e innovadoras. Mientras tanto, es posible ver un claro círculo virtuoso: el desarrollo tecnológico puede contribuir fuertemente a la seguridad, y ambos catalizarán un desarrollo para nuestro país que sea potente, sostenible e inclusivo.

Para diseñar un sistema efectivo que pueda predecir el delito y reducir la violencia, es primero necesario entablar un debate que involucre a múltiples actores y que –sin pretender ser exhaustivo– se pregunte cuál es el contrato social que debemos entablar para usar el aprendizaje automático con el objetivo de reducir la violencia, quiénes serán los principales responsables al mando de la tecnología, cómo será el proceso de implementación, cómo se garantizará el respeto de los Derechos Humanos y la privacidad, de qué forma se garantizará la transparencia del sistema y, no menos importante, cómo mediremos la efectividad con rigurosidad y certeza.

ÉTICA 2.0

Ana Laura Diedrichs

Ingeniera en Sistemas de Información y becaria doctoral (UTN Mendoza). Docente de Internet de las Cosas, aprendizaje automático e Inteligencia Artificial en la UTN Mendoza. Es fundadora y co-organizadora del capítulo de Mendoza de R-Ladies, una organización internacional cuya misión es promover la diversidad de género en la comunidad de ciencias de datos en R. Es investigadora y consultora en IoT y aprendizaje automático.

Cuando escuchamos hablar de Inteligencia Artificial (IA) o Internet de las Cosas (IoT por sus siglas en inglés) nos imaginamos aplicaciones muy futuristas de ciencia ficción. El cine y la literatura le han dado una connotación negativa a la IA. Decimos que un dispositivo o programa tiene «Inteligencia Artificial» cuando imita funciones «cognitivas» propias de los seres humanos como «aprender», «resolver problemas», identificar objetos y situaciones percibiendo el entorno (visión, audición, etc). Cualquier dispositivo que perciba su entorno y tome medidas que maximicen sus posibilidades de alcanzar sus objetivos con éxito, es un agente inteligente. Como vemos es un concepto diferente la Inteligencia Artificial a la inteligencia humana. Un subcampo de la IA es el aprendizaje automático que permite construir modelos complejos a partir de datos reales, como por ejemplo: detectores de correos electrónicos basura, sistemas de recomendación de productos (*Netflix* nos recomienda series acorde a nuestros gustos),

asistentes virtuales mediante comandos de voz, o reconocimiento de rostros en una foto.

Ya hay más dispositivos conectados a Internet que personas en el mundo. Además de las computadoras que usan las personas, las cosas, pequeñas computadoras, también pueden acceder a Internet: alarmas, electrodomésticos, sensores industriales, sensores de monitoreo ambiental, entre otros. Existen diversas aplicaciones que vinculan la IA con el IoT como, por ejemplo, las casas inteligentes dotadas de sensores que van aprendiendo los patrones de los habitantes para optimizar el consumo energético del hogar.

Es importante recordar que los sistemas IA e IoT son desarrollados por personas por lo que puede que el sistema tenga sesgo a realizar ciertas acciones y no otras, por como fue programado o entrenado. Aplicaciones fotográficas indicaron que rostros asiáticos tenían los ojos cerrados, cuando en realidad es la forma natural de sus ojos. *Google* tuvo que salir a dar disculpas cuando sus sistemas de búsqueda y etiquetado de imágenes indicó como gorilas a las fotos de personas afroamericanas. Esto sucede porque en los datos con los que fueron entrenados y construidos estos modelos no se consideran personas de diferentes etnias, priorizando una mayoría caucásica. La diversidad e inclusión es importante en el desarrollo de aplicaciones en general.

Además de cuidar el sesgo o *bias* en IA también es importante nuestra privacidad y una revisión de las “configuraciones *a priori*” de los sistemas de recomendación que van capturando patrones de nuestro comportamiento. A medida que los volúmenes de datos son mayores (más clientes, más transacciones), tienen más información certera de nuestros intereses. Otro ejemplo ocurrió que una usuaria de *Facebook* no supo que su amigo estaba enfermo y se enteró ya muy tarde cuando ha fallecido. Al parecer, él era de publicar poco y eso hizo que *Facebook* no priorizara su publicación que indicaba que estaba internado. Es importante en el desarrollo de estas aplicaciones realizar grandes esfuerzos para evitar el sesgo y brindarle amplias opciones a los usuarios sobre cómo quieren gestionar el sistema de recomendación y su privacidad.

Sobre los sistemas electrónicos informáticos, si bien atraviesan varias pruebas y certificaciones en algunos casos, es imposible asegurar que sean cien por ciento seguros. Por un lado, por la imposibilidad de considerar todos los factores externos que afectan al producto y, por otro, por el alto costo de probar todas las instrucciones u opciones posibles de ejecución de un sistema completo. Por esto, si bien la tecnología nos ayuda mucho a facilitar nuestro día a día, su aplicación en ámbitos muy sensibles debe ser reconsiderada. Un ejemplo actual es el voto o boleta electrónica, ya que la aplicación del mismo impide que el voto pueda ser auditado por un ciudadano común y corriente dejando la auditoría en manos de una élite informática. Segundo, una falla de seguridad en este tipo de sistemas sería a grandes escalas y difícil de contrarrestar, poniendo en riesgo una de las piezas fundamentales de nuestra democracia. Por esto expertos en el tema recomiendan evitar el uso de tecnologías en el momento de la emisión del voto y recomiendan el uso de la boleta única papel.

El campo de procesamiento y generación de imágenes está avanzando a pasos agigantados. Hoy en día es posible generar video y audio en tiempo real sobre una persona a partir de audios o videos anteriores. Existe un estudio que trabajó con modelos generativos, a partir de imágenes y audio de Obama, ex-presidente de Estados Unidos, generando videos falsos de él pero bastantes realistas. Se acabó la era del “creo en lo que veo y escucho” o “ver para creer”. Cada vez será mucho más fácil generar imágenes y audios falsos. Esto puede repercutir gravemente en la manipulación de la opinión pública. Ya existen numerosas noticias falsas o tendenciosas en todas las redes sociales. Va a ser necesario realizar un arduo trabajo en crear nuevos mecanismos digitales de verificación de información en origen, para identificar fuentes confiables de información, por ejemplo, de alguna foto que haya tomado algún periodista.

Pero no sólo de tecnología vive la humanidad, cada una de estas aplicaciones de IA o IoT implica un impacto ético, político y social, desde casos emblemáticos como su uso para aplicaciones militares, el creciente desempleo por la automatización, hasta el uso de da-

tos por parte de las aplicaciones que usamos en nuestros celulares. Es muy probable que estas tecnologías nos reemplacen en tareas de automatización y precisión en las que no somos eficientes o son monótonas (robots soldadores, control de calidad de frutas) o son peligrosas (minería). Sin embargo, “las máquinas” están lejos de adquirir una superinteligencia donde puedan tener creatividad, conciencia, sentido del humor y otras tantas cosas que nos hacen tan humanos. Se precisa un cambio en el paradigma educativo para adaptarse a una nueva realidad y un mercado laboral diferente. La cantidad de planteos ético-filosóficos no deben limitarse a los mencionados aquí, son un punto de partida. No sólo debemos educar para entender y manejar las nuevas tecnologías, sino también sumar a personas de diversas áreas, para enriquecer la discusión de varios planteos éticos profundos.

POLÍTICA, proximidad y transformación personal

Francisca Estenssoro

Licenciada en Ciencia Política con una especialización en América Latina y magíster en Sociología Política Comparada (Instituto de Estudios Políticos de París, Sciences Po). En la actualidad es asesora parlamentaria en temas de género, medio ambiente y fortalecimiento de las instituciones democráticas. Además es profesora certificada de Hatha Yoga y da clases en el barrio Padre Mujica (ex villa 31).

En el siglo XXI es frecuente el descontento y la apatía ciudadana hacia los líderes políticos y hacia la política en general. Este rechazo hacia el *establishment político*, percibido como distante, alejado, ineficaz y corrupto, se ve acompañado por una exigencia ciudadana de mayor transparencia institucional, combate de la corrupción y gestión eficiente de los recursos del Estado. Los electores ya no eligen en base a una ideología, o a una pertenencia partidaria, sino a partir de problemas políticos, económicos y sociales, y los desafíos específicos que se presentan en el momento de cada elección. Esta metamorfosis del lazo representativo se ve acompañada por una personalización creciente de la política: cada vez votamos más por una persona en particular y no por programas o plataformas.

Por todas estas razones, los atributos que los dirigentes políticos eligen mostrar hacen hincapié en sus propias cualidades personales: la “honestidad”, la “credibilidad”, la “autenticidad” y la “eficacia”. Los grandes líderes carismáticos, característicos del siglo pasado, están siendo reemplazados por líderes más humanos, que intentan mostrarse cercanos a los ciudadanos y sus problemas.

En la representación de proximidad, todas las acciones de las mujeres y de los hombres políticos buscan reducir la distancia que existe entre ellos y los ciudadanos. La proximidad implica que tratan de ser percibidos cada vez más como personas “normales”, como “ciudadanos comunes” para poder representar legítimamente, no porque tengan un mayor conocimiento de los problemas que afectan a la sociedad, sino porque tienen los mismos problemas que ella.

En la Argentina de estos últimos años, el partido político que mejor ha comprendido este cambio ha sido el PRO. La consagración del “vecino” como nuevo sujeto político, que reemplazó por completo a la figura del “ciudadano”, es uno de los ejes a partir de los cuales esta nueva fuerza construyó proximidad desde lo discursivo. Si focalizamos nuestra atención en el territorio, la proximidad se puede ver reflejada en los timbreos, o en los famosos “mano a mano”, donde los funcionarios públicos visitan de manera informal a un ciudadano, cuyas imágenes y testimonios después se difunden y amplifican a través de redes sociales.

La política de la proximidad aparece, entonces, como una solución a los problemas que aquejan a la representación política cuando se presenta como una voluntad genuina de prestarle mayor atención a los problemas de los ciudadanos de a pie. En la escena política argentina, la representación de proximidad aparece como una nueva promesa. Poner énfasis en la *manera de hacer política*, es decir *en la manera de concebir y ejercer la función de representación*, actúa como una respuesta al desencanto ciudadano hacia la política tradicional. Ahora bien, ¿está generando esto liderazgos auténticos que encarnen verdaderamente los cambios que la sociedad necesita?

Mucho se ha hablado en estos últimos tres años acerca de la ne-

cesidad de un “cambio cultural”, como si el problema que aqueja a nuestro país fuese de índole específicamente cultural. Desde mi punto de vista, el problema es mucho más profundo, y está directamente vinculado con lo que podríamos llamar “plano espiritual”, el estado de conciencia tanto de dirigentes como de ciudadanos. En este sentido, creo que más que un cambio cultural, lo que necesitamos es un cambio interno, personal. En esta línea, el siglo XXI impone una transformación eco-espiritual, ya que los desafíos que nos presentan el cambio climático y la sobreexplotación de los recursos naturales, nos enfrentan con la realidad de que debemos cambiar nuestro modo de producción y nuestros hábitos de consumo si queremos salvar el planeta Tierra, nuestra casa común.

Generalmente las personas que nos involucramos en la vida política del país sostenemos que lo hacemos con la intención de “cambiar el mundo”. No obstante, el mundo es resultado de nuestros pensamientos y acciones. Para que algo suceda efectivamente, primero tenemos que poder imaginarlo. No podemos cambiar el mundo, o el país, si no cambiamos nuestra conciencia, es decir, nuestra forma de pensar, de sentir y de actuar. El primer espacio del cambio, en este sentido, es el de la transformación personal. Sin eso será difícil lograr algo sustentable en el tiempo.

Para mujeres y hombres de la política, esta dimensión personal es el desafío central detrás de la promesa de la proximidad. Si la cercanía es solo un gesto externo, si los líderes no son congruentes con sus palabras, actitudes y acciones, la proximidad se convierte en una estrategia, entre tantas otras, de *marketing* político. Si no generara una transformación real tanto en la dirigencia política como en la sociedad, provocaría nuevamente una desilusión ciudadana hacia la democracia representativa y el sistema democrático. Por eso, si los líderes quieren lograr transformaciones en la sociedad, el primer paso estará en la toma de conciencia personal, y cierto grado de transformación interior.

“Sé el cambio que quieres ver”, sentenció Mohandas Gandhi hace setenta años, y sorprendió a la humanidad al demostrar que se podía

derrotar al mayor imperio del mundo sin alzarse en armas, solo con un cambio de conciencia y una gran fortaleza espiritual.

En los ámbitos partidarios y políticos, esta dimensión personal todavía no es tenida en cuenta como primer paso ineludible para promover transformaciones sustentables. Llevar a la política de proximidad más allá de lo exterior y cosmético, hacia una verdadera transformación en la relación de líderes y ciudadanos, empieza por una reflexión de fondo, personal, y no solo de formas. Si en los integrantes de una sociedad no priman los principios y los valores de la sustentabilidad, ¿cómo esperamos que estén presentes en el proceso de toma de decisiones de nuestros políticos? Que el 2030 nos encuentre, en lo político y en lo ciudadano, transitando ese camino.

UNA NUEVA MANERA de crecer

Mariana Fernández Escobar

Licenciada en Economía (UTDT) y magíster en Economía y Políticas de Energía y Medio Ambiente (University College London). Fue becaria Chevening y es voluntaria en la organización Sumando Energías.

Todos escuchamos hablar en algún momento del cambio climático. Solemos representarlo con imágenes de glaciares derritiéndose o de osos polares flotando en pequeños trozos de hielo. Y casi inequívocamente es catalogado como un problema ambiental. Pero las raíces del cambio climático abarcan cuestiones económicas, sociales y políticas que describen la manera en que vivimos. Comprende desde los bienes que consumimos y los trabajos que realizamos, hasta nuestra manera de relacionarnos. Mirar las causas más profundas detrás del cambio climático inevitablemente lleva a replantearnos la manera en la que entendemos el crecimiento, y nos desafía a pensar un nuevo paradigma de desarrollo.

Los últimos siglos fueron testigos de un crecimiento económico explosivo. La aplicación cada vez más sofisticada de tecnología transformó integralmente nuestra sociedad y nos permitió alcanzar los niveles de bienestar y sobrevida más altos en la historia. El uso de los recursos naturales fue una condición necesaria para este desarrollo, y está implícita en cada aspecto de la vida como la en-

tendemos hoy. Las ciudades, estructuras de consumo y transporte, se establecieron bajo la premisa de que el medioambiente estaba a nuestro servicio, sin una consideración del impacto que estas actividades podían causar. Hoy en día sabemos que este modelo de desarrollo genera presiones cada vez más fuertes en los ecosistemas en los que opera, representadas principalmente por el fenómeno del cambio climático.

Como resultado de nuestras actividades, las concentraciones de gases de efecto invernadero aumentan a límites peligrosos. Esto implica consecuencias drásticas, y en muchos casos irreversibles, que nos afectarán directamente. Fenómenos climáticos cada vez más extremos e impredecibles, como sequías e inundaciones severas; contaminación del aire; aumento del nivel del mar que amenaza a las ciudades costeras; pérdida de biodiversidad y alteraciones en los patrones de lluvias con impacto directo en la producción de alimentos. Para 2050, por ejemplo, se espera una caída en la producción agrícola de entre el 10 y 25%, frente a un aumento en la demanda de alimentos del 60%. En 2030 los impactos del cambio climático le costarán al mundo más de 314 billones de dólares por año, y generarán 77 millones de pobres.

La evidencia científica indica que si queremos minimizar la probabilidad de ocurrencia de estos fenómenos es imperante reducir la cantidad de emisiones. Sin entrar en debates técnicos sobre la descarbonización de nuestra matriz energética o un modelo alternativo de consumo, es necesario dar un paso atrás y debatir qué necesitamos para poder mantener estos niveles de bienestar y lograr que beneficien a toda la sociedad, pero sin impactar negativamente en el medioambiente. El debate de cara al 2030 tiene que enfocarse en un nuevo paradigma de desarrollo que reconozca que operamos en un mundo con limitaciones, donde los valores éticos de conservación de ecosistemas y especies no sean socavados. ¿Somos capaces de mejorar la calidad de vida de nuestra población sin destruir el ambiente en el que vivimos? La inevitabilidad de las consecuencias del cambio climático acerca el debate a la acción. La pregunta es

cómo podemos establecer los mecanismos para promover el desarrollo sostenible.

En este sentido, la educación con miras al 2030 tiene un rol fundamental: formar profesionales creativos y capaces de pensar soluciones innovadoras a los complejos desafíos de transformación a los que nos enfrentamos. La educación tiene que proveer herramientas *para* el cambio, generando espacios que fomenten la adaptación y la creación de un modelo de crecimiento sustentable, que promueva el uso de las tecnologías y estructuras basadas en la cooperación, y que apunte no solo a la juventud, sino a toda la comunidad. Una educación que integre el conocimiento de áreas que hoy parecen aisladas, como las ciencias y la psicología. Y que, por sobre todo, dote de herramientas que promuevan el progreso de aquellos con menores oportunidades. ¿Qué implica educar para el cambio? ¿Cómo logramos una educación integral? ¿Qué capacitación requieren los formadores? ¿Qué mecanismos se necesitan para transformar el conocimiento en acción?

Las innovaciones tecnológicas ofrecen oportunidades para transformar los procesos y productos en otros más sustentables. También es estratégico invertir en la investigación y el desarrollo de tecnologías más limpias. La dificultad radica en cómo direccionar la innovación hacia allí. Debemos pensar cuáles son los incentivos que contribuirían a romper el *statu quo*: ¿qué mecanismos lograrían que las compañías alinearan su estrategia con la sustentabilidad? En un contexto donde los recursos son escasos, conectar a las incubadoras de conocimiento, como universidades y *think tanks*, con empresas capaces de llevar a cabo inversiones de gran escala, maximizaría la eficiencia y reduciría el costo de la inversión. El sector energético representa una gran paradoja: de él se esperan las innovaciones más radicales y, sin embargo, se encuentra entre los sectores con menor inversión en investigación y desarrollo. Tenemos que pensar en las barreras que enfrenta la innovación en energía limpia.

Desarrollar un nuevo paradigma requerirá de una participación activa del Estado. Las instituciones locales tendrán un rol fundamen-

tal estableciendo las políticas de mitigación y adaptación al cambio climático, y promoviendo la divulgación de datos que permitan saber cómo afecta el cambio climático a los aparatos productivos y las fuentes de trabajo. También se debe incentivar una participación activa de la ciudadanía y potenciar las alianzas con el sector privado. Ante un fenómeno global como el cambio climático, la cooperación regional e internacional será un eje fundamental. En relación a esto, debemos preguntarnos si las instituciones actuales son suficientes para responder a estos nuevos desafíos. ¿Cómo deberían transformarse para ser organismos flexibles, que actúen con la rapidez que impone el cambio climático?

Estas preguntas, entre muchas otras, son las que debemos hacernos si queremos construir un nuevo modelo de crecimiento, que promueva la igualdad, el desarrollo y la sostenibilidad ambiental. Estoy convencida de que este modelo existe, y también que está a nuestro alcance. Nuestro éxito depende, en gran medida, de que podamos discutir el camino hacia un nuevo modo de crecer.

EL ESTEREOTIPO del maestro argentino

Fernando Giménez Zapiola

Profesor en Filosofía (UCA) y especialista en Educación (UdeSA). Es el director académico de la Fundación Varkey, organización sin fines de lucro creada para mejorar los estándares educativos de los niños menos favorecidos de todo el mundo.

¿Cuál es el maestro (docente) que más impactó en tu vida? Esta es una pregunta con la que suelo iniciar conversaciones relacionadas con educación o encuentros de capacitación. Pregunta que tiene una doble intencionalidad. La primera, evocar aquellas personas que nos han marcado; la segunda, elevar el estatus del rol del educador. Siempre sucede que la respuesta es un nombre, una cara, una historia en la memoria (cognitiva y afectiva) de quien evoca y puede referir cómo esa persona aún hoy le sirve de inspiración.

Qué sucedería si se hiciera esta segunda pregunta: ¿qué pensás de los maestros o docentes de hoy en Argentina? Como en todo recorte de la sociedad agrupar en un colectivo (los docentes) a una pluralidad de personas cuando menos es reduccionista. Uno suele escuchar, desde distintos formadores de opinión pública que los docentes “no quieren mejorar”, “no han cambiado viejas prácticas”, “gozan de licencias excesivas”, “abusan de su rol y del estatuto” y

podría seguir.

¿Por qué sucede esta disociación entre la propia experiencia (primera pregunta) y la experiencia social (segunda pregunta)? Me cuesta encontrar una única razón. Pero sí me atrevo a hacer algunas preguntas que inviten a pensar.

¿Es posible una sociedad que sea próspera y que no valore a sus docentes? ¿El proceso de enseñanza-aprendizaje sólo da frutos a largo plazo y, por lo tanto, una sociedad de la inmediatez no lo puede valorar? ¿Los docentes no comunican eficazmente su trabajo?

Mi intención es contribuir al análisis del rol de los educadores desde mi experiencia de trabajar a diario con docentes de distintos lugares del país.

En primer lugar, es difícil imaginar una sociedad que se desafíe, que se anime a mejorar, que busque prosperar, sin apostar a las generaciones que vienen. No hay prosperidad posible sin que se desarrollen los talentos de cada uno de los habitantes. Ahora bien, los talentos se despliegan en una comunidad, es en la diversidad donde encontramos puertas que nos abren a nuevas posibilidades. Cuando las sociedades no se movilizan es más arduo prosperar. Las escuelas, y principalmente los docentes, son capaces de hacer esta transferencia.

He visto a docentes rurales de Corrientes utilizar herramientas de Realidad Virtual y fundamentos de robótica con alumnos de escuela primaria. ¿Tienen las familias por sí solas la posibilidad de abrir estos universos a nuestros niños y jóvenes? ¿No es la escuela la organización capaz de abrir ventanas al conocimiento?

Por otro lado, hoy se ven grandes avances muy rápidos en muchas áreas del conocimiento y parece que los docentes están cada día más atrasados. ¿Cómo lograr que su trabajo esté actualizado? Imposible pensarlo si sostenemos que los contenidos y las estrategias de enseñanza deben ser homogéneas y determinadas por un Estado central y así atiende a los millones de chicos que cada día van a las clases. Pocas veces como hoy se ve a los docentes tan necesitados y con ganas de ser capacitados. Todos los días se dictan cursos, talle-

res, programas y seminarios, tanto presenciales como virtuales, y en general con excelente disposición y asistencia por parte de los educadores. ¿Por qué no logra verse un cambio en el aula? ¿Acaso será que al intentar innovar el docente recibe resistencia por parte de los directivos, padres e incluso alumnos? ¿Son los docentes los que no quieren cambiar sus prácticas o es a la sociedad a la que le cuesta evolucionar? He visto más de un docente cuestionado por un padre o directivo porque sus prácticas “no son las de antes”. ¿Cuántas veces escuchamos la frase “hay que volver a la escuela de antes, a la que tenía autoridad”? ¿Son los docentes los que se resisten a innovar o la sociedad? ¿Qué pasa si un maestro dice que en sus clases está prohibido que un alumno repruebe? Mínimo lo tildan de vago... pero ¿si lo que busca es que todos nos comprometamos con que los estudiantes aprendan? Claro que el “que todos aprueben” es un compromiso que si es asumido sólo por el docente va a fracasar –estará el alumno que se aprovecha, la familia que lo desprestigia y el director que no acompaña–, pero si en cambio implica que el director movilice recursos, la familia valore el aprendizaje, el alumno se esfuerce y el docente tenga libertad para enseñar y dar cuenta del aprendizaje: ¿no será el aprendizaje efectivo y el aprobar una consecuencia natural?

Por último: ¿estamos invitando a nuestros docentes jóvenes a que se atrevan a incluir nuevas estrategias de enseñanza o les reclamamos repetir el modelo del “maestro normal”? Cuando a los jóvenes, que se inician en algún campo de la educación, se les da la posibilidad, logran cambios profundos y positivos. He sido testigo de jóvenes de menos de 30 años animarse a desafiar a directivos con fundamentos que obligan a cambiar de viejas prácticas a nuevas estrategias ¿Y si les damos una voz más fuerte? Toda escuela debe contar con gente joven capaz de cuestionar el *statu quo* en pos de la mejora, que se atreva a introducir ideas nuevas sin “años de burocracia encima”. ¿Cómo sería una escuela donde un docente con experiencia trabaje codo a codo con docentes noveles? ¿No ayudaría a lograr un cambio eficaz y rápido?

La última pregunta es la que compromete a los docentes. Es hora

de animarnos a más, cada vez que se reúnen los docentes para capacitarse existe un consenso general acerca de qué hacer: enseñar en la diversidad, trabajar colaborativamente en las escuelas, contenido relevante y significativo, el rol del alumno activo en el aprendizaje y del docente como facilitador del conocimiento ¿Y si logramos hacernos escuchar? Si los docentes empezamos con el ejemplo y hacemos de estas prácticas nuestro trabajo diario, si lo presentamos a la sociedad como objetivo de todos, ¿no lograríamos hacer de los docentes una sana preocupación nacional?

¿Cómo soñamos a los docentes del 2030? Sin duda que sigan teniendo el impacto de ese gran maestro que nos ha marcado en la vida, que nos ha reconocido. Los invito a que reconozcamos a nuestros docentes para que ellos reconozcan a sus estudiantes y así se dará el cambio efectivo. Animémonos como sociedad a preguntarnos más y buscar responder menos, a proponer más y a desafiarnos más, a no mantener lo dado “porque antes funcionó”. Soñemos con el docente del 2030 y empecemos hoy a darle más voz, más autonomía y más posibilidades.

INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y ANALÍTICA AVANZADA: el futuro de las escuelas argentinas

Nicolás Giménez

Licenciado en Administración de Empresas (UdeSA). Co-fundador de Blended, una plataforma escolar que permite a padres, docentes y alumnos acceder a toda la información relevante desde sus celulares.

Imaginemos una escuela argentina del 2030: la deserción escolar se ha vuelto nula y la calidad educativa del país se encuentra entre las mejores del mundo. Este podría no ser un relato de ciencia ficción solamente si permitimos que las computadoras ayuden a docentes y padres a tomar mejores decisiones.

Quisiera hacer un *disclaimer*. No soy un académico de la educación ni un docente, pero en los últimos años he tenido la suerte de compartir encuentros y charlas con destacados referentes de la educación en nuestro país y paso la mayor parte de mi día rodeado de educadores. Si alguno pudiera no estar de acuerdo con cualquier fragmento del mismo, desde ya le digo que tiene razón. Aula mata teoría.

De cara al escenario descripto, hace algunos años decidí emprender en educación. Fundé un *startup* que desarrolló una solución tecnológica para colegios primarios y secundarios que se ha vuelto

popular. Trabajar en tecnología y con escuelas permite despertar la imaginación, y ver que las cosas en el futuro probablemente no serán tan parecidas a nuestro presente. Si sabemos aprovechar los cambios, encontraremos terreno para mejorar.

En una escuela argentina del 2030, la plataforma de gestión educativa o sistema escolar procesa cientos de millones de datos cada semana: calificaciones de los alumnos, nivel de asistencia, contenidos educativos, mensajes con las familias. Toda la información que fluye por el sistema de gestión estará disponible para trabajar sobre ella.

Esto lleva a un punto novedoso: la herramienta tiene la capacidad de predecir el futuro. Puede informarle al director, por ejemplo, que Lucas tiene riesgo de repetir antes de que efectivamente lo haga; puede avisarles a los padres de Camila que su hija va a tener dificultades con Geografía antes de que se lleve la materia; puede informarle a Martín, profesor de Historia, que sus alumnos están participando poco en clase, y sugerirle contenidos alternativos para trabajar; puede decirle a Lucía que, si sigue así, probablemente será abanderada.

Cada director, cada docente, cada madre y padre del país tiene su propio asistente que los ayuda a evitar los problemas antes de que ocurran, que los ayuda a potenciar la experiencia educativa de cada alumno. Inteligencia Artificial en cada escuela. Una *Siri* psicopedagoga.

¿Cómo hace este “asistente” para predecir que hay riesgo de que Lucas deje el colegio? Es sencillo: accede en tiempo real a todos los datos históricos de alumnos similares que no terminaron sus estudios, busca patrones comunes y los compara con el perfil académico del alumno. Identifica factores de riesgo, como altos niveles de ausentismo, bajo rendimiento en asignaturas troncales o bajo involucramiento parental, y sugiere a directivos y docentes acciones para ayudar a Lucas antes de que repita. Todo eso en 2,6 segundos.

Así, en la Argentina del 2030, padres y docentes podrán tener más información para tomar mejores decisiones. Información sólida que permitirá tomar decisiones fundamentadas. Tal vez, sobre esta base,

todo niño podrá terminar sus estudios en una escuela de calidad, y transformarse en un actor determinante de la sociedad global.

De vuelta en 2018, hace falta hacer una aclaración: todas estas tecnologías ya se encuentran disponibles, están siendo aplicadas en educación por varios países y destacados jóvenes argentinos están participando de este cambio de paradigma global. Quizás lo que nos separa del escenario futuro antes descrito es el miedo. ¿Con qué podríamos encontrarnos si empezáramos a mirar datos e información?

¿Qué pasaría si tomamos conciencia de que hay chicos que no terminan el colegio en la Argentina? ¿O si nos encontramos con que hay docentes que faltan demasiado a clase o que no son lo suficientemente buenos? ¿Qué hacemos si nuestros chicos son malos en matemáticas y ciencias? ¿Y si mi colegio es el peor del barrio? ¿Y si no estoy suficientemente involucrado como padre o madre con la educación de mis hijos?

Si miramos los datos en profundidad, seguramente encontraremos cosas que no nos gustan demasiado, pero estoy convencido que también nos sorprenderemos positivamente. Encontraremos docentes comprometidos que hacen una labor excelente con escasos recursos; encontraremos alumnos y alumnas con un potencial extraordinario que no cuentan con la ayuda necesaria para cumplir su sueño de ser médico o ingeniero. Encontraremos familias y comunidades que con mucho esfuerzo ocupan lugares que el propio Estado no puede cubrir.

Muchas veces como argentinos no nos sentimos orgullosos de nuestro país, ni tampoco nos sentimos identificados con los paradigmas que se plantean en los medios de comunicación. Muchas veces pensamos en irnos, porque los problemas son demasiado complejos o porque pensamos que este país ya no tiene arreglo.

Quizás la tecnología nos permita encontrarnos no sólo con problemas para resolver, sino también con argentinos y argentinas que nos llenen de orgullo, que nos hagan sentir identificados, que nos hagan creer que podemos tener un país mejor.

En la Argentina de 2030, la tecnología aplicada a la medición

de datos educativos nos permitirá destinar mejor los recursos del Estado, para ayudar a aquellas escuelas y familias que realmente lo necesitan; nos permitirá ser un país más honesto, que se hace cargo de sus problemas y trabaja en conjunto para resolverlos; y por sobre todas las cosas, nos permitirá ilusionarnos, al encontrar cada día niños y niñas con el potencial de transformar radicalmente el rumbo de nuestro país.

SOBRE RAMAS y brotes

Sergio Giuliano

Abogado (UdeSA), magíster en Derecho (Yale Law School) y en Políticas Públicas (University of Oxford). Se especializa en Derecho Constitucional y Derecho Internacional de los Derechos Humanos y hace investigación para el centro «Building Integrity» de la Escuela de Gobierno de la Universidad de Oxford.

Desde chicos aprendemos que el Estado tiene tres ramas: la legislativa, la ejecutiva, y la judicial. Se nos dice que es importante mantenerlas separadas porque así evitamos abusos por parte de los gobernantes. Ahora bien, si esa es la justificación, ¿por qué tenemos *esas* ramas? ¿y por qué tenemos tres y no dos, o cuatro, o cinco? Tanto nos hemos acostumbrado que damos por sentado un diseño institucional que data del 1700 cuando tenemos hoy un mundo mucho más distinto y complejo. Dicho mundo se ve reflejado en estructuras estatales considerablemente más grandes y con innumerables funciones en comparación con las que tenían los Estados en la época en la cual esta santa trinidad fue concebida. Parece quizás recomendable, como mínimo, volver sobre las bases teóricas de este diseño para repensarlo en la actualidad.

Empecemos primero por describir brevemente qué es la separación de poderes. Ella es un principio de la teoría política y del dere-

cho constitucional arraigado en la tradición liberal de la Ilustración. Según dicho principio, debe existir una división cualitativa entre las distintas funciones gubernamentales para evitar la concentración de poder y la consecuente violación de derechos individuales. La separación es cualitativa porque identificamos las tres funciones centrales de un Estado y las adjudicamos, las investimos, en tres ramas institucionales diferenciadas.

Con esta descripción podemos ver que la separación de poderes como existe hoy tiene dos lógicas justificativas. La primera es evitar el ejercicio tiránico del poder (llamémosla la “lógica anti-abuso”), y tiene su base en dos aspectos: (a) la división del poder (todo el poder no puede estar en manos de la/s misma/s persona/s), y (b) los frenos y contrapesos (el poder debe controlar al poder o, como dice Madison, “La ambición debe ponerse en juego para contrarrestar a la ambición”). Pero, aunque esta primera lógica nos explica el qué, sólo nos explica parte del cómo. Es decir, sabemos que tenemos que dividir el poder y que cualquiera sea esa división tenemos que otorgar a sus ramas herramientas para controlar a las otras. Pero seguimos sin saber cuáles son esas ramas en las cuales dividiremos el poder. Es aquí donde entra la segunda –poco explorada– lógica justificativa de la separación de poderes.

Dicha lógica es la separación en sentido estricto o propiamente dicha (llamémosla la “lógica funcionalista”), según la cual separamos el poder en las funciones centrales del Estado cuyo ejercicio debe ser autónomo. Para esta lógica, los poderes deben estar separados funcionalmente para garantizar una gobernabilidad articulada. Cada una de estas funciones es fundamental y debe ser ejercida con experticia e independencia. Un Estado debe estar gobernado por leyes generales que sean sancionadas previamente (*ex ante*) para que la población pueda regular su conducta sobre la base de ellas; dichas leyes deben ser luego ejecutadas por otra rama que lleva adelante la política pública y los pormenores de su aplicación; y finalmente ellas deben ser interpretadas imparcial e independientemente en casos específicos (*ex post*) por otra rama.

Ahora bien, ¿son estas las únicas funciones de nuestras democracias constitucionales modernas? Hoy las democracias constitucionales modernas tienen oficinas anticorrupción, contralorías o auditorías generales, comisiones electorales, defensorías del pueblo, agencias de información y transparencia, etc. Todas ellas parecen cumplir funciones bastante distintas de la separación tripartita que hoy nos caracteriza. En Argentina, por ejemplo, ya contamos con dos instituciones que son tan autónomas e independientes como los otros tres poderes y constituyen su propia rama del Estado: el Ministerio Público que engloba a los Fiscales bajo la Procuradora General de la Nación y a los Defensores Públicos bajo la Defensora General de la Nación. Pero todas las mencionadas instituciones, también existentes en Argentina en diferentes formas, se encuentran presentes como ‘brotes’ de las otras ramas. Así, la Oficina Anticorrupción y la recientemente creada Agencia de Acceso a la Información Pública dependen de nuestro Poder Ejecutivo; la Auditoría General de la Nación y el Defensor del Pueblo se encuentran en el ámbito del Congreso; y la Cámara Electoral Nacional es un fuero más del Poder Judicial (todas con mayor o menor grado de independencia).

Entiendo que estas instituciones (cuya enumeración no busca ser taxativa), como instituciones de contralor, comprenden una función específica del Estado y separada de todas las otras, y es el control de la Integridad estatal. La idea de ‘Integridad’ es entendida en sentido amplio y constituye un concepto que abarca cuestiones como la anticorrupción y la transparencia, pero va más allá, tocando cuestiones de eficiencia y buena gobernabilidad. Todos estos aspectos cimientan la confianza de la población en el Estado y así, en parte, lo dota de legitimidad.

El reconocimiento de esta función estatal debería entonces tener dos consecuencias: 1) la necesidad de que estas instituciones tengan el estatus (sobre todo en términos de independencia –división del poder–, aunque también en términos de sujeción a frenos y contrapesos propios del sistema); y 2) pensar cuáles y cómo deben ser las instituciones que lleven a cabo esta función esencial. ¿Es esta la

metodología correcta para pensar en una nueva separación de poderes? ¿Cuántos brotes hacen una rama? ¿Cómo reorganizar institucionalmente estos brotes? ¿Cómo pensar en otros nuevos? Más aún, ¿es esta la función estatal que los engloba, o hay otras funciones y más de una rama por pensar? El segundo punto nos deja con más preguntas que respuestas. Por suerte, es ese el objetivo de este volumen, y ello no nos dispensa de comprometernos con el curso de interpelación que nos propone.

Hay un aspecto que parece un tanto evidente. Seguimos sumando instituciones a nuestro andamiaje institucional que tiene la misma meta-estructura de hace 200 años. Parece difícil, sin embargo, solucionar problemas en el siglo XXI con la tecnología institucional del siglo XVIII. Dejar atrás esta pereza intelectual y repensar la separación de poderes es, sin lugar a dudas, uno de los tantos debates institucionales que nos debemos de cara a la Argentina del 2030.

ABRIR AL MUNDO

la educación superior

Patricio Goldstein

Licenciado en Filosofía (UBA), magíster en Economía Aplicada (UTDT) y maestrando en Desarrollo Económico (Harvard University). Investigador en el Centro de Desarrollo Internacional de Harvard.

En un mundo crecientemente globalizado, Argentina va a necesitar ciudadanos preparados para los nuevos desafíos del orden político y económico internacional. Apostar por la movilidad académica y estudiantil entre el país, la región y el mundo es un paso correcto en esa dirección. Y no se trata únicamente de acompañar a estudiantes y profesionales argentinos a llevar adelante sus estudios e investigaciones en el exterior, sino de atraer más alumnos e investigadores al sistema educativo argentino. Actualmente, menos del 3% de los estudiantes de nuestro sistema universitario son extranjeros, frente a un promedio de 8% en los países miembros de OCDE. En cuanto a los estudiantes argentinos, si bien la calidad de las universidades nacionales en parte explica su baja movilidad, la ausencia de políticas integrales de promoción y financiamiento, así como la presencia de barreras lingüísticas, son dificultades centrales a la hora de participar en la comunidad académica global. Promover la movilidad académica no sólo es una oportunidad para fortalecer el desarrollo de los recursos humanos del país, sino también para

aumentar la circulación de ideas y alcanzar una integración más inteligente y sustentable con la región y el resto del mundo.

Es difícil subestimar el lugar particular que ha tenido la circulación de las ideas a través de los viajes en la historia política de nuestro país. Desde la transformadora estadía de Sarmiento en Estados Unidos al viaje a Italia de Perón en los años treinta, el contacto tanto de la intelectualidad como de sus líderes políticos con ideas extranjeras moldeó su comprensión de la vida política y del desarrollo. Paralelamente, es impensable concebir la historia de la educación superior argentina sin considerar el impacto de la generación de intelectuales exiliados del franquismo y del fascismo italiano en la evolución de disciplinas tan diferentes como la matemática y la sociología.

La movilidad académica como fenómeno global se desarrolló a la par de la globalización política y económica. Más allá de que su historia comience con el nacimiento de las primeras universidades en el Medioevo, en las últimas décadas se presenció un aumento sin igual en el intercambio internacional de profesores y estudiantes. De menos de un millón de alumnos extranjeros en 1975 a nivel mundial, según OCDE hoy casi cinco millones de jóvenes estudian en universidades de un país que no es el suyo, y esto sin tener en cuenta el impacto de los cursos masivos abiertos *online* (*massive open online courses*). Sin embargo, esta evolución no es lineal ni inerte a las políticas públicas llevadas adelante por países emisores y receptores de estudiantes terciarios. Hacia 2030, el Estado argentino y la sociedad civil tienen la capacidad y responsabilidad de influenciar este desarrollo para construir una sociedad más abierta y próspera. Impulsar la cooperación entre establecimientos educativos nacionales y extranjeros, buscar un sistema de créditos académicos compatible con los países de la región, facilitar la migración de estudiantes y profesores hacia el país y mejorar el financiamiento de estadías internacionales para estudiantes son sólo algunas de las iniciativas que países de la región han proseguido con éxito en los últimos años, y que debemos empezar a discutir para avanzar en el cumplimiento de este ideal.

En la actualidad, muchos argentinos ya enseñan y aportan a la

producción de conocimiento en universidades extranjeras y cada año más estudiantes de la región migran a nuestro país para llevar adelante su carrera universitaria. Hoy, es la responsabilidad de nuestra generación afianzar vínculos con todos ellos y promover el desarrollo de este tipo de intercambios. Particularmente, la integración educativa y cultural a nivel regional es uno de nuestros mayores desafíos. El bajo dominio del portugués y nuestro escaso conocimiento sobre la historia de la región representan un fracaso para el ideal de integración regional, que se ha focalizado mayormente en el intercambio económico y el diálogo político. Una mayor movilidad entre los estudiantes del continente podría aportar a la conformación de una comunidad regional más rica y abierta.

En cualquier caso, es sabido que el sistema universitario argentino tendrá que enfrentar en los próximos años retos más arduos que éste. Tasas de graduación significativamente bajas, conflictos salariales, diferencias de calidad entre instituciones, desigualdad en el acceso y una insuficiente unificación en los criterios de reconocimiento académico representan problemas urgentes para una institución vital para el futuro del desarrollo argentino. Debates de este tipo se vuelven aún más importantes a cien años de la Reforma Universitaria. Nuestra generación tiene el desafío de reconciliar los ideales de autonomía que tuvieron como resultado nuestro actual sistema, con las urgencias de un mundo incierto, los cambios tecnológicos, en particular en la administración de la educación a nivel global y las falencias propias del sistema cien años después de su hito fundacional. El peligro de que una mayor circulación de estudiantes y profesores de lugar a una mayor fuga de capital humano o *brain drain* no puede ser una barrera para actuar: el aumento en los flujos migratorios es un hecho inevitable más allá del ámbito educativo y es nuestra responsabilidad encontrar el mejor modo de adaptarse a él, sea creando incentivos para que los profesionales con mayor nivel educativo permanezcan en el país o encontrando nuevos caminos para que la diáspora argentina se convierta en un instrumento de innovación para el desarrollo. De prepararnos y alcanzar los consen-

Los necesarios, la movilidad académica podrá ser una oportunidad para reafirmar el ideal de pluralidad de la Reforma y avanzar hacia una Argentina más abierta.

DESURBANISMO

Guadalupe Granero Realini

Urbanista. Es docente e investigadora de la Universidad de Buenos Aires.

El mundo es cada vez menos urbano. No, no es un error de tipeo. Ni conceptual. Tampoco significa que las ciudades no estén creciendo. Lo que implica es que la propia categoría de *urbanidad* tal vez ya no alcance para explicar el devenir de las ciudades en el siglo veintiuno. Los procesos de urbanización planetaria hoy nos plantean dilemas para los cuales las formas que tenemos de pensarlos no dan cuenta de su complejidad. Si los problemas de las ciudades están en la base de las políticas urbanas, su definición es medular: cómo conocemos, describimos y nombramos esa realidad determina la forma de interpellarla. De cara a los problemas que enfrentamos, seguimos mirando las ciudades con preguntas que nos quedaron viejas.

Además de la ciencia urbana –experta en medir, comparar y estandarizar soluciones– tal vez haga falta una mirada más filosófica que vaya un paso atrás, que desarme las certezas incuestionables, que muestre en sus paradojas el discurso dominante que hoy explica el proceso de urbanización.

La verdad fundante de ese discurso es que el mundo es cada vez más urbano. Esta afirmación, que como un mantra inaugura documentos académicos y estudios de gobierno, ha recibido algunos

cuestionamientos desde la teoría urbana crítica. Sin embargo, éstos no han puesto en crisis el relato histórico que contrapone lo urbano a lo rural, subyacente en las políticas territoriales. En ellas, la ciudad es el concepto central de la urbanización. Desde 2007, año épico en el que de acuerdo a las mediciones del Banco Mundial la población en ciudades superó a la rural, la expansión en superficie y en habitantes de los aglomerados continuó avanzando y sobre ella se desplegaron denominaciones que, como metrópolis, megalópolis o ciudades-región, han ido actualizando el nombre de un fenómeno que en su crecimiento devora insaciable cualquier categoría que pretenda definirlo.

Desde esta mirada, Argentina es un país altamente urbanizado. Sin embargo, determinar qué es una ciudad de acuerdo a cuánta gente vive en el aglomerado tiene implicancias más allá de la simple definición de tamaños. En su inmenso poder explicativo, reafirma la separación entre campo (lo natural) y ciudad (lo antropizado) como dos entidades específicas, de límites definidos. En tanto lo rural se define desde lo no-urbano, es un *otro* vacío: de gente, de cosas, de conflictos. Es decir, despoltizado. Vaciados de significado, ¿cómo es posible vincular las dinámicas extractivas sobre la naturaleza, la concentración de la tierra y la producción inmobiliaria en las ciudades? ¿Cómo se conecta la matriz extractiva entre territorios naturales y urbanos? ¿Cuáles fueron, por ejemplo, las conexiones entre el boom de los *commodities* y el crecimiento exponencial del precio de la tierra urbana de los últimos años? ¿En qué medida el desplazamiento de poblaciones alimenta la profecía autocumplida del *mundo urbano*?

Estos procesos derivan en otra certeza socialmente construida: la ciudad es un motor de crecimiento económico. Este discurso coloca a los aglomerados urbanos en un lugar central para resolver los principales problemas globales de desigualdad social e insustentabilidad ambiental. La atracción masiva de capitales privados motoriza la inversión en grandes proyectos urbanos, que atraen turismo, que multiplica la industria de servicios, que concentra a la sociedad crea-

tiva, que a su vez vuelve más atractiva la ciudad para capitales de inversión, reiniciando el ciclo en una espiral ascendente de desarrollo. ¿Crecimiento para qué? ¿Para quiénes?

El impacto del desarrollo económico –y que es su medida de éxito urbano– es la valorización de la tierra. Pero mientras el precio del suelo sube, el crecimiento no se redistribuye: la concentración de la propiedad urbana es, por el contrario, una transferencia sistemática de riqueza a través de la producción de ciudad, que tiene como principal consecuencia mayor restricción en el acceso a la vivienda para quienes la habitan. En tanto la desigualdad de ingresos crece en todo el mundo, la tierra está en el centro de las relaciones sociales y se vuelve un recurso clave para explicarla. Si una parte importante de la reducción de la desigualdad se juega hoy en el acceso al espacio urbano, ¿qué rol tienen las políticas públicas en la democratización de sus usos? La cuestión es en qué medida el desarmar las nuevas formas de acumulación por desposesión puede ser compatible con las agendas globales que hoy marcan el rumbo de los gobiernos locales, exaltando el papel de las ciudades como respuesta a los problemas más estructurales. ¿Cómo instalar la idea de *bienes comunes* frente a la enquistada imagen mercantilizada de la ciudad?

Si las ciudades están llamadas a jugar un rol protagónico en el siglo XXI, lo primero en la agenda debiera ser pensar qué son las ciudades hoy. Al nombrar ponemos en juego visiones de mundo, teorías, contenidos, representaciones. Las postulaciones de la ideología del mundo urbano como punto de partida y llegada de las políticas públicas, tal vez estén dejando por fuera problemas que no miramos.

¿Qué preguntas no nos estamos haciendo? ¿Qué mapas no dibujamos? ¿Qué dimensiones de la vida urbana permanecen invisibles? Mientras que las preguntas parecen una disquisición etérea para un territorio que demanda soluciones, es útil no perder de vista que interpelar a los problemas que definimos –y evidenciar otros problemas posibles– es un ejercicio necesario para diseñar políticas públicas. Esto es, recursos destinados a transformar las ciudades, pero,

además, significados de lo que son. En la base de la reflexión sobre el devenir de la urbanización, y de cara al futuro, de lo que se trata es de sacudir algunas verdades incuestionables sobre lo que las ciudades son, pero en especial, sobre lo que deberían ser.

SUSTENTABILIDAD, ambiente y futuro

Federico Holm

Licenciado en Relaciones Internacionales (UCC), magíster y doctorando en Medioambiente y Recursos Naturales (Ohio State University), donde es también investigador asociado de posgrado. Sus estudios se enfocan en política ambiental, gobernanza colaborativa y análisis estadístico de redes.

En las últimas décadas, y de forma cotidiana, uno de los ejes centrales de la discusión pública, en especial a nivel internacional, fue el de la sustentabilidad. En forma sintética, la idea central del desarrollo sustentable es que las decisiones actuales no deben afectar la posibilidad de mantener o mejorar la calidad de vida de las próximas generaciones. El eje está puesto en la salud de los ecosistemas y en el uso de recursos naturales y, a nivel social, existe un consenso general –discursivo al menos– de que es necesario generar políticas públicas que promuevan un desarrollo sustentable. El problema, y el desafío, es que este consenso se contradice con una realidad que muestra un progresivo y sostenido deterioro de la esfera ambiental.

A diferencia de lo que sucede en otros ámbitos, en los que no hay un mínimo consenso ni siquiera en los lineamientos más generales, estamos de acuerdo sobre la importancia central de la sustentabilidad para hacer viable nuestro futuro. La pregunta, entonces, es por

qué se nos hace tan difícil llevarlo a la práctica ¿Tendrá que ver con una estructura de incentivos, económicos especialmente, que lleva a priorizar ganancias tangibles de corto plazo por sobre ganancias intangibles de mediano y largo plazo? O tal vez se relacione con una falta de acuerdo respecto de quién tiene que ocuparse de este problema ¿Deben ser los Estados los garantes del medio ambiente y quienes actúen en consecuencia? ¿Está la clave en las organizaciones internacionales supranacionales? ¿O se requiere un trabajo más fuerte desde la ciudadanía? Hacer estas preguntas, y tener estas discusiones, es fundamental de cara al 2030 y más allá.

Cuando pensamos en los mayores desafíos a los que debemos hacer frente, podemos pensar en tres grandes grupos de amenazas. En primer lugar, aparecen las consecuencias de actividades extractivas. En esta categoría podemos incluir ejemplos relacionados con la explotación minera o hidrocarburífera, los monocultivos y la explotación desmedida del suelo y la pesca a gran escala. En segundo lugar, se agrupan las problemáticas derivadas de la actividad económica típicamente industrial y de la aglomeración urbana. Finalmente, en tercer lugar, el cambio climático, uno de los grandes desafíos globales de nuestro siglo. Estos tres grupos de amenazas, además, no funcionan de forma independiente: están asociados entre sí, retroalimentándose y obligando a pensar en esfuerzos coordinados y acciones integrales a la hora de pensar soluciones efectivas, tanto desde la sociedad civil como desde el Estado. La pregunta, entonces, se redefine: de cara al futuro, ¿cómo debemos reorganizar nuestras actividades económicas, industriales y nuestra vida urbana en un contexto de cambio climático para mitigar el impacto sobre nuestros ecosistemas?

Desde el punto de vista de la sociedad, y en particular desde la ciudadanía, es necesario un giro en la dirección de los últimos 50 años, en una doble dimensión. El primer cambio se relaciona estrictamente con nuestra forma de consumir, ya que debemos ser conscientes de las consecuencias que tenemos sobre el entorno y sobre el futuro. El segundo cambio, por su parte, mira la otra cara de la

moneda: a la hora de producir, debemos dejar de pensar a los bienes como reemplazables y descartables. Llevar adelante estos cambios requerirá más que simplemente implementar formas más eficientes de producir y de reutilizar: en pos de nuestra sustentabilidad de largo plazo, debemos resignar consumo presente.

Desde el punto de vista del Estado, los caminos de acción son múltiples, pero todos se relacionan con una tarea central: regular en pos del largo plazo, ayudando a mediar entre presente y futuro, en especial a la hora de redistribuir las riquezas. El enemigo, en este sentido, es la lógica del corto plazo, que pondera menos el futuro y, entonces, transfiere aspectos negativos de las acciones de hoy a la mayor desigualdad del mañana. La regulación se relaciona con establecer la forma de producción de las industrias y las actividades económicas en general, por ejemplo, respecto de qué fuentes de energía utilizar y priorizar, cómo se regulan los desechos y si existen o no límites a las actividades extractivas. Pero cabe hacerse una pregunta: ¿es posible crecer ilimitadamente? Viendo la evidencia que nos deja la extinción masiva de especies y el colapso a gran escala de múltiples ecosistemas, la respuesta claramente apunta a que no es posible. Si este es el caso, los aspectos redistributivos de la acción estatal se vuelven aún más importantes, y cobra absoluta importancia la transparencia y el compromiso de dicho Estado a la hora de actuar.

Las preguntas que necesitamos hacernos de cara al futuro pensando en la sustentabilidad, no son sencillas: son difíciles e incómodas. Y por esto son importantes. Como sociedad, como consumidores y como ciudadanos, debemos preguntarnos cuánto consumo estamos dispuestos a resignar hoy para que el mañana sea viable. Como empresas, cuánto modificar nuestros modos de producción mirando al mañana. Y como Estado, cuáles son las mejores políticas regulatorias y redistributivas que podrían ayudarnos a alcanzar una forma de vida realmente sustentable. Todo esto implica un ejercicio al que estamos poco acostumbrados: incorporar en nuestras decisiones y en nuestras necesidades de hoy, la dimensión de nuestras

necesidades y nuestras decisiones del mañana. Fuera de la zona de confort, estamos ante el desafío de pensar, proponer y adaptarnos a nuevas reglas de juego que nos permitan alcanzar, verdaderamente, la sustentabilidad. Las consecuencias del deterioro ambiental del futuro, y en especial de cara al 2030, debemos enfrentarlas en el presente.

CÓMO DESARROLLAR

la complejidad económica de Argentina

Gonzalo Huertas

Magíster en Economía Internacional (UBA) y en Desarrollo Económico (Harvard University). Es investigador en el Peterson Institute for International Economics junto a Olivier Blanchard.

Uno de los desafíos más importantes para Argentina en los próximos veinte años, y que lleva a discusiones de parte de todos los sectores de la sociedad, es qué «modelo de país» queremos para el futuro. Es la primera pregunta que se le hace al proyecto económico de un gobierno. Y, en general, es una discusión que en Argentina se tiende a encarar al estilo siglo XX: «¿industrialización o materias primas?». Por alguna razón, los argentinos tenemos una insistencia con seguir planteando inquietudes con las mismas palabras que nuestros viejos. Formulada así, esa pregunta ya no sirve. Podríamos ser incluso más específicos y decir “es una pregunta que resta”. Porque si creemos que el desarrollo económico pasa por una de esas dos alternativas, entonces solamente puede haber dos respuestas: “la riqueza viene del campo, que es lo que Argentina tiene y siempre funcionó”, o “la riqueza viene de las fábricas, y lo que hay que hacer es desincentivar el trigo y poner chimeneas”.

No es así. Los países que más logros están alcanzando en el camino a aumentar su riqueza per cápita no se plantean vivir solamente de *commodities*, pero tampoco de líneas de montaje.

Tenemos que actualizar la forma en la que nos preguntamos por nuestro modelo de país. El objetivo es el mismo: queremos convertirnos en un país más rico. ¿Cómo hacemos? La respuesta corta es: diversificando las *capacidades productivas* de los argentinos. Vayamos a la respuesta larga y entremos en más detalle. Sabemos que los países ricos producen y exportan bienes de países ricos (autos y robótica, pero también chocolate) y los países pobres producen y exportan bienes de países pobres (tabaco, carbón, granos de café). Pero, ¿por qué? ¿Por qué una sociedad que produce computadoras es más rica que una sociedad que produce bananas? La explicación es que los bienes que produce un país reflejan algo importante: el nivel de complejidad económica de su sociedad³. No es igual de fácil producir medicamentos oncológicos que camisas: para cada tipo de producto se necesita un cierto nivel de conectividad física, de conocimiento especializado en la fuerza laboral y de acceso a una variedad de insumos. Los productos más complejos, y los más redituables, son los que requieren muchos componentes, o componentes escasos, y que no cualquiera puede hacer, sean físicos (circuitos eléctricos) o intangibles (ingeniería). Autos *Tesla* vs. Bananas. Medicamentos vs. Camisas. El secreto del éxito para las sociedades ricas es haber alcanzado un nivel de complejidad económica que les da capacidades para producir bienes que requieren combinaciones difíciles de lograr. El desafío no es “Campo vs. Industria”, es “Medicamentos vs. Camisas”.

Hasta ahora, en realidad, no respondimos lo importante: ¿cómo desarrollamos y diversificamos nuestras capacidades productivas para expandir el abanico de bienes complejos que los argentinos podemos hacer? La respuesta tradicional tiende a ser “Aportando valor

³ Uno de los principales académicos de la literatura de la complejidad en el crecimiento económico es Ricardo Hausmann, a quien recomiendo muy fuertemente que leas, y muchas de cuyas ideas están incorporadas en este texto. Si solamente tenés media hora, leé su presentación en la Asamblea General de Naciones Unidas: <http://www.un.org/ga/second/63/hausmann.pdf>

agregado a lo que producimos”. Pasar de avena a barritas de cereal. Ese puede ser uno de muchos resultados, pero el motor del desarrollo productivo es otro: se trata de agregar capacidades a nuestras capacidades, no solamente de darle valor a las materias primas. Finlandia es un ejemplo muy interesante: un país lleno de bosques, que originalmente puso fichas en su industria maderera. Pero los fineses no se limitaron a darle valor agregado a la madera y empezar a hacer muebles: de a poco, mejoraron las sierras que usaban para cortar árboles, y empezaron a producir maquinaria para cortar materiales; desarrollada esa industria, se ampliaron a producción de máquinas automatizadas de distintos tipos, no solamente cortantes. Y una vez que se establecieron en el rubro de la maquinaria automatizada, empezaron a explorar la digitalización, y eventualmente llegaron a crear *Nokia*⁴.

En el siglo XXI, la pregunta de nuestro modelo de país es: ¿cómo aceleramos la complejidad económica de Argentina? Estamos llenos de oportunidades. Desde las industrias autopartista y papelera en el NEA, a la maquinaria agrícola y los lubricantes en la región del Nuevo Cuyo, a la producción química en Buenos Aires. La clave está en agregar capacidades a nuestras capacidades: mejorando el acceso a la tecnología para tener las herramientas que se necesitan para hacer productos complejos, construyendo instituciones fuertes para que los argentinos puedan planear proyectos ambiciosos y con horizontes de tiempo más largos, y desarrollando conectividad a nivel país para que los insumos de distintas ciudades amplíen el abanico de oportunidades de cada persona que quiere emprender. Es un desafío de políticas públicas mucho más profundo que «Campo vs. Industria». Pero también es mucho más constructivo, porque en lugar de ser una discusión entre quién gana y quién pierde, es un ejercicio de colaboración e interdependencia. La pregunta no es

⁴ Una lección clave en esta anécdota es qué cosas hay que hacer y qué cosas no hay que hacer. Por ejemplo, un país rico en materias primas podría creer que para diversificar hay que “redirigir” recursos a la fuerza desde sus *commodities* a sus fábricas; pero ese tipo de estrategias tienen el riesgo de ahogar los productos más competitivos del país, y cortar lo que podría haber sido un muy buen camino de diversificación hacia la complejidad económica. Es un equilibrio sensible.

«¿qué modelo de país queremos?». La pregunta está en qué vamos a hacer para darle a los argentinos el entorno, las capacidades y la conectividad que necesitan para producir bienes cada vez más prometedores y diversos.

OK COMPUTER: ¿de qué hablamos cuando hablamos de IA?

Micaela Mantegna

Abogada (UNCOMA), especialista en Derecho de Internet (UBA) y magíster en Propiedad Intelectual e Innovación (OMPI - UdeSA). Fundadora de @Geekylegal, una iniciativa para la divulgación de temas vinculados al derecho y la tecnología. Investiga sobre algoritmos, Inteligencia Artificial y derecho de los videojuegos en el Centro de Tecnología y Sociedad de la Universidad de San Andrés.

Hasta hace pocos años parecía impensado hablar de Inteligencia Artificial fuera del contexto de la ciencia ficción, más remoto aún imaginar que este tema ocuparía un lugar usual dentro de las noticias cotidianas. La Inteligencia Artificial es el área de la ciencia que estudia el comportamiento de sistemas inteligentes, y es una práctica que no sólo debe integrarse con disciplinas técnicas sino considerar los impactos sociales y éticos de sus productos. La interdisciplinariedad es clave para el abordaje de los problemas de la automatización.

De forma más pragmática, el tema tiene poco que ver con esas entidades autónomas y racionales a las que apela el imaginario de la ciencia ficción clásica. La mayoría de los desarrollos que se presentan como IA en este discurso se refieren en realidad a un conjunto

de técnicas agrupadas bajo la denominación de aprendizaje automático (*machine learning*): una automatización basada en el uso intensivo de datos, procesados a través de modelos algorítmicos.

Simplificadamente, un algoritmo es una receta matemática, una secuenciación de pasos lógicos para modelizar una realidad. Alimentado con datos de entrada, proporciona una salida cuyo fin puede sintetizarse en la función de clasificar, predecir o una combinación de ambas. Por el momento estos sistemas no han alcanzado el nivel de desarrollo equiparable a la Inteligencia Artificial general (AGI, por su sigla en inglés), capaz de realizar generalizaciones y abstracciones en la forma en que funciona la cognición humana, sino de una forma limitada que sólo puede realizar aquellas tareas para las que fue entrenada. Si se quisiera aplicar esta “inteligencia” a otros problemas, se necesitaría un nuevo conjunto de datos de entrenamiento, un nuevo proceso iterativo de aprendizaje y una nueva validación de los resultados, para ajustar el modelo a la realidad que pretende representar.

Frente a determinados datos de entrada, los sistemas algorítmicos procesan y emiten una salida que guarda correlación con estos, de ahí la extrema importancia de su alimentación con datos de calidad. En términos sencillos, si depositamos los ingredientes para un licuado de frutas en un modelo entrenado para preparar bebidas, no podemos esperar que la salida sea algo diferente, y por más “inteligente” que sea el modelo, el resultado nunca será un helado de vainilla. Este ejemplo se complejiza cuando sustituimos las variables por datos de la sociedad. El domicilio puede ser indicador de situación económica o raza, o usarse para obtener atributos derivados, como intentar predecir el futuro cumplimiento de compromisos crediticios. Su uso bajo premisas que imponen falsas correlaciones, puede llevar a falacias de consecuente que perpetúan y refuerzan estereotipos de marginalización. Si, como explicamos, una de las funciones es predecir, los algoritmos pueden crear suposiciones sobre una persona –desde algo trivial como una futura compra a algo tan sensible como un padecimiento mental–, que van a quedar adheridos a ella como una etiqueta invisible.

De manera similar, los asistentes personales que usualmente encontramos en los teléfonos inteligentes pueden entender el lenguaje, pero eso no significa que lo comprendan en el sentido más humano de la palabra. Una de las áreas más desafiantes para las máquinas en el procesamiento del lenguaje natural es justamente la interpretación del contexto. Por la pluralidad semántica, coloquialismos y la inserción en reglas más generales, la curación automatizada de contenidos (como la que se pretende para *fake news* o en casos de derechos de autor donde omite el análisis de las causales de *fair use*) es una comparación objetivizada que no puede dar cuenta del contexto, y por lo tanto, no puede ser dejada exclusivamente en manos de algoritmos.

Por estos motivos, la ética tiene y tendrá cada vez más, un rol decisivo para el desarrollo de sistemas inclusivos y justos, poniendo límite a los sesgos que puedan encontrarse tanto en los datos como en la construcción de los modelos. Se trata de tecnologías disruptivas, con capacidad de revolucionar la forma en que asignamos recursos y mejorar exponencialmente la calidad de vida humana. Pero, con grandes poderes vienen grandes responsabilidades. Desde esta óptica, no hay que dejarse encandilar por los cantos de sirena tecno-solucionistas, no todos los problemas requieren una solución *smart* y aún cuando ésta parezca apropiada, hay que sopesar los costos e implicancias. No hay que olvidar que una vez desplegadas, por la escalabilidad y velocidad de estas técnicas, no es fácil volver atrás.

La oscuridad es otro de los puntos cuestionables de estas técnicas, cargadas de secretos y falta de transparencia. Sea por una cuestión de diseño, complejidad técnica o limitaciones impuestas por la propiedad intelectual, la mayoría de los modelos empleados son opacos e inescrutables. Cuando además de la fórmula empleada desconocemos los datos de entrenamiento y de salida, la ecuación se vuelve de resolución imposible. Las construcciones y asunciones que se hagan a partir del empleo de algoritmos van a permanecer ajenas a los afectados, pero incidiendo sobre ellos, en un mundo en el que la toma de decisiones basadas sobre datos es donde se debería apuntar.

Por ello, cuando se decida la adopción de tecnologías de automatización en áreas de política pública, por más noble que sea el fin propuesto, debe tenerse muy en cuenta la transparencia de la implementación, la posibilidad de supervisión y el impacto sobre derechos humanos involucrados. Esta evaluación ética del impacto de la IA y las decisiones algorítmicas abarca varias dimensiones a considerar. La visibilidad para quienes interactúan con algoritmos para comprender que ellos operan en esa interacción digital (*algorithmic awareness*), su escalabilidad (el alcance de su despliegue, tanto en velocidad como en potencialidad), la opacidad (la complejidad técnica y los obstáculos legales para acceder debido a las protecciones de propiedad intelectual), su interpretabilidad o explicabilidad (para aquellas arquitecturas en redes neuronales que son inescrutables), el potencial sesgo en la selección de datos, o en su interpretación dentro de las variables de un modelo, y por último, cómo una implementación de IA puede impactar en la equidad e inclusión social.

La Inteligencia Artificial combina elementos de amenaza con elementos de oportunidad. De cara a la Argentina del 2030, sólo con una discusión interdisciplinaria en la que estén presentes gobiernos, sociedad civil, academia e industria podremos construir consensos sólidos, respetuosos de los derechos humanos, que nos dejen con el mayor provecho y el menor perjuicio.

LAS PANTALLAS como espejos aumentados

Melina Masnatta

Licenciada en Ciencias de la Educación (UBA), magíster y especialista en Tecnología Educativa (UBA) y Maestra Nacional de Danzas Clásicas. Es emprendedora social (Ashoka Fellow) en tecnología y educación, y una apasionada del arte digital. Co-fundadora y Directora Ejecutiva de Chicas en Tecnología.

La tecnología representa tanto una plataforma para la acción, como un sistema de pensamiento. Cada vez que abrimos una *app* y nos reflejamos en esa pantalla, activamos determinados procesos cognitivos y maneras de actuar. Lo más interesante es que esos modos ponen en jaque los que aprendimos desde la modernidad, aquellos que han constituido a las definiciones de ciudadanía y trabajo. Algo amenazante y desafiante a la vez que pone sobre el escenario profundos debates éticos pendientes, desde el plano de la vida privada hasta las definiciones políticas y económicas de un país o región: ¿Cuál es el rol del Estado y el lugar de las empresas? ¿Quién organiza las reglas de juego? ¿Cómo impacta eso en la toma de decisiones cotidianas o trascendentales?

Como usuarios y consumidores no solo no reflexionamos sobre la potencia educadora de la tecnología vs. el sistema educativo formal, sino casi no nos preguntamos: ¿quiénes diseñan las experiencias que nos hacen sentir dentro de un grupo de pertenencia? ¿quién decide

las oportunidades en las que puedo comunicarme (aunque no sepa leer o escribir)? ¿quién nos acerca las soluciones que resuelven nuestros problemas cotidianos?

Cuando pensamos en estos perfiles nos imaginamos a hombres blancos que viven en Silicon Valley. Proyectar a una mujer que sea argentina, es algo que aún no se encuentra en el imaginario. Lo paradójico es que en el inicio quienes estudiaban la carrera de Computación Científica y la licenciatura de Ciencias de la Computación en la Argentina en la Universidad de Buenos Aires, o incluso quienes trabajaron por primera vez con Clementina –la primera computadora en nuestro país–, eran en su mayoría mujeres.⁵ Pero no solo eran la mayoría, solían destacarse, aquí y en el mundo, y es gracias a ellas que hemos tenido progresos en el mundo de la tecnología⁶.

A contramano de un mundo cada vez más digital, en los últimos años estos números se revirtieron y empeoraron. En un primer relevamiento realizado por *Chicas en Tecnología*⁷ sobre mujeres programadoras en la Argentina durante 5 años sólo el 16% de las mujeres ingresaron a carreras vinculadas a programación. Esto no sólo repercute en el talento que pierde la industria, sino en los potenciales usos que podríamos crear e innovar que impactan en cualquier esfera de la vida. La tecnología se alimenta de la innovación, y la innovación de la diversidad. En otras palabras, las pantallas son espejos aumentados de la sociedad. Si bien en nuestro país comienzan a darse debates en relación a las políticas multidimensionales e integrales de igualdad de género, aún hay mucho por recorrer y hay un gran grupo que no está representado en este desarrollo.

Existen antecedentes, como el informe de la Fundación Sadosky *¿Y las mujeres dónde están?*, que da cuenta del impacto de los estereotipos y barreras socioculturales que genera una brecha de género

⁵ Basta con encontrar los registros fotográficos que retratan este escenario cotidiano que vinculaba la tecnología con estas programadoras. Hasta la década del '80 representaron entre el 60% y 70% de la matrícula en estas carreras.

⁶ La primer persona que programó en la historia de la humanidad fue Ada Lovelace, quién inventó lo que hoy conocemos como Wi-fi fue Heidi Lamarr, o quién desarrollo el *software* que llevó al hombre a la luna: Margaret Hamilton. Para conocer más mujeres referentes: <https://www.chicasentecnologia.org/campanas>

⁷ Realizado en conjunto con Medallia Argentina, más información: <https://mujeres-programadoras.chicasentecnologia.org/>

en el escenario local. O *Las voces de las protagonistas*, un *whitepaper* desarrollado por *Chicas en Tecnología* en donde se identifica que las adolescentes precisan roles modelos que las inspiren para proyectar sus estudios y profesiones: sólo el 12% de la muestra conoce a una mujer que trabaja en tecnología y esto impacta en sus aspiraciones y decisiones futuras. El 75% de las mujeres adolescentes encuestadas mencionan, además, que a la hora de elegir una potencial carrera toman como principal variable aquello en lo que “sienten que son buenas”. Por eso, es necesario también contar con la posibilidad de transitar programas y propuestas con contenido científico y tecnológico, que les permitan experimentar sus habilidades en estas áreas.

Los consumos culturales digitales influyen en el desarrollo de las habilidades tecnológicas de varones y mujeres⁸. La variación más grande existe en los videojuegos, donde el 26% de los varones juega con consolas y sólo el 9% de las mujeres lo hace, lo que promueve diferentes percepciones y habilidades en relación a los usos de la tecnología, como aprender a través de la experiencia, del error, compartir soluciones o preguntar en foros de debate, prácticas usuales en el mundo *gamer*. Lo que facilita un proceso de naturalización en la elección de carreras para un grupo, mientras que lo dificulta para otro.

En este tiempo se empezaron a generar ecosistemas donde las jóvenes adolescentes están en el centro de la experiencia: son quienes detectan un problema, aprenden a programar una solución digital y cuentan con su propia voz. Es ir más allá de la *selfie* para contar al mundo cómo se resuelven problemas desde su barrio o comunidad con tecnología. Es una forma de participación ciudadana y de empoderamiento de las voces. Es entender la programación más allá de un conjunto de instrucciones que resuelven problemas automáticamente: es un sistema de pensamiento que va acompañado de habilidades blandas y emprendedoras, como la capacidad de liderar equipos.

El desafío para nuestro sistema educativo es poder articular propuestas que permitan acercar las formas de diseño de las tecnologías, para saber qué y cómo trabajan eso que usamos todo el tiempo y que está

⁸ Como revela la investigación de Unicef Chicos Conectad@s (2015): <https://www.unicef.org.ar/kidsonline/>

cambiando las reglas del juego de la comunicación y creación. Además, debe prepararnos para hacernos preguntas de orden ético, más allá de enseñar a dominar un dispositivo *tech*. ¿Quiénes participarán de los trabajos mejor remunerados?⁹ ¿Quiénes se quedarán fuera de los capitales semillas para emprender?¹⁰ ¿Quién y con qué objetivo está creando el código que nos permite pertenecer o no? Y cuando hablamos de educación, no referimos solo al sistema educativo, sino también a las empresas que emplean e, incluso, a los medios que difunden estereotipos.

Crear un camino sustentable que dé respuestas a estas preguntas sólo se logrará si generamos articulaciones y alianzas entre el sector público, privado y la sociedad civil¹¹. El concepto de *empreendedorismo consciente* reemplaza ya la idea del emprendedorismo tecnológico para dar cuenta de la necesidad de generar valor a través de propuestas que impacten no sólo en las economías sino en todos los planos de la sociedad. Ya no se trata solamente de crear la *startup* más exitosa.

El desafío es importante, pero podemos empezar con acciones simples como reconociendo, visibilizando y promoviendo a mujeres que ya están trabajando, generando investigación, conocimiento e innovación en el país, como a través del Mapa interactivo de Mujeres Argentinas en Ciencia y Tecnología¹². Hoy, una joven adolescente está empezando a ejercitar cómo es ser parte de la próxima generación de innovadoras en tecnología¹³; a transformar su realidad y a la vez de crear una solución a un problema que impacte en su barrio, comunidad o economía local. Argentina puede enseñarle al mundo un camino de diversidad, talento e impacto social; las pantallas pueden ser espejos aumentados de una realidad que empezamos a diseñar y desarrollar a través de la mirada y creatividad de esta adolescente mujer.

⁹ De acuerdo a la encuesta autoadministrada en 2017 de la Comunidad Argentina de Sistemas (sysarmy), en la que respondieron 5000 trabajadores de la industria de todo el país, sólo el 11% son mujeres.

¹⁰ Según el Observatorio de Emprendedores de la Ciudad de Buenos Aires, sólo el 10% de las mujeres emprendedoras realizan proyectos tecnológicos o vinculados al desarrollo de *software*, mientras que 30% de los emprendimientos liderados por varones son tecnológicos.

¹¹ Para más información; <https://proyectos.chicasentecnologia.org/masdatos/>

¹² Para más información: <https://proyectos.chicasentecnologia.org/mujeresensteam/>

¹³ Cada vez existen más iniciativas que contribuyen a este desafío: Las de sistemas; Red Argentina de Género, Ciencia y Tecnología; MediaChicas; Ada, WomenTechMakers Río de la Plata; R-Ladies; Wide Initiative; RailsGirls; Chicas en Tecnología.

SALUD E INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA:

¿necesita Argentina una ley
nacional de investigación en
salud humana?

Ignacio Mastroleo

Doctor en Filosofía (UBA). Es Investigador Asistente del CONICET, Investigador Principal y Director del Instituto BioThera para la Filosofía de la Medicina Traslacional del Programa de Bioética de FLACSO Argentina y docente de la UBA. Sus trabajos se centran en la ética de la investigación en salud humana y teorías de la justicia.

Einstein decía que la vida es como andar en bicicleta. Hay que avanzar constantemente para mantener el equilibrio. Los sistemas de salud pública también son como andar en bicicleta. Tienen que avanzar constantemente para mantener el equilibrio. Para esto, se necesita un sistema de investigación en salud humana. Son los sistemas de investigación biomédica y social quienes se encargan de realizar una evaluación científica constante de las intervenciones de salud pública a la luz de teorías sólidas y bien desarrolladas. También son los sistemas de investigación quienes mantienen y avanzan nuestro conocimiento sobre el proceso de salud-enfermedad que se modifica junto con el cambio tecnológico, las costum-

bres sociales y las condiciones de la vida en el planeta Tierra. Por ejemplo, la prevención de la obesidad infantil es uno de los desafíos más grandes a los que se enfrenta hoy la salud pública argentina. La Organización Mundial de la Salud (OMS) señala que la causa fundamental del sobrepeso y la obesidad infantil es el desequilibrio entre la ingesta calórica y el gasto calórico. Pero se necesita investigación para establecer y combatir las causas biológicas y sociales que hacen que la obesidad infantil sea hoy una epidemia.

La OMS también considera que la resistencia a los antibióticos es hoy una de las mayores amenazas para la salud, la seguridad alimentaria y el desarrollo a nivel global. Aquí la investigación se muestra necesaria para mantener el frágil equilibrio de la vida en el planeta. Sin embargo, para encarar estos desafíos son necesarias, creo, herramientas institucionales. Aunque Argentina estuvo a la vanguardia en regulación de investigación en salud, lamentablemente hoy no cuenta con dos herramientas fundamentales para el sistema de investigación: una política nacional de investigación en salud, que establezca las prioridades de salud pública y articule los esfuerzos de las diferentes partes del sistema de investigación en diferentes regiones del país o el exterior: ministerios de salud y ciencia, autoridades regulatorias, institutos de investigación, CONICET, universidades, hospitales, sector farmacéutico, y otras que realicen investigación en seres humanos. Y una ley nacional de investigación en salud, que cree las estructuras institucionales que faltan para llevar adelante dicha política.

A pesar de su evidente importancia, la investigación científica como la entendemos hoy es una profesión reciente en la historia de la humanidad. Y nuestra conciencia de la necesidad de investigación científica para el bienestar general de la población y el desarrollo económico también lo es. A su vez, la investigación en salud humana ha sido una actividad científica esencial en el siglo XX y promete serlo en el siglo XXI. No obstante, este tipo particular de investigación biomédica y social presenta desafíos únicos. Una parte significativa de esta investigación se realiza en personas sanas o que sufren alguna enfermedad. Esto, sumado a su trágica historia de abusos, explica

por qué la investigación en salud humana tiene que ser evaluada éticamente de manera independiente. También explica por qué es una preocupación fundamental en sociedades democráticas como Argentina, donde es responsabilidad de la ciudadanía, mediante sus representantes, establecer y garantizar en todo el país los mismos requisitos éticos básicos para llevar adelante la investigación en salud humana y respetar los derechos humanos de las personas que participan.

Una forma común de abordar la ética de la investigación es mediante el análisis de las obligaciones de sus principales actores. Estas obligaciones –valor social, validez científica, consentimiento informado, responsabilidad posinvestigación, entre otras– pueden resumirse de manera intuitiva como respuestas a la pregunta: “¿qué nos debemos los unos a los otros cuando investigamos en salud humana?”.

Sin embargo, no existe un acuerdo unánime sobre la cantidad, tipo y alcance de estas obligaciones, y de las razones en las que se justifican. Esto podría ser un problema. Sin un esquema de obligaciones éticas claro, quienes investigan y patrocinan no saben cuáles son sus obligaciones. Y quienes evalúan, no saben lo que debe requerirse. Esta situación lleva a una serie de consecuencias negativas relacionadas: la desprotección de las personas que participan, el uso inapropiado de recursos del sistema de salud pública por el sistema de investigación (o viceversa) y la pérdida de confianza en el sistema de investigación. A su vez, la falta de confianza en el sistema de investigación genera un desincentivo de la investigación socialmente valiosa y empodera a las posiciones no razonables anticientíficas de la sociedad. También, sin obligaciones éticas claras y bien fundamentadas, Argentina corre el riesgo de explotar o ser explotada. Esto ocurriría cuando se promueven los intereses de agentes particulares en lugar de las prioridades nacionales de salud pública, o cuando las personas o comunidades que participan reciben menos de lo debido de los beneficios generados por la investigación internacional. A estas potenciales consecuencias negativas es necesario sumar los costos por la judicialización de los reclamos legítimos, haciendo más

oneroso el desarrollo del conocimiento científico y sus aplicaciones. Todo esto hace que sean necesarios modelos éticos pluralistas y razonables. Y muestra que el desarrollo y la equidad están interrelacionados y no se puede pensar uno sin el otro.

Quienes trabajamos en ética de la investigación podemos desarrollar modelos éticos para abordar este problema y minimizar sus consecuencias negativas. Por “modelo ético” se entiende una fundamentación sistemática, críticamente reflexiva y útil en la práctica de las obligaciones éticas. Es mediante modelos éticos que se discute la razonabilidad de la regulación legal vigente de la investigación, se aclaran dudas en casos de interpretaciones en conflicto y se crean nuevas regulaciones en casos de lagunas normativas. Esta tarea es urgente para Argentina, ya que patrocina investigaciones nacionales e internacionales con fondos públicos y privados, y podría incumplir obligaciones éticas hacia las personas que participan en esas investigaciones. No obstante, para tener efectividad, el desarrollo de los modelos éticos no puede realizarse en el vacío institucional. Estos modelos deben ser recuperados por los agentes que cuenten con la capacidad de articular y operacionalizar dichos modelos éticos en la práctica cotidiana: investigadores, comités de ética, autoridades regulatorias, etc.

Hasta aquí se defendió que los sistemas de salud pública necesitan de un sistema de investigación en salud humana para mantener el equilibrio. Y que Argentina necesita dos herramientas fundamentales. Por una parte, una política nacional de investigación en salud, que jerarquice las prioridades de salud pública y que articule los esfuerzos de manera cooperativa entre quienes realizan las investigaciones. Por la otra, una ley nacional de investigación en salud humana, que cree las estructuras institucionales necesarias para llevar adelante la política de investigación. Ambas deberían estar inspiradas en modelos éticos equitativos y plurales que respeten los derechos humanos de las personas y sociedades que participen en cualquier parte del mundo. Ambas son necesarias para mantener el equilibrio de la vida en el planeta y para nuestro futuro en la Argentina de 2030.

UN OBSERVATORIO de la comunicación humana

Mora Matassi

Licenciada en Comunicación (UdeSA), magíster en Tecnología, Innovación, y Educación (Harvard University) y doctoranda en Medios, Tecnología, y Sociedad (Northwestern University). Ha recibido becas y premios de instituciones como la Escuela de Educación de la Universidad de Harvard, Fulbright-Ministerio de Educación, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires y el Banco Santander Río.

2 030 llegará en doce años. Doce años atrás, yo tenía trece. Mujer, de clase media, en el conurbano bonaerense, educada en la escuela pública. Mi experiencia vital, desde ese momento hasta hoy estuvo marcada por una serie continua de artefactos de comunicación que poblaron la calle, mi casa y, luego, mi bolsillo. Teléfonos de cabina, de línea, e-mails alojados en *Yahoo*, *Hotmail* y *Speedy*, salas de chat, *Fotologs*, *Messenger*, cyber cafés, teléfono inalámbrico, e-mail alojado en *Gmail*, *SMS*, teléfono móvil con cámara, *Facebook*, *Skype*, *YouTube*, *smartphone*, *Blackberry*, *WhatsApp*, *Instagram*, *Facebook Messenger*, *Slack*, *Snapchat*. Pienso en cada uno de ellos y recuerdo un universo de sensaciones, historias, oportunidades, problemas. En palabras de Truman Capote, derramé “más lágrimas por las plegarias atendidas que por aquellas desatendidas” por esos objetos apropiados que,

con sus disposiciones técnicas, marcaban el pulso de los días.

Mi experiencia no es absoluta: está cruzada por condiciones de clase, geografía, suerte y psicología. Pero tampoco es única: la proliferación de dispositivos conectados, portátiles, ubicuos, que pasan a ocupar un lugar central en la cotidianeidad no es anecdótica. Se trata de un fenómeno histórico con evidencia empírica. Para Michel Serres (2007) estamos frente al pasaje de un espacio euclidiano, donde reinan artefactos fijos en tiempo y espacio, hacia otro virtual, donde estamos allí con los otros en entornos en red, que borronean límites espacio-temporales. El uso generalizado y la fuerte apropiación de redes sociales hoy lo demuestra. Se trata de espacios virtuales donde gestionamos nuestras existencias de formas significativas. Como plantea Mark Deuze (2011), los medios y sobre todo los considerados “nuevos medios” parecen ser el aire que respiramos. Nos despertamos con el teléfono al lado de la cama; no salimos de casa sin llevarlo con nosotros. Chequeamos nuestros perfiles *online* varias veces por día; intercambiamos novedades sentimentales, consultas médicas, ejercicios de matemática vía nota de voz. Usamos grupos de chat para mantener viva la llama de las amistades, organizar la información de una escuela, coordinar reuniones de una comisión parlamentaria. ¿Qué significa que lo que enviamos a través de la pantalla del teléfono sea tan o más relevante que lo que decimos cara a cara? ¿Cómo comprender que la construcción del yo tiene lugar en red, donde nuestros cuerpos están ausentes, y donde somos representados por avatares, estados de conexión, y pistas incontrolables de información posteada por otros?

La historia de los medios está repleta de dispositivos emergentes que parecen transmitir la idea de futuro, pero hoy, mucho después de la invención de la escritura y de la imprenta, hay consenso de que somos contemporáneos de una tercera revolución multidimensional. Para hablar de lo que vendrá, entonces, necesitamos instalar la idea de un observatorio permanente de la comunicación humana. “Observatorio” para examinar con detenimiento y de forma sustentable, y “comunicación” para abocarnos a fenómenos comunicacio-

nales inter-individuales, así como de nivel macro, donde el sujeto se comunica con una institución, producto o contenido. “Sujeto” y no “objeto”, porque sostenemos que las comunidades se apropian de las tecnologías, y no viceversa, y porque la acción de esas comunidades se estudiaría desde una mirada humanista. Para subrayar la relevancia del observatorio propongo cuatro escenarios potenciales vinculados con medios de comunicación e información que desafiarían nuestras percepciones de tiempo, espacio, movimiento y quietud en los años venideros, y que emergerían de esta tercera revolución.

En primer lugar, imaginemos experiencias inmersivas omnipresentes. La idea de la presencia multiplicada no es nueva, pero los expertos coinciden en que el futuro previsible podría traer adopción a gran escala de artefactos de realidad virtual accesibles no solo económicamente, sino también en términos de usabilidad. Estos servicios ofrecerían vivencias educativas, editoriales y de entretenimiento y pondrían en jaque dimensiones del espacio euclidiano. En segundo lugar, imaginemos que el término “móvil” se tornara obsoleto porque el concepto de “fijo en el espacio” desaparecería. Las tecnologías “ponibles”, desde gafas para leer hasta chips subcutáneos, serían extendidas para aumentar la capacidad de la mente. En tercer lugar, imaginemos a los hábitos de los consumidores transformados radicalmente. La tendencia sería hacia la personalización de los productos, en su diseño y traslado desde el productor al receptor. Habría objetos adaptables a los estados de ánimo de sus propietarios, y estos bienes interactuarían entre sí, creando así un campo visual de expresión de identidades. En cuarto lugar, imaginemos espacios públicos combinados con Internet de las Cosas para generar trayectorias significativas. Un viaje en el subte o en colectivo se convertiría, como Georges Amar pronostica, en una posibilidad de crear, reforzar y expandir los vínculos con otros y con el mundo.

Si ciertas, estas cuatro transformaciones apuntarían a dos premisas clave: que todo lo que actualmente está quieto y no habla, cobraría vida. Pensemos en una mesa de comedor, inerte, hoy, y veámosla de nuevo, inteligente. Y, al mismo tiempo, que los objetos que ahora

tienen materialidad, perderían progresivamente su encarnación física: el teléfono pegado a la mano no estaría más pegado, porque no *estaría*. Llevemos esos interrogantes hacia el futuro y hacia nuestro país. Las políticas públicas de los próximos años deberán lidiar con estas cuestiones. ¿Qué sucede con la noción de oficina pública cuando la materialidad de los objetos tiende a desaparecer? ¿Podemos llegar a pensar en un Estado que existe virtualmente? ¿Será comunicarse con las gobernaciones y los funcionarios como mirar una pantalla táctil que sepa nuestra historia, nuestras posibilidades y preferencias? ¿En qué se transforma un “trámite” frente a la automatización? ¿Cómo repensar un aula delineada por paredes cuando la tendencia es hacia la inmersión y las redes, como propone Paula Sibilia (2012)? ¿Y cómo se manejan los términos y condiciones de cuestiones tan fundamentales como la privacidad cuando gestionamos nuestro día a día en un *online* hasta ahora un tanto opaco? Si los entornos virtuales serán, junto al territorio, el espacio donde habitemos, las reglas y la disparidad en el acceso a las oportunidades no tardarán en llegar. ¿Cómo vamos a asegurar los derechos fundamentales a la inclusión y la libertad? Tenemos que comenzar por observar, de forma cuidadosa y sistemática, las expresiones y tendencias de la comunicación humana, que representan una ventana privilegiada hacia el mundo del futuro.

GOBIERNO DIGITAL

en un mundo sin fronteras

Augusto Mathurin

Ingeniero en Sistemas de Información (UTN) y diplomado en Gobernanza de Internet (UdeSA). Es co-fundador de Virtuágora, una plataforma web de participación ciudadana, docente en la Universidad Tecnológica Nacional y coordinador de proyectos en la consultora Lyris IT. Fue reconocido con el premio “25 under 25” de la Internet Society.

Cuando pensamos en algo que represente el desarrollo de este siglo viene a la mente la “colaboración sin fronteras”. Hoy, no se puede hablar de una visión a mediano plazo del país sin tener en cuenta este fenómeno: el futuro es colaborativo y, con vistas al 2030, este camino debe profundizarse. ¿Por qué hoy es posible esta colaboración sin fronteras? Porque cada vez estamos más conectados y la convergencia entre nuestra vida digital y analógica aumenta cada día: se eliminan fronteras físicas y podemos trabajar en equipos dispersos por todo el planeta. Cada día, nuevos equipos de trabajo de esta naturaleza se crean en todo el mundo, con actividades económicas que se valen cada vez más de componentes digitales para agregar valor. Ante esto, ¿qué debe hacer el Estado? La respuesta es sencilla: generar un entorno propicio para el desarrollo de actividades en el mundo virtual.

Esto implica muchas intervenciones posibles y, sobre todo, mu-

chas preguntas. En primer lugar, respecto de la identidad de las personas: ¿Es posible identificar que la persona que está detrás de un dispositivo es quien dice ser? ¿Cómo pueden minimizarse los casos de fraude? ¿Son las identificaciones digitales una amenaza? En segundo lugar, la actualización de trámites y servicios: ¿Cuánto tiempo perdemos moviéndonos de una dependencia estatal a otra, completando formularios con la misma información una y otra vez? ¿Es posible realizar cualquier trámite *online*? En tercer lugar, la participación democrática: ¿Se pueden ampliar las oportunidades de participación de los ciudadanos más allá de la acción puntual de elegir representantes? ¿Cómo pueden abrirse los procesos de toma de decisión? Y, finalmente, la transparencia: ¿Cómo puede el Estado rendir cuentas y transparentar su trabajo?

Estas preguntas indican algunos de los debates que se generan al pensar en un gobierno inserto en el mundo digital que, por necesidad, es también un gobierno insertado globalmente. Al estar conectados, podemos interactuar y trabajar en conjunto con personas que están en distintas partes del planeta, y esto tensiona marcos regulatorios desactualizados. Si bien las grandes multinacionales hace tiempo que pueden funcionar y tener presencia global en esta era de la colaboración, los pequeños emprendimientos y organizaciones sociales aún lo tienen complicado. Por poner un ejemplo, existen obstáculos para crear sociedades conformadas por personas de distintos países. También hay tecnologías, como la firma digital, que son interoperables en lo técnico pero incompatibles a nivel regulatorio en cada territorio. Y es imposible no mencionar las dificultades para administrar dinero internacionalmente.

Somos ciudadanos del mundo que vivimos bajo gobiernos locales creados para necesidades de otras épocas. Las personas ya no se vinculan de acuerdo a la cercanía geográfica y por eso deberíamos repensar la soberanía. Así como históricamente Argentina fue un país de puertas abiertas, consagrado en la Constitución, ahora puede trabajar para ser el país de los ciudadanos globales. Hoy nuestras vidas son cada vez más digitales y el concepto de territorio pierde

fuerza, pero no así la necesidad de apertura de las naciones, que debe *aggiornarse* a nuevas oportunidades. Un camino de estas características tomó, hace un tiempo, Estonia, y hoy en día lidera en gobierno electrónico. Lo hizo conocido la *e-residency*, una residencia digital que cualquier persona del mundo puede solicitar para utilizar todos los servicios digitales del país. Esto significa poder abrir empresas, firmar contratos, tener cuentas bancarias y realizar prácticamente cualquier acción administrativa, todo sin poner un pie en Estonia.

¿Qué puede aprender nuestro país de esta experiencia? Que cuando hablamos de abrirnos al mundo, los esfuerzos no pueden limitarse a paradigmas del siglo pasado, en los que apertura significa grandes organizaciones instalándose físicamente en el territorio. Los tiempos cambiaron. Si estamos pensando el futuro más allá de la coyuntura debemos hacernos preguntas incómodas y poner en tensión cosas que simplemente damos por sentadas, como qué respuesta damos ante organizaciones que pueden estar compuestas por personas que colaboran desde cualquier parte del mundo conectadas a través de Internet. El desafío para que Argentina sea un país en la vanguardia digital y enfocado en ciudadanos globales, por otra parte, no radica en lo técnico, pues las soluciones tecnológicas ya existen hace tiempo y fueron aplicadas con éxito en otros lugares. El desafío está en atreverse a romper con estructuras históricas pensadas para un mundo que no es el de hoy y esto no es fácil, menos en un país en el que los problemas del día a día son agobiantes.

En esto, es fácil caer en la trampa de imponer servicios y reformas desde arriba hacia abajo, sin haber involucrado a la sociedad en el diseño de la solución. Al revés, hay que pensar en gobiernos que trabajen junto a la ciudadanía en esquemas que impulsen a los ciudadanos a dejar de ser receptores pasivos para convertirse en protagonistas. Abordar procesos de transformación digital con este esquema *bottom-up* es una alternativa en la que la ciudadanía puede apropiarse de las plataformas y generar transformaciones mucho más ricas que las que surgen de procesos impuestos desde arriba hacia abajo. El gobierno, entonces, no debe limitarse a proveer ser-

vicios de forma eficiente. Grandes compañías como *Google*, *Amazon* o *Facebook* son expertas en brindar servicios digitales de calidad que no están exentas de críticas por parte de la sociedad civil, en especial respecto al uso de los datos. La pregunta clave es: ¿el Estado debe tratar del mismo modo a los ciudadanos?

Surgen múltiples preguntas cuando nos enfrentamos a cómo encarar la transformación de los gobiernos en un mundo digital y global, con intereses y prioridades distintos de acuerdo con distintos sectores y puntos de vista. Un enfoque de imposición *top-down* tiene pocas probabilidades de prosperar, y por eso es necesario avanzar en un diálogo con la sociedad civil y la ciudadanía, intentando dar respuesta a múltiples preguntas del modo más plural y democrático posible. Sólo así será posible construir un Estado, y un país, capaz de crecer y desarrollarse en un mundo digital sin fronteras, lleno de oportunidades y de desafíos.

APRENDER Y ENSEÑAR en un contexto rural

Tomás Montemerlo y Federico Azpiroz Costa

Tomás es co-fundador de Voy con Vos, una Asociación Civil que hace posible que niños y jóvenes provenientes de parajes rurales accedan a una educación de calidad. Federico fue el Director Ejecutivo de la asociación y actualmente se encuentra cursando una maestría en la Universidad de Manchester.

Nos encontramos ante un mundo que es cada vez menos rural. Las últimas décadas presenciaron un desplazamiento de poblaciones rurales hacia zonas urbanas. Y la tendencia continuaría: según la ONU, para 2030 el 60% de las personas vivirán en áreas urbanas.

Sin embargo, el 9% de la población argentina reside hoy en ámbitos rurales. Y, bajo este contexto, encontramos 19.599 unidades educativas rurales situadas en localidades con menos de 2.000 habitantes. En ellas la pobreza, las largas distancias y la falta de recursos, hacen que indicadores como las tasas de inasistencia y repitencia sean mayores, y las de egreso efectivo menores. Muchas veces, los niños y jóvenes que asisten a estas escuelas se ven obligados a trabajar para colaborar con el sostenimiento de sus familias y, en muchos casos, una vez finalizada la primaria no ingresan a la educación secundaria. De esta forma, solamente 1 de cada 5 alumnos logra terminar la secundaria rural y, de cada 100 jóvenes que asisten, 17 dejan

la escuela al finalizar el año y ya no regresan en marzo. Nacer en un contexto desfavorable marca su futuro.

En las escuelas primarias rurales, que representan el 47% de las escuelas primarias de la Argentina, nos encontramos con la modalidad plurigrado y todos los desafíos que conlleva. En un mismo espacio y en simultáneo, trabajan estudiantes matriculados en diferentes años de escolaridad. El 81% de las escuelas rurales funcionan bajo esta modalidad y esto permite que la cobertura de nivel primario esté garantizada, con índices apenas más bajos que en las zonas urbanas. Pero no sucede lo mismo con el acceso a la educación secundaria. Vivir lejos de un centro urbano o de una escuela secundaria rural, muchas veces sin acceso a energía eléctrica, al agua potable y en una situación económica desfavorable, impide a una gran cantidad de argentinos aprender en la escuela secundaria como lo establece la Ley de Educación Nacional.

Recorriendo el país encontramos zonas atravesadas con problemáticas de desnutrición, mal de Chagas, hacinamiento y deficiencia en los hogares y servicios básicos. Los problemas del aislamiento, necesidades básicas insatisfechas y la falta de acceso a la educación secundaria son una constante en el contexto de la ruralidad en la Argentina y requieren de políticas específicas. Más allá de las acciones implementadas para construir escuelas y equiparlas, es necesario pensar en políticas educativas a largo plazo que tengan impacto directo en las herramientas que tienen los docentes para potenciar los aprendizajes. Por ejemplo, la formación docente inicial no incluye herramientas para el plurigrado. “Lo rural” pareciera haber quedado reservado a espacios de seminarios o cursos de especialización.

Los docentes, directores y directoras de escuelas primarias, que muchas veces son personal único, se ven sobrecargados con multiplicidad de tareas que desarrollan en soledad. No hay personal no docente que los asista o docentes de áreas especiales como educación física o artística que enriquezcan la enseñanza. No cuentan con los recursos necesarios para llevar adelante la educación que la sociedad demanda y se ven obligados a cumplir otros roles, como ser

porteros, cocineros o lo que la urgencia requiera. Hacen un trabajo admirable, pero la falta de herramientas impide alcanzar los niveles educativos que quisiéramos, tal como se evidencia en los operativos nacionales de evaluación.

Cada día, el docente rural se encuentra con estudiantes que recorren muchos kilómetros para llegar a la primaria y, en el caso de la escuela secundaria, muchos más. En moto, a caballo, en bicicleta o a pie por caminos que muchas veces están en malas condiciones y que, cuando llueve, se vuelven intransitables. Intransitables tanto para ir a la escuela como para llegar a una sala de atención primaria o a un hospital. Intransitables para acceder a cualquier derecho básico.

Cuando, por la ausencia del Estado, desde las organizaciones de la sociedad civil acercamos propuestas innovadoras a las escuelas y a los docentes, la respuesta suele ser positiva. Valoran el acompañamiento y el monitoreo constante para seguir mejorando. Es mediante ese acompañamiento que muchos estudiantes logran acceder a la escuela y ser la primera generación familiar en ir a la secundaria. Las organizaciones sociales asumimos el desafío de trabajar junto con las comunidades para mitigar las problemáticas específicas que enfrentan. Por momentos, suplimos la ausencia del Estado, pero no perdemos de vista la necesidad de llevar a cabo innovaciones que puedan ser escalables.

Tenemos por delante el reto de desnaturalizar realidades y hacer posibles proyecciones de futuros diferentes. El no acceso a la escuela secundaria, la falta de vinculación de la familia con la escuela, las dificultades relativas a la infraestructura y al equipamiento, y la soledad de los equipos docentes, son realidades cotidianas que afectan directamente los derechos básicos de las personas. Abordar esta realidad de exclusión y hacer posible el ejercicio del derecho a la educación es nuestro deber. Es necesario cuestionarnos y entender que pasaron ya casi 20 años del siglo XXI y que todavía seguimos debatiendo planes de educación que no logran volverse realidad en las aulas. Si algunos cambios apenas asoman en las escuelas urbanas de enseñanza tradicional, las escuelas rurales ven muy lejana esta implementación.

Para lograrlo debemos realizar un trabajo de visibilización de problemáticas y movilización de comunidades que favorezca el posicionamiento de la educación en la agenda local. Se requiere sumar una nueva mirada: la mirada sistemática de las organizaciones de la sociedad civil y el Estado, que favorezca la definición de procesos, facilite la implementación en un mayor alcance y posibilite la identificación de resultados. Debemos cambiar la manera de mirar y de mirarnos. Colocarnos lentes críticos que vean más allá de aquellos actos heroicos de docentes rurales o de las organizaciones de la sociedad civil que los acompañan. Debemos exigirnos más como sociedad y desarrollar políticas públicas y programas innovadores para todos. Esto implica entender que la educación en el contexto de la ruralidad no es una excepción, por lo cual hay que garantizar y acompañar su llegada e implementación a los rincones más aislados de la Argentina.

EL DEBER MORAL de asombrarnos

Valentín Muro

Estudiante de Filosofía (UBA). Escribe acerca de la crítica a la tecnología y su cruce con la filosofía en La Nación. Tiene un newsletter semanal llamado «Cómo funcionan las cosas», y en el podcast «Idea Millonaria» habla sobre ciencia, tecnología, filosofía y cultura.

En vísperas de la Navidad de 1817, el pintor inglés Benjamin Haydon reunió en una misma cena a algunas de las mentes más importantes de su época. Aquella sofisticada residencia londinense, adornada con finos candelabros y cubiertos de plata, recibía a la elite literaria británica, entre quienes se contaban los poetas John Keats y William Wordsworth. Fue durante esta “cena inmortal” que, habiendo bebido de más, uno de ellos empezó a despotricar contra Newton, «un tipo que no creía nada a menos que estuviera tan claro como los lados de un triángulo». Keats, a quien años más tarde Borges le atribuiría la experiencia literaria más significativa de su vida, continuó el embate. Según la opinión de estos románticos, Newton había destruido toda la ‘poesía del arcoíris’ al reducir este a los colores del prisma. Eventualmente las copas se alzaron y todos brindaron: «¡A la salud de Newton, y confusión a las matemáticas!».

Doscientos años pasaron desde aquella mítica reunión, pero el

eco de aquel brindis aún puede escucharse. En columnas de opinión, pasillos de universidades e incluso reuniones de trabajo pareciera que deslegitimar a la ciencia da cierto prestigio. Las formas cambiaron, pero subyace cierta sospecha de que, lejos de iluminar el mundo natural, lo que la ciencia hace es esconder su poesía. Lo paradójico de este espíritu anticientífico está en que recupera quizá el aspecto fundacional de la ciencia, su carácter escéptico, y lo vuelve en su contra. No existen los hechos, solo las interpretaciones, y la ciencia solo es un discurso más entre muchos otros igualmente válidos.

Resulta cuando menos chocante que la ciencia deba enfrentar el rechazo que muchas veces encuentra. Al menos la mitad del crecimiento de la economía estadounidense en los últimos 50 años estuvo vinculado a avances científicos, y podemos sospechar que algo similar se cumple en el resto de los países desarrollados. Sin embargo, vivimos una crisis de analfabetismo científico: la matrícula en carreras científicas disminuye, así como el presupuesto que se destina a la investigación, y de forma inversa aumenta el desconocimiento de cómo funciona la ciencia. Pero si bien esta es la situación en Estados Unidos y gran parte de Occidente, en China y Japón la situación es inversa. Países emergentes como la Argentina podrían encontrar en la ciencia una renovada oportunidad para posicionarse frente al mundo.

El sentimiento anticiencia, fomentado por el analfabetismo científico, tiene múltiples causas y ningún factor es el predominante. La ciencia es un cuerpo de conocimiento complejo, y hablar de ella es difícil. Es por ello que el periodismo especializado y, en particular, la comunicación pública de la ciencia realizada por sus propios actores, es fundamental. No es menos poesía lo que necesitamos, sino que debemos hacernos de más y mejores metáforas que nos sirvan para inspirar a conocer cómo funciona el Universo. La ciencia es un discurso, pero no es cualquier discurso.

Incluso cuando aquellos poetas despotricaban en contra de las teorías newtonianas, difícilmente lo que buscaban era cuestionar la

idea de que hay una realidad común en la que vivimos. Si bien es probable que les generara cierto escozor la idea de acceder a esta realidad compartida a través de instrumentos científicos y complejas fórmulas matemáticas, difícilmente rechazarán la propuesta fundamental de que podemos establecer ciertos hechos acerca del mundo, o al menos aproximarnos con confianza a ellos.

Hoy es tarea del sistema científico, del sistema educativo y del buen periodismo, establecer, enseñar y comunicar cuáles son esos hechos. Somos una multiplicidad de identidades en culturas muy diversas que debemos coincidir en cuál es la realidad de la que participamos. Pero a veces pareciera que lo que se discute no son formas de hablar acerca de la realidad, sino la realidad misma. Políticos, comentaristas e incluso académicos parecen sentirse amenazados por los hechos que se establecen empíricamente, incluso cuando nuestra aproximación a ellos siempre sea gradual y nunca absoluta.

Hacer ciencia es difícil y sus discusiones son complejas. Pero si establecer aquello que es verdad es un desafío permanente, establecer aquello que es falso es quizá la mayor virtud de la forma en que funciona la ciencia. Muchas veces, esta incertidumbre propia de la ciencia, es utilizada en su contra y convertida en un arma por negligencia periodística. Frente a amplios consensos científicos –como el carácter antropogénico del cambio climático, la seguridad de las vacunas o de los organismos modificados genéticamente– se busca hacer escuchar las dos campanas, aunque una esté apoyada por la evidencia científica admitida por una inmensa mayoría experta, y la otra suela representar meros temores infundados.

De pronto el temor a ofender cobró importancia sobre el temor a degradar nuestras conversaciones racionales fundamentadas en evidencia científica. En pos de la diversidad de voces, se le da un micrófono a quienes gritan más fuerte. Pero, a diferencia de otras discusiones, cuando se trata de cuestiones científicas un lado es falso y el otro solo está menos equivocado: la ciencia no prueba sus aciertos en términos absolutos. Darle prensa a quien pone en riesgo la salud pública, por ejemplo, no es garantizar la libertad de expresión.

Siempre se puede encontrar a un PhD con una opinión contraria, pero esto no implica una genuina controversia sino un falso debate.

Legitimar mentiras o afirmaciones pseudocientíficas no es tanto un perjuicio a la ciencia sino un grave peligro para la democracia. Son asuntos científicos los que definen las discusiones políticas de este siglo, y de ellas dependen las decisiones políticas del presente y del futuro. El cambio climático, el establecimiento de políticas epidemiológicas o la seguridad en la industria alimentaria no son asuntos que competen únicamente a la ciencia, pero sí son asuntos que son profundamente informados por la labor científica. Aún cuando mucho pueda decirse en la actualidad acerca de la posverdad, no es cierto que alguna vez hayamos vivido en la era de la verdad. Y es en explicar cómo funciona la ciencia y por qué podemos confiar en su progreso que debemos enfocar nuestros esfuerzos.

La ciencia no es un mecanismo para establecer certezas acerca de cómo es el mundo, sino uno que nos permite lidiar con el conocimiento incompleto; uno que nos permite aproximarnos a la verdad sabiendo que esta nunca será del todo descubierta. Por más incómodo que resulte, es en el delicado intersticio entre la certeza y la incertidumbre que la ciencia nos permite conocer la realidad. Es precisamente esto lo que la hace indispensable para el presente y para el futuro de la humanidad.

Mientras nuestro apetito por lo desconocido se mantenga insatisfecho y aún tengamos la capacidad de maravillarnos, tendremos el deber moral de asombrarnos.

UNA CIENCIA del comportamiento democrático

Joaquín Navajas

Licenciado en Ciencias Físicas (UBA) y Doctor en Neurociencia (University of Leicester). Fue investigador postdoctoral en el Institute of Cognitive Neuroscience de University College London. Actualmente, se desempeña como profesor-investigador en la Escuela de Negocios e investigador de CONICET en el Laboratorio de Neurociencia de la Universidad Torcuato Di Tella.

Hace 102 años, en Plymouth (Inglaterra), el biólogo y estadístico Sir Francis Galton hizo un experimento científico cuyo objetivo era estudiar la democracia. Les pidió a 800 personas que intentaran adivinar el peso de un buey: el que más se acercaba a la respuesta correcta se llevaba de premio precisamente el buey. ¿Qué tiene que ver esto con la democracia? Galton creía que los participantes de su experimento, campesinos sin educación formal alguna, eran ignorantes y por lo tanto no debían participar del proceso democrático de su país. Su intención era mostrarle al mundo que si uno hace una votación entre personas con poco conocimiento sobre un tema (en este caso, acerca del peso del buey), entonces el resultado de esa votación debe ser necesariamente catastrófico. Su intuición le indicaba que acumular ignorancia solo puede dar lugar a más ignorancia.

Para su sorpresa, esto no fue lo que ocurrió. Si bien los campesinos podían estar individualmente equivocados (algunos por más de 100 kilos), el promedio de las 800 estimaciones daba casi exactamente en el valor correcto: le erró al peso del buey por tan solo 30 gramos. Sin querer, Galton descubrió un concepto que hoy se conoce como “sabiduría de las masas”: combinar miles de opiniones individualmente desacertadas puede dar lugar a decisiones sabias. Con su hipótesis refutada, Galton no tuvo más remedio que aceptar que las decisiones democráticas podían ser mucho más poderosas de lo que inicialmente creía.

Si bien es obvio que la democracia es mucho más compleja que el experimento del buey, esta investigación sirvió para que Galton y muchos otros cambiaran su opinión sobre una creencia equivocada. Algo que hoy podríamos preguntarnos es cuántas y cuáles de nuestras creencias actuales sobre el funcionamiento de la democracia también están basadas en intuiciones erróneas.

La idea que quiero presentar en este artículo es la importancia de desarrollar lo que Galton fundó: una ciencia del comportamiento democrático. Su objetivo es estudiar –mediante experimentos científicos rigurosos– cómo nos comportamos los seres humanos en general (y los argentinos en particular) al pensar, interactuar y decidir democráticamente. Semejante agenda no puede quedar en manos de un único cuerpo de conocimiento y debe involucrar a politólogos, sociólogos, psicólogos, neurocientíficos, economistas, matemáticos, filósofos, y más. La extensión de esta lista sugiere que quizás estemos hablando de una nueva disciplina científica.

Una de las virtudes que tiene realizar experimentos científicos es que permite evaluar hipótesis y teorías sobre cómo funcionan ciertas innovaciones democráticas. Por ejemplo, en las llamadas “encuestas deliberativas”, se busca simular qué ocurriría si la población se informara y debatiera racionalmente sobre un tema de agenda pública, algo que desafortunadamente ocurre muy poco. Cientos de personas (elegidos de modo que sean una muestra representativa de la población) se reúnen durante varios días a adquirir información y

deliberar en pequeños grupos. Países como Dinamarca, Corea del Sur, Irlanda, Tanzania y Brasil ya han implementado encuestas deliberativas para discutir temas diversos. Las conclusiones de estas encuestas son luego recogidas y analizadas por quienes diseñan y ejecutan las políticas públicas.

La intuición detrás de las encuestas deliberativas es que el diálogo entre ciudadanos no expertos pero informados da lugar a opiniones colectivas más racionales que las encuestas tradicionales y menos plagadas de sesgos emocionales. Además, quienes proponen dichas innovaciones argumentan que este procedimiento es mejor que recurrir a unos pocos expertos dado que permite explotar la sabiduría de las masas, aquel efecto que encontró Galton hace ya un siglo.

Una ciencia del comportamiento democrático podría aportar a la evaluación y confección de encuestas deliberativas. Primero, poniendo la lupa sobre los supuestos que subyacen a estas innovaciones. Por ejemplo, uno podría preguntarse si es cierto que la deliberación produce mejores decisiones colectivas. En un experimento que realizamos hace unos años junto con un diverso equipo de investigación, encontramos que efectivamente el debate y el consenso en pequeños equipos produce decisiones más acertadas y mejora la sabiduría de las masas. Este resultado sugiere que la deliberación mejora la calidad de nuestras decisiones democráticas y provee evidencia empírica acerca del poder de las encuestas deliberativas.

Una pregunta que uno podría hacerse es cuál es el tamaño óptimo para que un grupo de personas delibere ordenadamente, de modo que las personas estén expuestas a diversas opiniones pero que a su vez puedan aportar y contribuir al diálogo. También cuánto tiempo necesitamos para intercambiar argumentos sin que los mismos comiencen a repetirse y así solo discutir información no redundante. Y también cómo reducir la polarización ideológica. La “grieta” entre dos posturas aparentemente antagónicas es un problema fundamental de los argentinos, aunque no es propiedad exclusiva de nuestro país. Estudios científicos indican que más bien se trata de un sesgo humano por el cual adoptamos posturas más extremas tras

discutir con personas que tienen opiniones similares a las nuestras.

¿Cómo podemos hacer para reducir la polarización ideológica de un conjunto de personas? En un estudio reciente nos preguntamos qué pasaría si personas con opiniones extremas y opuestas sobre un tema de índole moral tuvieran que trabajar juntas en la búsqueda de un consenso. En nuestro experimento, miles de personas debatieron, en pequeños grupos y durante un puñado de minutos, la aceptabilidad moral de la interrupción voluntaria del embarazo. La intuición nos dictaba que era improbable que dichas personas pudieran siquiera comunicarse. Para nuestra sorpresa, encontramos que más de la mitad lograron construir consensos y llegar a acuerdos locales acerca de su posición colectiva. Otra vez, la evidencia empírica fue en contra de las intuiciones y a favor del poder de la deliberación, en este caso como herramienta para reducir la polarización ideológica.

Este tipo de experimentos permite identificar los factores fundamentales de la base de los consensos, y, considerando el potencial de una ciencia de la democracia, representan solamente la punta del iceberg. De cara a la Argentina 2030, debemos apostar por comprender cada vez mejor cómo pensamos y hacer funcionar nuestro sistema de gobierno.

APRENDER DE DATOS: educación y exploración

Martín Palazzo

Ingeniero industrial (UTN) y científico. Doctorando en el Instituto de Biomedicina de Buenos Aires Sociedad Max Planck, Université de Technologie de Troyes y Universidad Tecnológica Nacional. Es profesor de la cátedra Ciencia de Datos (UTN-Buenos Aires) y miembro de Global Shapers Buenos Aires.

 Qué entendemos por aprendizaje? ¿Cómo podemos aprender de datos? ¿Por qué es tan importante? Desde el momento en que podemos realizar registros ordenados de un sistema y almacenarlos en un dispositivo de memoria hablamos de datos. Los datos son un reflejo de la realidad. Un conector directo de nuestra percepción con el entorno. Un conjunto de muestras que refleja el estado de un sistema. En este sentido, a un conjunto de datos se lo puede entender como un jeroglífico. Se sabe que esconde algo de un sistema aunque muchas veces no se sabe qué y por eso decimos que son complejos.

La computación nos permite partir de los datos para generar conocimiento y un entendimiento mejor de un sistema, es decir que la computación nos permite generar información. Cada vez que un sistema tiene una variable de entrada, la procesa y obtiene una nueva variable de salida, hablamos de computar. Cada vez que tenemos datos, tenemos la oportunidad de generar información a través de la

computación. Es decir, cada vez que computamos, hacemos crecer la información.

Hacer crecer la información se traduce en nuestra capacidad de generar estructuras cada vez más complejas y específicas, como productos tecnológicos capaces de cruzar límites impensados por los humanos en el pasado. Por ejemplo, un tomógrafo permite que podamos obtener datos (imágenes) precisas del cerebro de un humano vivo sin tener siquiera que tocarlo. Estas imágenes son procesadas (computadas) por otra máquina para generar así información sobre ese cerebro. Gracias a la información podemos mejorar drásticamente la toma de decisiones, como realizar un diagnóstico adecuado y así prevenir enfermedades como el cáncer. Cuando crece la información, crece el orden de los sistemas y a la par crece el desarrollo económico.

Transformar los datos en información útil que permita tomar decisiones es una tarea que requiere de una máquina y un humano. Esto se logra gracias a la Ciencia de Datos e Inteligencia Artificial, que consiste en mostrarle a una computadora muchas muestras o datos sobre una realidad o contexto para que la misma aprenda las reglas o patrones que explican ese sistema. Estos patrones se detectan gracias a métodos estadísticos y matemáticos que la computadora procesa, como las redes neuronales profundas. Una vez que la computadora aprendió los patrones correspondientes a un sistema, puede tomar decisiones por sí misma con un margen de error relativamente pequeño. Decimos que este proceso se llama “entrenamiento” de una Inteligencia Artificial.

Por mencionar un caso entre muchos, así sucede cuando a una computadora se la entrena con muchas muestras de ADN de pacientes con cáncer por un lado y con muestras de ADN de individuos sanos por el otro. De esta manera, la computadora trata de aprender a detectar patrones ocultos en el ADN que permiten discriminar cáncer, y una vez entrenada, puede leer el ADN de un nuevo paciente con diagnóstico desconocido y ayudar a los médicos clínicos a tomar decisiones respecto al tratamiento que debe llevar dicho individuo.

Decimos que cuando aprendimos correctamente de datos, pudimos descifrar el “jeroglífico” y detectar los patrones que se encontraban ocultos. Aprender de datos es una forma de explorar la realidad que nos rodea. Abre las puertas de la percepción y permite observar con tal profundidad la naturaleza y los sistemas sociales que marca el inicio de una nueva era.

Actualmente, gracias a la abundancia de datos en casi cualquier dominio (medicina, política, industria, cultura), entrenar modelos de Inteligencia Artificial que aprendan de distintos contextos y entornos es posible. El cuello de botella dejó de ser la capacidad de computar y almacenar datos como lo fue durante el siglo XX. Hoy la limitante se encuentra en nuestra capacidad de entrenar modelos de Inteligencia Artificial, es decir, en poder crear información útil desde la abundancia de datos crudos. Las sociedades y organizaciones que desarrollen estas capacidades de manera intensiva tendrán la oportunidad de hacer crecer más rápido la información y, por ende, acelerar el desarrollo económico.

Si el cuello de botella hoy es nuestra capacidad de entrenar modelos de Inteligencia Artificial, entonces la acción inmediata que deberíamos considerar es formar talento humano. El proceso de formación en Inteligencia Artificial y Ciencia de Datos, si bien es intenso, ha progresado de manera tal de permitir a cualquier individuo introducirse en esta disciplina. Aún cuando conocimientos en matemática, estadística, ingeniería y computación forman parte de las bases de Ciencia de Datos e Inteligencia Artificial, existen muchas alternativas de poder introducirse en este área clave de desarrollo. Entre las posibilidades se encuentra “educar y aprender haciendo” como método de fijar conocimientos por medio del hacer. Esta alternativa a la educación formal de Ingeniería y Ciencias Exactas permite formar practicantes que puedan entrenar modelos sencillos y agregar valor sobre conjunto de datos que nunca fueron explorados. La ventaja competitiva no vendrá por grupos de elite académicos y emprendedores que dominen el área. Vendrá también por la masa crítica de usuarios practicando, aprendiendo y desarro-

llándose como profesionales en una disciplina que hoy se considera clave en las potencias mundiales. Más individuos que sepan entrenar máquinas para aprender de datos implica menos vulnerabilidad social ante las nuevas amenazas que surgen de la abundancia de datos, como las noticias falsas o la privacidad de los datos. Un individuo con conocimientos en Ciencia de Datos e Inteligencia Artificial no sólo agrega valor a la sociedad, sino que también aumenta sus posibilidades de desarrollo personal.

De cara al futuro, una Argentina que pueda aprender de datos y se apalanque en la Inteligencia Artificial se caracterizará por hacer crecer la información y maximizar su desarrollo económico y social.

BAD HOMBRES

Carolina Inés Pan

Licenciada en Economía (UdeSA), magíster en Economía y Finanzas Internacionales y doctora en Economía (Brandeis International Business School). Actualmente es investigadora en el Centro para el Desarrollo Internacional de la Universidad de Harvard, donde trabaja en proyectos de desarrollo económico, comercio internacional e inserción laboral.

“We have some bad hombres here and we’re gonna get ’em out.”

Donald Trump, en referencia a los inmigrantes mexicanos en Estados Unidos de América, durante uno de los debates presidenciales en octubre de 2016.

La migración humana es uno de los principales motores del proceso de globalización, motivando la integración social, aumentando la riqueza cultural y fomentando el desarrollo económico de los países. Sin embargo, ha cargado a lo largo de la historia una connotación negativa. Por tomar un ejemplo reciente, Trump aludió a inmigrantes como «*bad hombres*» en uno de los debates presidenciales de 2016. Estados Unidos es por lejos el país con mayor número de inmigrantes y la mayoría provienen de México, el país con más emigrantes del mundo. Detrás de Estados Unidos, siguen en la lista varios países de la Unión Europea, que atraviesa una crisis migratoria desde hace más de diez años. Se trata de personas provenientes de África, Medio Oriente y el sur de Asia que atraviesan en balsas muy

precarias el mar Mediterráneo, el cruce fronterizo más peligroso del mundo según la Organización Mundial de la Migración.

En casi todos los casos, los inmigrantes terminan en campamentos improvisados hasta que su situación legal se esclarece mediante un proceso largo y complicado que puede demorar años debido a los vacíos legales existentes y las leyes contradictorias con la visión política imperante. Este estado de limbo ha generado dificultades en las economías locales que, sumado a algunos episodios de ataques terroristas y prensa sensacionalista, se tradujeron en grandes tensiones con los residentes en varios países desarrollados. El resultado está a la vista en las diversas manifestaciones y votaciones nacionalistas, conservadoras y de ultra-derecha. También en el accionar de gobiernos con tintes, a veces muy explícitos, de racismo, intolerancia y xenofobia.

¿En qué se basa la resistencia a la inmigración? En ideas tan antiguas como poco fundadas (por los datos), pero muy asentadas en el inconsciente colectivo. La visión de los inmigrantes como una amenaza; individuos provenientes de otras culturas que no podrán adaptarse, gente con menor nivel educativo que empeorará la sociedad, trabajadores que le quitarán el empleo a los locales, oportunistas que vienen a utilizar *nuestros* servicios sin aportar para mantenerlos, y más. La evidencia empírica, sin embargo, muestra un panorama diferente donde existen ganancias netas de la inmigración y todos (los inmigrantes y los locales) están mejor. El argumento principal es que los trabajadores extranjeros funcionan como complemento (y no sustituto) de los locales. Esto se origina en diferencias culturales, educacionales, profesionales y de contexto en general. Los inmigrantes traen consigo talentos, conocimientos, diseños, estilos y gustos, entre otras cosas, que divergen de aquellos de los nativos. Estas diferencias, al contrario de problemáticas, sirven para potenciar la capacidad productiva de los países.

Hay tres resultados principales en la literatura académica¹⁴. En

¹⁴ Ver Ottaviano y Peri (2006), Grossman y Rossi-Hansberg (2009), Felbermayr, Grossman and Kohler (2012), Ottaviano, Peri y Wright (2016)

primer lugar, los inmigrantes empujan hacia el alza los salarios de los trabajadores locales. Además, aumentan la productividad de las firmas vía sustitución de insumos intermedios importados. Es decir, estos nuevos trabajadores permiten producir domésticamente insumos que antes se importaban (por desconocerse su “receta”). Esto reduce los costos de producción, aumentando así el valor agregado de cada trabajador. Finalmente, facilitan el comercio a través de una reducción de costos de transacción. Esto se debe a que los inmigrantes proveen información y confianza que reducen interferencias en la comunicación y permiten generar un vínculo comercial más sólido con sus países de origen. Adicionalmente, algunos estudios han encontrado efectos positivos de la inmigración en el consumo gracias a una mayor demanda por variedad de bienes y servicios.

En otras palabras, el canal más común a través del cual los inmigrantes mejoran sus países de destino es la innovación. La misma se nutre del traslado de conocimiento a través de las fronteras y su “efecto derrame” en otros sectores de la economía. Se necesitan miles de horas para entrenar a un experto, y otras tantas para que dicho experto adquiriera experiencia. La maravilla del mundo globalizado es que se puede importar a un experto ya formado, y con experiencia, a un costo muy bajo. Muchas veces el *expertise* no es en actividades sofisticadas o complicadas, sino en actividades diferentes a las que se realizan en el país, lo cual fomenta el desarrollo y la aparición de nuevos sectores (y ventajas comparativas). Los ejemplos abundan, desde el desarrollo textil en Sri Lanka hasta el éxito entrepreneur de Silicon Valley (donde más de la mitad de los “unicornios” fueron fundados por inmigrantes).

Hoy en día en la Argentina no existen, *de jure*, distinciones entre nacionales y ciudadanos, ni restricciones de empleo (en tanto su condición sea legal), salud, y educación, cualquiera sea su condición migratoria. Pero sí existen distinciones *de facto*; a la hora de contratar empleados, de socializar con las personas, de aceptar nuevos colores y acentos. En Argentina, Brasil y Chile la tasa inmigratoria aumentó aproximadamente un 20% desde el 2010 y se pronostica que seguirá

en ascenso. La Argentina es un receptor neto de inmigrantes, que representan menos del 5% de la población y provienen principalmente de países limítrofes. Paraguay es el principal emisor, seguido por Bolivia y Chile. De cara al 2030, los argentinos tenemos una gran ventaja: el diario del lunes. La escena inmigratoria en el resto del mundo nos provee información clave acerca de los futuros desafíos y la oportunidad única de anticiparnos a un debate que en la mayoría de los casos comenzó tarde, cuando la falta de legislación y de consenso ya suponían un problema. En un mundo cada vez más polarizado, donde los prejuicios y las ideologías se llevan a los extremos, los argentinos debemos preguntarnos: *¿qué sociedad queremos ser?*

REPENSAR

la representación política en el siglo XXI

Nicole Peisajovich

Licenciada en Ciencia Política y Gobierno (UTDT), magíster en Pensamiento Global y doctoranda en Ciencia Política (Columbia University). En su trabajo actual, estudia cómo las tecnologías digitales están afectando (y podrían afectar) la dinámica de representación y las identidades de los partidos.

El 4 de marzo de 2018, en las últimas elecciones generales en Italia, el *Movimiento 5 Estrellas* (M5E) obtuvo el 32% de los votos, convirtiéndose así en el partido más votado del país. Con casi 11 millones de votos, superó ampliamente a la tradicional fuerza política italiana, el *Partido Democrático*, que lo siguió con casi 6 millones. El *Movimiento 5 Estrellas* fue fundado el 4 de octubre de 2009 por Beppe Grillo, un reconocido comediante y activista italiano, y Gianroberto Casaleggio, dueño de una importante consultora en temas de tecnología. La propuesta del movimiento es, en teoría, simple. Dado que los partidos políticos tradicionales parecen ser incapaces de representar las opiniones de los ciudadanos y de llevar a cabo las políticas públicas deseadas, el movimiento propone devolver todo el poder político a la ciudadanía utilizando la tecnología digital. Gracias a Internet, los líderes argumentan, la representación se vuelve no sólo innecesaria sino ilegítima: en un mundo donde ya no hay

barreras técnicas para la participación directa, tener una clase de representantes poderosos diferenciados de una ciudadanía pasiva es simplemente inaceptable. De la mano de la tecnología digital, dicen los fundadores, los ciudadanos pueden y deben convertirse en soberanos de tiempo completo.

La idea de los líderes del M5E es tentadora. Si la representación no está funcionando bien y si las nuevas tecnologías permiten la participación de todos los ciudadanos en forma inmediata y casi sin costo, ¿por qué no instalar un sistema de participación directa e igualdad total? El problema principal de la democracia directa es que no genera lo que promete. La participación directa, tanto cara a cara como virtual, no produce igualdad sino justamente *desigualdad*. En un estudio famoso publicado en 1980, la politóloga norteamericana Jane Mansbridge demostró que el carácter teóricamente abierto de una reunión no es suficiente para eliminar las desigualdades de poder entre los participantes. Aunque la discusión sea teóricamente abierta, argumentaba Mansbridge, los costos de participación están distribuidos de tal manera que para algunos resulta más costoso involucrarse. Ya sea porque tienen jornadas laborales más largas, porque viven más lejos, porque son más tímidos o porque son menos populares, hay ciertos grupos sociales a los que les resulta mucho más difícil sumarse a la discusión. De hecho, en los casos estudiados por Mansbridge los que más participaban eran generalmente los mismos; había líderes que dominaban el debate y había otros, generalmente los más vulnerables, a quienes les costaba más ser escuchados, incluso si encontraban el tiempo para asistir a la reunión.

Si bien la llegada de la tecnología digital eliminó algunas de las barreras a la participación directa, la desigualdad no desaparece sino que se reinventa en el espacio virtual. Es cierto que gracias a Internet uno puede sumarse al debate desde el living de su casa e incluso desde el subte o el colectivo, pero aquellos que tienen más tiempo libre poseen de todos modos una oportunidad mayor para participar con más frecuencia y tener más injerencia en la discusión. Además, las personas con mayor conocimiento tecnológico o aquellas que tienen facilidad para expresarse en el plano escrito tienen

una ventaja en el mundo virtual. La desigualdad, en fin, eso que tanto nos molesta cuando pensamos en la representación, lejos de desaparecer se acentúa en los sistemas de participación directa. Un mundo de participación directa es un mundo donde los más extrovertidos, los más persuasivos, los más bellos o los mejores escritores dominan, libres de control, el debate popular.

A diferencia de lo que ocurre en los modelos de participación directa, las relaciones de desigualdad que se producen en los sistemas representativos están institucionalizadas. Mientras las democracias directas producen desigualdades informales, la representación genera un vínculo formal entre representantes y representados gracias al cual, al menos en teoría, los electores pueden controlar y castigar a sus representantes. De la mano de la representación, los ciudadanos adquieren la posibilidad de organizarse alrededor de ideas políticas y de elegir a las personas que tengan las mejores habilidades para defender esos proyectos contruidos en conjunto. Además, y en contraste con la participación directa, la representación trae consigo un proceso de deliberación y unificación desde el momento en que los ciudadanos se ven obligados a conversar con otros y a encontrar puntos en común sobre cómo y con qué alcance debe ser utilizado el poder político. Es solamente gracias a la representación que se abre el espacio para generar un debate constante en la sociedad civil que trasciende el momento electoral y que empuja a los ciudadanos a construir proyectos ideológicos de largo plazo.

Los partidos políticos son la pieza fundamental del sistema democrático representativo. Los partidos, al menos en su función teórica, son el nexo entre la sociedad civil y el Estado: los partidos se nutren de las opiniones de los ciudadanos y se encargan de llevar a cabo los proyectos ideados por ellos. Sin embargo, cuando los partidos se acercan mucho al Estado y se alejan de la sociedad civil la promesa democrática de igualdad política se rompe y los representantes dejan de actuar como empleados de un grupo social para convertirse en una clase de dirigentes con poderes oligárquicos. El problema de nuestra época pareciera ser justamente éste: conforme las sociedades fueron avanzando y las identidades políticas se volvieron

más complejas, los partidos políticos tradicionales, asociados fuertemente a la clase social y sin mecanismos de consulta frecuente, perdieron relevancia como catalizadores de las posturas políticas de la sociedad civil. En un proceso de abandono por partida doble, los partidos se alejaron de los ciudadanos y los ciudadanos se alejaron de los partidos, priorizando vías de expresión alternativas como las protestas callejeras, *Twitter*, *Facebook* e incluso nuevos movimientos transversales al espectro político tradicional como el feminismo o el ecologismo. Los partidos políticos, en síntesis, perdieron protagonismo como agrupaciones encargadas de reflejar las posturas políticas de la sociedad civil en el siglo XXI.

En este contexto, me atrevería a decir que lo que más nos molesta de nuestro sistema político actual no es tanto la representación, como propone el joven movimiento italiano, sino la falta de representatividad de los líderes. Si éste es el caso, pareciera entonces que el debate que nos debemos de cara a la Argentina del 2030 no es tanto una discusión acerca de cómo recrear un sistema primitivo de democracia directa, sino un debate sobre cómo reinventar a los partidos políticos para convertirlos en cuerpos intermedios capaces de producir una democracia vigorosa. Las nuevas tecnologías, protagonistas de nuestra era, tal vez deban ser utilizadas no tanto para trascender la representación sino para recrearla y fortalecerla. Las preguntas que surgen si abrimos las puertas para repensar la representación son muchas: ¿Sobre qué ejes deberían configurarse los partidos políticos del futuro? ¿Cómo debería ser la relación entre los líderes partidarios y los afiliados en la era digital? ¿Deberían aumentar las instancias de consulta interna ahora que la tecnología permite conocer la opinión de los afiliados de forma rápida y barata? Y si así fuera, ¿cuán seguido deberían consultar los representantes a los representados? ¿Cuál es el punto justo entre la representación del “cheque en blanco” y la representación con instrucciones precisas, que convierten al representante casi en un robot que responde a las decisiones de la mayoría? Todos estos son ejemplos de preguntas que los ciudadanos del siglo XXI, no sólo los argentinos sino todos los interesados en la supervivencia de la democracia liberal en un mundo cada vez más complejo, deberíamos estar haciéndonos.

LA HISTORIA y el “síndrome de la refundación”

Camila Perochena

Profesora en Historia (UNR), magíster en Ciencia Política (UTDT) y doctoranda en Historia (UBA). Docente en UTDT y UBA. Se especializa en historia contemporánea. Ha sido beneficiaria de la Beca Interna Doctoral del CONICET y becaria de la Comisión Fulbright, la Fundación Botín y de la Fundación Carolina.

La Argentina suele padecer el “síndrome de la refundación”. Desde comienzos del siglo XX hemos visto sucederse gobiernos democráticos y dictatoriales que proclamaron ser los protagonistas del inicio de una nueva era, de un nuevo origen que venía a romper con todos los males del pasado. Así ocurrió con Hipólito Yrigoyen, con Juan Domingo Perón y con la mayoría de los presidentes posteriores a la transición democrática. Así ocurrió también con los gobiernos militares. En todos los casos la pretensión refundacional puso en juego y en tensión el vínculo entre pasado, presente y futuro. Algunos buscaron refundar recurriendo a ciertas genealogías del pasado; otros lo hicieron dando la espalda al pasado para proyectarse hacia el futuro.

¿Qué papel puede jugar la historia en un país que sufre de este síndrome? El pasado es siempre un espacio de disputa en el que par-

ticipan una multiplicidad de actores. Qué recordar y cómo recordar son preguntas que atraviesan a toda sociedad. Las respuestas a esas preguntas suelen abrir brechas y generar polémicas. Y en ellas los líderes políticos juegan un papel relevante. Los gobiernos de turno quieren darse a sí mismos un lugar en la historia nacional y para ello pueden apelar a diversas operaciones. Las representaciones del pasado que evoquen, apuntan a persuadir y a convencer al público y por ello hablan más del presente que de la historia. El objetivo en este caso no es conocer el pasado sino conmemorarlo o repudiarlo, juzgarlo o utilizarlo en pos de legitimar cursos de acción política.

La operación que realizan los historiadores profesionales es, por cierto, muy diferente. Ellos van al pasado basándose en investigaciones académicas sometidas a las reglas establecidas dentro del campo disciplinar y científico. El compromiso del historiador es la búsqueda de la verdad; una verdad siempre sometida a revisiones y debates, pero desafiada de los enfrentamientos más contingentes de la arena política. En esos enfrentamientos, la responsabilidad pública de los historiadores reside –o al menos aspiro a que así sea– en la deconstrucción de mitos y en exhibir las especificidades del pasado para evitar caer en las frecuentes visiones binarias y maniqueas de héroes y villanos. En suma, su tarea es devolverle al pasado sus ambivalencias para no aplanarlo en un eterno presentismo.

Algunas fechas emblemáticas reactualizan la brecha entre la emoción de la conmemoración y la racionalidad del trabajo histórico. Una brecha inevitable por cuanto la interpretación historiográfica no goza del mismo atractivo del mito, del relato romántico o de las representaciones binarias. Los gobiernos, por tal motivo, suelen recurrir en esas fechas a estas últimas visiones del pasado o prefieren ignorarlas por incomodidad o simple desinterés.

Tomemos un ejemplo de esta brecha. Las dos efemérides patrióticas por antonomasia en nuestro país son el 25 de mayo y el 9 de julio. Dos fechas que desde los orígenes de sus celebraciones en el temprano siglo XIX han puesto en evidencia las tensiones en torno a cuál de ellas era la más emblemática y poco más tarde

en cuál de ellas debía anclar el mito fundacional de la nación. La consagración de que la independencia de 1816 fue el punto de llegada necesario, ya inscripto en la gesta revolucionaria de 1810, selló el mito: los revolucionarios de 1810 tenían un plan preconcebido de independizarse de la metrópoli porque eran portadores de una conciencia nacional.

Los presidentes en sus discursos conmemorativos, no importa su signo político, suelen reproducir esta interpretación canónica construida por Bartolomé Mitre, el primer presidente de una República Argentina unificada en la segunda mitad del siglo XIX. Desde hace más de tres décadas, la más renovada historiografía profesional viene revisando la versión canónica. Ha demostrado que a la independencia se arribó luego de disputar entre diversas alternativas, que esa independencia no fue el origen de la nación argentina y que esta última fue a su vez producto de otras tantas disputas y por lo tanto también un punto de llegada y no de partida. En el mito, la nación precedió al Estado; en los hechos, el Estado precedió a la nación.

El divorcio entre el discurso político y el discurso historiográfico se reproduce en otros tramos del pasado. ¿Por qué los discursos públicos conmemorativos que impulsan los gobiernos de turno prestarían atención a las versiones menos heroicas que emanan de los historiadores? La respuesta inmediata es que conmemorar es una decisión política, no histórica ni historiográfica. Pero el interés público por el pasado no se reduce a la conmemoración. Para hacer inteligible el presente, para proyectar una política hacia el futuro, es preciso no abusar de las visiones simplistas sobre la historia ni tampoco ignorarla en nombre del porvenir. Simplificar las miradas sobre el pasado es simplificar las miradas sobre el presente e ignorar el pasado es caer en la ilusión de que una sociedad puede ser moldeada como una tabula rasa.

No es éste un manifiesto que presuma o aspire a darles a los historiadores un determinado lugar en el discurso público. Es más bien un manifiesto de la evidencia: el exceso de pasado y el exceso

de futuro son dos caras del síndrome refundacional. La idea refundacional trae consigo un fracaso; a saber, la promesa de un nuevo comienzo, al ser ficticia, nunca va a poder concretarse. La pasión por separarse del pasado, repudiándolo u olvidándolo, condena a la sociedad a ignorar que esta pasión por la ruptura es en sí misma un legado de ese pasado. La historia es el magma en el que se configuran las culturas políticas y, para bien o para mal, está allí.

TECNOLOGÍA Y CAPITAL SOCIAL en barrios vulnerables

Guadalupe Rojo

Licenciada en Ciencia Política (UTDT), magíster en Estudios Latinoamericanos (Stanford University) y en Economía (Duke University), y doctora en Ciencia Política (Duke University). Sus trabajos se enfocan en los mecanismos de Economía Política intervinientes en la acción colectiva a nivel barrial, el comportamiento electoral y sus efectos en la oferta y la demanda de servicios públicos.

En Argentina, más de la mitad de los hogares en condiciones de vulnerabilidad no disponen de red cloacal. No hace falta que la OMS nos recuerde la importancia del saneamiento urbano para evitar enfermedades. Sí hace falta recordar que la falta de inversión en infraestructura social es un eslabón más en la transmisión intergeneracional de la pobreza. En este sentido, todos los caminos conducen al sistema de rendición de cuentas de la política. ¿Cómo construimos una ciudadanía capaz de castigar las omisiones de sus representantes? ¿Cómo la existencia de grupos de *WhatsApp* contribuye a la acción colectiva en el barrio y al empoderamiento de la comunidad? ¿Cómo asegurar un uso equitativo de los nuevos mecanismos de participación ciudadana que nos brinda la tecnología?

El acceso a la red cloacal, agua potable o tendido de gas en asen-

tamientos informales o barrios populares son ejemplos de bienes públicos locales, que requieren gran inversión del Estado. En un contexto de recursos finitos, la fortaleza de la demanda por infraestructura y servicios públicos influye en la decisión gubernamental de dónde invertir. Existe evidencia de que las comunidades más conectadas son más efectivas para articular sus demandas, elevando el costo electoral de los políticos que no cumplen. En este desafío de acción colectiva, la tecnología representa una buena noticia para la coordinación de grupos y la toma de decisiones entre vecinos. La organización social es un ordenador de problemas colectivos, máquina que procesa demandas desordenadas, y las devuelve simplificadas y priorizadas, listas para lanzarse al espacio público y llegar a oídos de los políticos. Por esto, la fuerza transformadora de la tecnología en las dinámicas de comunicación entre vecinos (capital social) es aún más importante en poblaciones vulnerables.

Posiblemente en el futuro todavía existan asambleas barriales, pero se presupone una participación ciudadana sostenida sobre todo en el uso de teléfonos inteligentes, o dispositivos que aún no se inventaron. En este sentido, los grupos de *WhatsApp* entre vecinos del barrio pueden cumplir un rol fundamental en el reemplazo del agente intermedio. Si antes un referente barrial era el nexo inexorable entre vecinos y municipio, ahora el grupo virtual matiza la necesidad de un líder coordinador. La comunicación entre vecinos ya es dinámica hoy, pero para 2030 probablemente veamos una evolución en la interfaz que relaciona vecinos entre sí, por un lado y comunidad-Estado, por otro.

Ahora bien, existe el riesgo que la herramienta sea cooptada por intereses no alineados con el objetivo del grupo, como por ejemplo la viralización de noticias falsas con intencionalidad política. En su origen, *WhatsApp* se mantenía dentro de la esfera privada, facilitando relaciones interpersonales, y de logística de la vida cotidiana. Paulatinamente su diferenciación con las redes sociales (incluyendo el anonimato) comienza a desdibujarse. En las últimas elecciones en India, *WhatsApp* fue el principal mecanismo de propaganda política,

incluyendo mensajes que incitaban a la violencia religiosa. Sin duda, esta circunstancia presenta nuevos desafíos para el Estado, como la necesidad de proteger a los ciudadanos del bombardeo masivo de información, cuidando especialmente a aquellos que son iletrados digitales.

Por esto mismo, ya hoy una de las habilidades más valiosas es la de identificar información útil y confiable, distinguiendo conocimiento de basura virtual. Esto último cobra especial importancia en poblaciones vulnerables. El desafío es fortalecer capital humano y habilidades socioemocionales (HSE), fomentando la conectividad y el capital social, mientras vinculamos ciudadanía-Estado más directamente. No se trata simplemente de una capacitación tecnológica de la ciudadanía, sino de asegurar igualdad en el uso de dispositivos inteligentes en materia de participación democrática.

En estos ejes se ve el futuro del esfuerzo colectivo: la importancia de los lazos comunitarios, la necesidad de herramientas para identificar información certera y relevante y el manejo de plataformas virtuales, donde por ejemplo los vecinos junten firmas y envíen peticiones directamente al municipio. En medio de estos cambios, no debemos perder el horizonte. ¿Cómo potenciamos el costado positivo de la tecnología, específicamente en lo que refiere a la acción colectiva en el barrio? ¿Cómo se protege al ciudadano del aluvión de información virtual? Al final del día, lo importante del crecimiento exponencial de la conectividad no son las herramientas *per se*, sino las razones por las que nos conectamos.

REPENSANDO ARGENTINA en el mundo

Augusto Nicolás Salvatto

Licenciado en Ciencias Políticas y en Relaciones Internacionales (UCA) y maestrando en Estudios Latinoamericanos (Universidad de Salamanca). Es Coordinador del Centro de Estudios Internacionales de la UCA, docente en la UCA y UCES e investigador UCA-CONICET en temas de política exterior.

El tablero internacional se encuentra en un reordenamiento acelerado y los próximos años serán cruciales para la Argentina, si es que queremos aprovechar la oportunidad para mejorar nuestra posición. En este contexto, vale la pena preguntarse: ¿Debemos mantener las mismas políticas cuando las circunstancias cambian?

En el siglo XXI, el eje económico mundial migró del océano Atlántico al Pacífico. Este cambio no puede pasar inadvertido. *Extremo Oriente* se está posicionando en el centro del poder comercial mundial. ¿Cuánto conocemos en Argentina sobre esta región del mundo? ¿Está orientado nuestro comercio internacional hacia países como Vietnam, Tailandia, Corea o Indonesia? ¿Y qué hay de otras regiones, como África o Medio Oriente?

De acuerdo con las perspectivas de la OCDE, hacia 2060 China e India concentrarán el 46% de la economía mundial, superando a Europa, Japón y Estados Unidos juntos (29%). Esto no implica nece-

sariamente que EE.UU. y Europa vayan a perder importancia como actores globales. Más bien, supone el surgimiento y la consolidación en el escenario internacional de nuevos actores.

Medio Oriente, una región a la que, debido a su historia, siempre se la analizó desde una perspectiva de resolución de conflictos, hoy comienza a protagonizar otros escenarios. Esta zona alberga países con niveles de PBI per cápita altísimos, como Arabia Saudita, Emiratos Árabes o Qatar; a uno de los líderes mundiales en innovación tecnológica y emprendedurismo, Israel; y, a una de las economías de más rápido crecimiento en los últimos años, Turquía.

Por otra parte, para 2025, la ONU estima que la población de África superará a la de China y que su clase media continuará creciendo aceleradamente. En este sentido, muchos países se han apresurado a reforzar los lazos políticos y económicos con el continente. Entre 2010 y 2016, se abrieron 320 representaciones diplomáticas en África, algo sin precedentes en la historia diplomática mundial para un periodo tan corto. Solamente Turquía abrió 26 embajadas y la India anunció 18. Desde luego que no se trata solamente de abrir representaciones diplomáticas, pero esto nos lleva a preguntarnos si consideramos a África como un potencial destino de nuestros productos y cuántos intercambios hemos realizado concretamente con este continente.

En paralelo a estas tendencias, otro gran cambio se está dando en el globo. Citando al periodista Thomas Friedman, la tierra se está volviendo plana. En otras palabras, la globalización está eliminando las fronteras y las distancias, presentándonos nuevas oportunidades de negocios en nuevas regiones. Por ejemplo, hoy, con tan sólo un click, podemos tener una reunión por videoconferencia con alguien en la otra punta del planeta. Algo impensado no mucho tiempo atrás. No podemos desaprovechar las oportunidades que la revolución tecnológica ofrece.

Aún más, un intercambio cultural fluido que permita dar a conocer nuestras costumbres y nuestros productos en todo el mundo, a la vez que nosotros mismos descubrimos el *Este*, abriría al país otras posibilidades de cooperación. Bollywood, la industria cinematográ-

fica de India ubicada en Bombay, ya produce más películas que Hollywood al año y China busca superarlo hacia 2035. ¿Podríamos nosotros exportar nuestra cultura a Asia de forma masiva?

Los potenciales beneficios en materia comercial y de inversiones que implica un acercamiento a los países asiáticos, africanos y de Medio Oriente, son innegables. América Latina tiene mucho para ofrecer a estos países, en muchos casos superpoblados y/o sin suficientes recursos naturales.

Pero ¿cómo negociar con tan grandes potencias en un pie de igualdad? ¿Puede Argentina sola plantarse ante gigantes poblacionales y económicos como China o India? Es interesante el caso de la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN). Esta asociación está conformada por diez países – en su mayoría insulares – muy cercanos cultural, geográfica y económicamente a las tres grandes potencias regionales: China, India y Japón. Individualmente, estos países serían en su mayoría sobrepasados en cualquier negociación por los tres gigantes. Sin embargo, en conjunto poseen una población de más de 600 millones de habitantes, mayor que la de la Unión Europea, lo que le da un importante poder de negociación.

¿Podría América Latina seguir con este ejemplo para negociar con más fuerza frente al mundo? ¿O deberíamos continuar intentando penetrar en los mercados asiáticos individualmente? Solamente los diez países que componen América del Sur – sin contar Guyana y Surinam – suman una población de alrededor de 400 millones de habitantes, además de una enorme diversidad y riqueza en cuanto a recursos naturales y alimentos.

América Latina ha dejado de ser “el extremo de Occidente”, lo que implica una gran oportunidad para posicionarse en el mundo aprovechando su ubicación estratégica entre dos océanos. Este último aspecto resulta un activo importante para China, que ha buscado impulsar la construcción del Canal de Nicaragua, así como también de un ferrocarril bioceánico que cruce el continente desde el Puerto de Santos en Brasil hasta Bayóvar en Perú. Otras iniciativas incluyen también a Bolivia, Argentina y Chile.

Todo esto no quiere decir que la respuesta a los cambios que se están dando en el mundo signifique que nuestra política exterior tenga que apuntar exclusivamente a Asia o África. Pero sin duda, la situación actual nos interpela a realizar un debate serio, responsable y transversal, que permita desarrollar una estrategia de inserción en el mundo inteligente y constante. ¿Dejaremos pasar esta oportunidad?

ELOGIO DE LA INDIFERENCIA: ¿leer más o leer bien?

Joaquín Sánchez Mariño

Periodista. Escribe en La Nación, Infobae, y Red/Acción. Publicó dos novelas y un libro de crónicas sobre su trabajo en Venezuela, a donde viajó en el año 2019 para cubrir la situación del país.

Año 2018. Este texto se escribe con veinte pestañas de Chrome abiertas y una ventana de incógnito que esconde tres pestañas más. En estas últimas hay tres notas del diario La Nación, que empezó este año a cobrar su contenido y todavía se puede acceder de manera gratuita con este truco más bien simple de ir de incógnito.

En el mundo, ya hace unos años comenzó a caer el cielo del mercado periodístico. Ser un país en desarrollo en algunos casos trae beneficios: en la Argentina se empezó a pagar tarde por el periodismo. Dónde estaremos en el 2030 es una incógnita en la que no me interesa aventurarme. Sin embargo, más allá de que los medios logren o no encontrar su modelo de negocios, la pregunta que me interesa es otra: ¿Cómo leeremos en diez años? Diríase que mientras más pestañas, más protegido está el ojo; pero la tecnología no siempre recoge el guante de la anatomía de manera literal. La pestaña representa hoy la forma de lectura: de a muchas, de a saltos, de manera sincrónica antes que diacrónica. Esto es: como si siempre prefiriéramos hacer otra cosa.

La lectura en el celular profundiza esto. Ya no por el uso de pestañas (el recurso no sobrevivió al mundo “responsive”), sino porque el teléfono es el dispositivo de la interrupción por excelencia: solo se mira entre momentos, en “huecos”. Y si cada vez se lee más en celular, cada vez se lee más en huecos. ¿Y qué es un hueco, sino un lugar vacío?

Dicho esto, ¿qué debemos hacer más allá de elevar al cielo el canto apocalíptico de “la lectura ha muerto”? Los medios, por lo pronto, están diseñando y pensando sus contenidos en función de los dispositivos móviles. De algún modo, entramos en una fase de la historia en la que ya no es el medio el mensaje, sino que lo es la plataforma, justamente, el dispositivo.

Algunos datos de estos años: en Buenos Aires se producen alrededor de 1.000 notas periodísticas por día (los medios más grandes hacen entre 200 y 300). Se escriben infinitas entradas en blogs o en redes de blogging como *Medium*, muchos de los cuales pueden a su vez considerarse medios. En el 2017, se publicaron 28.440 libros nuevos. Es decir, casi 30.000 títulos que supusieron 51 millones de ejemplares. En todo el mundo, según una estadística de 2016, se escriben cerca de 500 millones de tuits al día. El tuit más retuiteado de la historia al día de hoy fue el de la selfie con actores y actrices de Hollywood en una entrega de los *Oscars* (tuvo más de 3 millones de retuits). Un dato fundamental de cara a la Argentina del 2030: el emoticón más utilizado en *Twitter* es el de la carita que llora de risa (es simplemente una cara cayéndose a un costado con dos lágrimas disparadas, un reemplazo efectivo del “jaja”). Último dato del momento: cada día se produce suficiente contenido en *Twitter* para llenar un libro de 10 millones de páginas. Y una última pregunta: ¿10 millones de páginas hablando de qué? O una más: ¿10 millones de páginas que quién leería? Las bibliotecas, ya lo dijo Borges, siempre fueron infinitas, solo que antes tenía sentido angustiarse por no poder leerlo todo. Ya no.

Es curioso, justamente, porque otra nueva tendencia en las herramientas de comunicación es el concepto de “completud”. Lo inicia-

ron las redes sociales como *Instagram* al detectar que sus usuarios se sentían más satisfechos si sabían que habían visto todo, que no “se perdían de nada”. Entonces agregaron un sistema que te avisa cuando llegaste al final. Lo mismo quieren implementar los medios: retirar al lector la angustia del contenido infinito. Para esto muchos cambian la grilla tradicional en la que cada uno selecciona qué leer, y empiezan a implementar el formato stream o lista. Uno empieza en un lugar, baja de manera vertical y aparecen las notas de a una, hasta que llega al final: en el medio, lo vio todo. Punto.

Es una falsa lectura completa porque lo único que se ve integralmente son los títulos, pero quién tiene algo en contra de lo falso, hoy en día. (Asterisco *Fake News*: trátese este tema en otro texto, por el bien de nuestra propia completud).

La abundancia de información, la “diarrea de noticias”, provoca la tan mentada “infoxicación”. La infoxicación produce hartazgo y desconexión de los medios y desconfianza. Pero la desconexión, y acá está la paradoja, no produce una retirada hacia los libros o las revistas. La diáspora conduce a *Netflix*, a documentales sobre Osho y la Guerra de Vietnam en el mejor de los casos, a series como *La Casa de Papel* en el peor. Entonces, ¿cómo vamos a leer las noticias en el 2030? ¿Qué podríamos desear para nuestro periodismo? Peluda pregunta que solo se responderá con el tiempo.

Creo, sin embargo, que hay un valor que defender y que podría, quizás, devolvernos la esperanza. Comienza aquí mi elogio de la indiferencia. Hablo de recuperar de manera cabal el desinterés en ciertas cosas. Dejar de hacerle caso antes a las notificaciones que al propio instinto. El Tao manda a comer cuando hay hambre, a dormir cuando hay sueño. Todo lo demás es artificial. ¿Cuántas de esas mil noticias diarias realmente me interesan? Cuando uno es chico, si le dicen algo que no le interesa se va. El instinto nos protege de perder tiempo, digamos. Pero uno va creciendo y vaya a saber por qué empieza a prestar atención a lo que otros ponderan.

Mientras la última estela de la nación intelectual se lamenta porque los pibes ya no leen, yo tengo un solo deseo para la Argentina

del 2030: ojalá leamos menos. Menos notas, menos libros, menos posteos, menos de todo. Así como leer mucho no es leer bien, leer en diagonal no es leer rápido, es leer mal. Recuperemos los prejuicios y la pedantería. Digo, para empezar, para leer solo con verdadera ansia. Solo así, exigiendo y dando frente a un texto, la calidad de nuestro periodismo escrito puede renacer. Solo así, digo, alguien podrá mañana llegar a este punto final.

DEL FUTURO DEL TRABAJO al futuro de la formación profesional

Luca Sartorio

Licenciado en Economía (UBA) y maestrando en Finanzas (UTDT). Es coordinador del Programa Futuro del Trabajo y del proyecto “¿Qué funciona?” del Centro para la Evaluación de Políticas basadas en la Evidencia (CEPE) de la Universidad Torcuato Di Tella.

El futuro del empleo volvió al centro de la escena de la discusión académica y la gobernanza global. Si bien el cambio tecnológico y la acelerada automatización no incrementaron los niveles de desempleo en los países que se encuentran en la frontera tecnológica mundial, sí condujeron a la polarización del mercado laboral con una importante caída de ocupaciones de ingreso medio, generando tanto una mayor desigualdad al interior de la fuerza de trabajo como entre empleados y empleadores. A su vez, el desarrollo de tecnologías digitales permitió la fragmentación global de las cadenas de valor, posibilitando la coordinación y el monitoreo de actividades a distancia y brindándole la posibilidad a trabajadores de economías en vías de desarrollo de ofrecer sus servicios al mundo. De esta forma, un programador en Nueva Delhi, un operario industrial en Beijing o el personal de servicios de atención al cliente en

México DF compiten directamente con sus contrapartes de París, Nueva York o Berlín. Por último, a estas disrupciones se le añaden los desafíos del cambio demográfico que comienza a ser una amenaza para muchos mercados laborales y sistemas de protección social. Ante el envejecimiento poblacional, la seguridad social requiere cada vez de más financiamiento de su fuerza de trabajo mientras que cuenta cada vez con menos población activa que logre adecuarse exitosamente a la permanente reconfiguración de las ocupaciones y sus cambiantes demandas de habilidades.

En efecto, la agenda laboral es en la actualidad una preocupación central tanto de la investigación académica como de la política pública: quizás el mejor indicador de este interés sea la elección del futuro del trabajo como tópico central de reuniones recientes del G20 y el Foro Económico Mundial. Sin embargo, esta agenda de investigación tiende a centrarse fundamentalmente en el diagnóstico de las disrupciones mencionadas, pero no tanto en el diseño de soluciones efectivas.

La importancia de generar un capital humano calificado en cualquier estrategia de desarrollo productivo es insoslayable. Independientemente de la importancia medular de la educación y la intervención en edades tempranas, contar con una red efectiva de formación profesional es una necesidad fundamental para cualquier mercado de trabajo dinámico e inclusivo. Los Estados nacionales destinan importantes recursos fiscales para la generación de programas de capacitación con el objetivo de reducir los niveles de desempleo, incrementar los ingresos laborales y facilitar la adopción de nuevas tecnologías que generen un salto de productividad de la economía en su conjunto. Sin embargo, también suelen contar con poca evidencia que los oriente en el diseño de respuestas de política efectivas y sirva para responder preguntas clave: ¿cómo generar más empleo de calidad? ¿Cómo mejorar la productividad y el salario de los trabajadores?

Profundizar en esta agenda es indispensable, no solo por la importancia de estos desafíos sino por la dificultad para implementar

exitosamente este tipo de políticas. Coordinar la oferta de capacitación, tanto pública como privada, es un desafío formidable para las capacidades de la administración gubernamental por tres razones fundamentales. En primer lugar, garantizar una oferta de formación de alcance nacional requiere coordinar a un amplio número de docentes y capacitadores de todo el país. En segundo lugar, a diferencia de otras políticas que también requieren organizar a un amplio conjunto de agentes, al construir una red público-privada de formación profesional resulta especialmente difícil monitorear y evaluar a dichos agentes. Mientras que en una campaña de vacunación deben seguirse procedimientos explícitos, fácilmente definibles y de efectividad comprobada, no existe una forma indiscutible para enseñarle a armar un plan de negocios a un microemprendedor en zonas rurales. La ausencia de un recetario mecánicamente reproducible requiere inevitablemente que el docente cuente con un alto grado de discrecionalidad para realizar la tarea, dificultando su evaluación y monitoreo. Por último, la ausencia de protocolos estandarizados también dificulta el diseño de un esquema de incentivos orientado a resultados. Ante la ausencia de métricas de cumplimiento estandarizadas que determinen la remuneración de los proveedores y su continuidad en el sistema, se diluye la motivación por mejorar la performance de los cursos y docentes.

Buscando aportar evidencia empírica ante estos desafíos y potenciar el impacto de las instancias de formación profesional, desde el Centro para la Evaluación de las Políticas basadas en la Evidencia (CEPE) de la Universidad Di Tella, coordinamos junto a Martín Montané el proyecto “Qué Funciona”. La iniciativa buscó consolidar las lecciones y los resultados de más de 100 políticas laborales a nivel global analizadas mediante evaluaciones de impacto de alta rigurosidad metodológica. La revisión abarcó entrenamientos laborales, capacitaciones y financiamientos a trabajadores independientes o microemprendedores, subsidios salariales e incentivos de contratación o servicios de asistencia en la búsqueda de empleo. A través de

esta investigación se construyó una base de datos pública y disponible *online* que se irá actualizando permanentemente.

La base sintetiza mediante una caracterización estandarizada el diseño, la implementación y el impacto analizado en las evaluaciones en las distintas poblaciones de interés, documentando los distintos impactos de estas políticas entre hombres y mujeres, jóvenes y adultos o trabajadores de distinto ingreso y calificación. Esto es de particular interés ya que una misma política puede tener impactos muy distintos según el contexto particular en el que se ejecuta, la población objetivo a la que apunta o características específicas de su implementación. La misma estará a disposición para su descarga y su uso por parte de la comunidad académica y hacedores de política.

Resolver estos dilemas no es trivial y multiplicar estas iniciativas resulta fundamental para avanzar en la generación de herramientas que mejoren la efectividad de las políticas laborales. Un mercado de trabajo inclusivo, dinámico y productivo está en el centro de cualquier estrategia de desarrollo. El debate por el futuro del empleo es bienvenido y presenta una problemática que debemos atacar de forma activa y rigurosa de cara al futuro, instrumentando un diagnóstico completo y promoviendo soluciones efectivas. Avanzar en el desarrollo de herramientas que orienten el diseño y la implementación de políticas de formación profesional es un desafío tan complejo como fundamental.

TECNOLOGÍA VS. COMERCIO: una aplicación de *behavioral economics*

Marco Sartorio

Licenciado en Economía (UTDT). Es investigador en Economía del Comportamiento en la Escuela de Negocios y el Laboratorio de Neurociencia de la Universidad Torcuato Di Tella, y profesor de prácticos de Historia Económica Internacional en el Departamento de Estudios Históricos y Sociales de la misma universidad. Fundador y director de Cusa Documentary Films.

La tecnología y el comercio son considerados por la mayoría de los economistas como las dos fuerzas de mayor impacto sobre las fluctuaciones del mercado laboral. A su vez, tanto el cambio tecnológico como la apertura comercial tienen una paradoja en común. Si bien promueven el crecimiento económico de largo plazo e incrementos sostenidos de productividad, motorizan *shocks* de corto plazo sobre el mercado laboral. Es decir, el empleo de nuevas tecnologías automatiza tareas realizadas por trabajadores de calificación media, mientras que la apertura comercial provoca caídas en el nivel de salarios y de empleo en aquellas industrias, ocupaciones y regiones expuestas a la competición con importaciones.

A su vez, el impacto del cambio tecnológico y de la apertura comercial en el empleo resultan determinantes para el futuro de Argentina, dada la necesidad de desencadenar una senda de desarrollo

económico basado en la adopción de tecnología y en una inserción virtuosa al comercio internacional. En este contexto, lo que suceda en los próximos años en el país con la adopción de la tecnología y la inserción comercial tiene una importancia crucial.

En este sentido, realizamos junto con Joaquín Navajas un experimento masivo con el objetivo de estudiar la diferencia en la percepción de justicia del desempleo causado por el cambio tecnológico en comparación con el desempleo causado por apertura comercial. En un contexto mundial de creciente rechazo a la globalización pero también de sospecha acerca del impacto de la Cuarta Revolución Industrial en el empleo, aparece una pregunta muy relevante: ¿existe alguna diferencia entre la percepción de justicia del desempleo causado por ambos fenómenos? En esa pregunta radicó el propósito final de nuestra investigación. Nuestro experimento contó con una muestra compuesta por 2117 sujetos experimentales de 21 países distintos de Latinoamérica.

Para obtener datos acerca del punto central de nuestro estudio replicamos una metodología clásica empleada por Daniel Kahneman, Jack Knetsch y Richard Thaler en "*Fairness as a Constraint on Profit Seeking: Entitlements in the Market*" (*American Economic Review*, 1986), un paper fundacional en la historia académica de la Economía del Comportamiento (*Behavioral Economics*). La metodología se basó en presentar distintos escenarios a un número determinado de sujetos experimentales, y en solicitarles que califiquen cada uno de los escenarios como "Muy aceptable", "Aceptable", "Poco Aceptable" e "Inaceptable". Para analizar los resultados, las dos primeras categorías fueron agrupadas en una nueva denominada "Aceptable" y las dos últimas en otra denominada "Inaceptable". El hecho fundamental que nos permitió sacar conclusiones de los datos y que da carácter experimental a nuestra investigación consiste en que cada uno de nuestros escenarios tiene dos versiones casi totalmente similares: entre las dos sólo varía una o dos pequeñas frases del escenario, y cada una de sus dos versiones es respondida por sujetos distintos. De este modo, el estudio es de tipo *between subjects* y permite analizar

el efecto de modificar una variable de un escenario global referido a una problemática particular. Así, generamos distintos escenarios con dos versiones: una referida a un caso de desempleo generado por cambio tecnológico versus otro motorizado por apertura comercial. A continuación, se presentan las dos versiones de uno de nuestros múltiples escenarios, con sus resultados finales:

Versión A: *Hay empresas que fabrican ropa con tecnología obsoleta y con trabajadores locales. El sindicato de la industria textil ejerce presión sobre el gobierno e impide **el uso de tecnología más moderna**. Las empresas venden ropa a un precio mayor que en otros países, pero se generan puestos de empleo que de otro modo desaparecerían.*

Acceptable 34%

Inacceptable 67%

Versión B: *Hay empresas que fabrican ropa con tecnología obsoleta y con trabajadores locales. El sindicato de la industria textil ejerce presión sobre el gobierno e impide **la importación**. Las empresas venden ropa a un precio mayor que en otros países, pero se generan puestos de empleo que de otro modo desaparecerían.*

Acceptable 47%

Inacceptable 53%

Así, la primera versión de este escenario prueba la percepción de justicia de bloquear el cambio tecnológico para impedir que se destruya empleo, mientras que su segunda versión analiza exactamente lo mismo pero impidiendo la apertura comercial. La Versión A tiene una percepción de justicia menor que la Versión B, y la diferencia entre las dos versiones resultó ser estadísticamente significativa al 99% de confianza: esto nos indicó que bloquear la tecnología con el fin de evitar el desempleo tiene más resistencia por parte de las personas que bloquear la apertura comercial. La tecnología es percibida como más aceptable.

Ahora bien, ¿por qué la percepción de justicia varía entre ambos fenómenos? Nuestros datos sugieren que en la apertura comercial

uno puede identificar fácilmente a un culpable (el gobierno que ejecuta la política económica) y que el cambio tecnológico es asociado al propio devenir de la historia y no tiene un culpable claro y evidente.

Todos nuestros datos arrojan resultados en la misma dirección: el desempleo causado por tecnología es considerado más aceptable que el desempleo causado por apertura comercial. A su vez, el desempleo causado por la apertura comercial parece generar mayor sospecha por la responsabilidad del gobierno de turno. Los alcances y aplicaciones de estos resultados son cruciales para la Argentina. El país se enfrentará nuevamente durante las próximas décadas a la necesidad de emprender una inserción inteligente al mundo sostenible en el tiempo, quizás la cuenta pendiente más importante de toda su historia económica. A este desafío irresuelto se le suma uno adicional: la importancia sustancial de amortiguar los múltiples efectos laborales que tendrá la incorporación cada vez más acelerada de la tecnología en la economía argentina. La necesidad de diseñar políticas de redistribución del ingreso generado por la tecnología y el comercio para lograr que sus beneficios económicos sean sostenibles en un marco de viabilidad social es así una de las misiones más relevantes que tendrá nuestra generación en los próximos años. En nosotros recae la responsabilidad de alcanzar los consensos necesarios para converger a una Argentina más abierta, más próspera y más justa.

EL 2030 NOS ENCONTRARÁ programando o programados

Santiago Siri

Fundador de Democracy Earth, organización sin fines de lucro dedicada al desarrollo de tecnología abierta y descentralizada, y del Partido de la Red, primer partido político digital en presentarse a elecciones. Es miembro del Foro Económico Mundial desde 2012 y autor de Hackitvismo (Random House, 2015).

Una revisión del siglo XX no puede obviar el protagonismo fundamental que tuvo la tecnología digital en el desarrollo económico de las sociedades avanzadas. Desde el momento en que las máquinas de Alan Turing lograron descifrar los mensajes nazis durante la Segunda Guerra Mundial en adelante, desarrollar las capacidades informáticas de una nación se ha vuelto indispensable. Tanto por lo que implica en la capacidad productiva el poder crear valor agregado desarrollando *software*, como lo que genera en términos educativos aprender a programar desde una temprana edad. Desde el punto de vista geopolítico, es innegable el rol que tiene Internet en los procesos de las democracias contemporáneas, donde el auge de las redes sociales marca la impronta de las campañas políticas. Pero tal vez el impacto más profundo de cara al año 2030 será el uso de criptografía para garantizar el funcionamiento económico de una sociedad cada vez más global. Innovaciones

como el uso de *blockchains* y el Bitcoin como moneda logran, a fuerza de matemática, brindarles soberanía monetaria a los participantes de una red y deben ser una de las principales áreas de estudio para cualquier economía que busque adaptarse al desenlace de la revolución digital en el nuevo siglo.

Argentina etimológicamente deriva su nombre de *argentum*, plata. La historia de nuestra nación ha sido signada desde los tiempos del Virreinato por la obsesión monetaria. En la historia democrática reciente, entre los mayores traumas que hemos afrontado como sociedad se encuentran los procesos inflacionarios y devaluatorios de nuestra moneda donde gobiernos de diferente signo ideológico han tenido grandes dificultades para restablecer la confianza en el peso argentino. A ese hecho hay que sumar también la escandalosa corrupción que ha impregnado no solamente a la clase política del país sino también a nuestra cultura ciudadana donde el “sálvese quien pueda” pareciera marcar una lógica que nos condena a la decadencia. Es en este contexto que resulta indispensable capacitar a la sociedad y a sus representantes en tecnologías como el *blockchain*, que permite transparentar las transacciones económicas y a su vez genera los incentivos para mantener una economía descentralizada donde no sea necesario tener autoridades humanas que son siempre potencialmente corruptibles.

Un *blockchain* bien podría definirse como una burocracia automatizada, donde utilizando técnicas criptográficas se puede garantizar la veracidad de transacciones financieras e incluso la certificación de cualquier clase de documento digital. Pocos lugares en el mundo son tan fértiles a los beneficios que estas nuevas herramientas pueden brindar a la sociedad como la Argentina, donde prima la desconfianza. Modernizando el funcionamiento del Estado con el uso de *blockchains* se puede brindar a la ciudadanía la posibilidad de auditar cualquier operación económica hecha con el dinero de sus impuestos sin requerir ninguna clase de permiso para hacerlo. Se pueden implementar políticas económicas cuyas reglas de juego no puedan ser modificadas por ningún político de turno; o incluso

expandir los ámbitos de participación generando procesos democráticos más inteligentes e inclusivos donde toda la sociedad pueda hacer oír su voz de forma efectiva y cotidiana en lugar de hacerlo de forma caótica cortando las calles o votando solamente cada dos años.

La carrera económica del siglo XXI será protagonizada por aquellas naciones que abracen la innovación que posibilitan las monedas resguardadas por la mayor capacidad de cómputo disponible como ocurre con Bitcoin. El impacto de Internet generó una genuina revolución cultural en los últimos 25 años y esta no va a detenerse simplemente en la posibilidad de conectar a la humanidad sino que avanzará irremediabilmente en la transformación de las instituciones. A raíz de su tumultuosa historia reciente, Argentina tiene en sus nuevas generaciones –aquellas que crecieron en democracia y con acceso a Internet desde la cuna– una de las capas más competitivas a nivel mundial en materia digital y criptográfica. Estas nuevas legiones de ingenieros y programadores pueden ser los nuevos protagonistas del desarrollo económico y político de nuestro país si sabemos adaptar el funcionamiento de nuestras instituciones a la Era de la Información.

La computación ha sido siempre un recurso estratégico de las grandes potencias. Mientras la bomba atómica era exhibida como instrumento de propaganda e intimidación, las primeras computadoras fueron secreto de Estado hasta su industrialización en los años 80 por su enorme capacidad de potenciar la inteligencia del Estado. La democratización del conocimiento que brindó Internet hoy vuelve a proponer nuevas oportunidades para el desarrollo de las naciones. El capítulo inaugurado por la creación de Bitcoin en el año 2009 se corresponde al hito más trascendente en materia económica y tecnológica en lo que va del nuevo siglo. La disputa por controlar los principales *blockchains* en actividad ya comienza a ser visible en el campo de batalla digital donde los Estados Unidos, China y Rusia asignan cada vez más recursos estratégicos. Mantenernos ajenos a estos procesos sería condenar el destino de la Argentina a ser un mero

observador de los grandes cambios que se avecinan. Pero todo sobre nuestra historia económica reciente y las capacidades informáticas que disponemos indican que podemos aprovechar esta oportunidad que se presenta frente a nosotros hoy mismo. Se suele decir en informática que “el futuro ya llegó, solamente que no está bien distribuido”, y en ese sentido, no tengo dudas que la Argentina del 2030 ya existe entre aquellos que usan *blockchains* día a día para programar un país mejor.

GÉNERO Y MEDIOS 2030

Brenda Struminger

Licenciada en Ciencia Política (UBA) y periodista de La Nación. Escribe sobre política, tecnología, género y sociedad.

La primera marcha de *Ni Una Menos*, el 3 de junio de 2015, fue convocada por mujeres dedicadas a la comunicación. Un hombre había matado a una –otra– adolescente, una periodista dijo en *Twitter* que había que hacer algo. Otra sugirió una movilización. Unos días después, unas 200.000 personas estaban reunidas en la Plaza de Mayo para exigir medidas contra los femicidios.

Desde entonces hubo otras marchas: en los aniversarios de la primera *Ni Una Menos*, el Miércoles Negro, los sucesivos 8 de marzo, y los Encuentros Nacionales de Mujeres. Estos últimos se celebran hace décadas, pero en los últimos años irrumpieron en los medios como nunca.

Desde 2015 el concepto de “violencia de género” se reprodujo, como si fuera un virus, en los videographs de los canales de televisión y los comentarios de los programas de radio. Se apropió cada vez más seguido de las tapas de los diarios y de las aperturas, en formato papel y digital. Primero avanzó sobre la sección Sociedad, pero terminó invadiendo las áreas más duras: Política (por ejemplo, con cada vez más notas sobre la participación de mujeres en el Congreso) y Economía (léase: artículos sobre su –escasa– presencia en

los cargos altos de las empresas o su injerencia en los márgenes de ganancias). Infectó *Twitter*, *Facebook*, *Instagram* y cuantos foros y redes sociales hubiera.

Y sólo estamos hablando de los medios de comunicación. En cuanto se refiere a la vida analógica, la lista sigue.

¿Por qué esta masiva presencia ahora y no antes? Primero, por la magnitud: tal vez a partir de una toma de conciencia, las marchas se empezaron a nutrir no sólo de militantes, sino de mujeres que no participaban en política feminista. También porque el tema, a partir del primer *Ni Una Menos*, se instaló como tópico de interés para las audiencias. Las direcciones de las empresas de medios, a cargo de la decisión final sobre los contenidos, empezaron a registrarlo y reproducirlo. Tercero, porque las mujeres de las redacciones presionaron para que se le diera despliegue.

Esto en cuanto a cantidad.

Pero hablemos de calidad.

En este proceso, repito, iniciado por periodistas mujeres, los profesionales de los medios fuimos atajando las pelotas de las coberturas sobre temas de género. No digo que lo hicimos mal. Tampoco que lo hicimos bien. Digo que lo hicimos sin preparación.

En el camino hubo avances, que habían empezado incluso antes de 2015. De a poco quedó erradicada de los titulares la frase “crimen pasional”, que ponía al asesino de una mujer en un papel de galán romántico y visceral, algo así como una víctima de Cupido. En cambio, empezó a utilizarse el término femicidio, el asesinato de una mujer por el hecho de ser mujer. Mientras tanto, cada vez más periodistas entendieron que la violencia de género no son sólo los golpes y las violaciones, sino que se imparte con palabras, concursos, discursos, tratos médicos. Recuerdo discusiones con editores sobre cómo llevar un caso de femicidio. Muchas veces me parecía que ninguno de los dos teníamos claros los motivos, ni las consecuencias de los enfoques. Nos faltaban conceptos pero teníamos vocación de responsabilidad y ética periodística.

Este año, *The New York Times* (*NYT*) designó, por primera vez, una

Editora de Género. Lo hizo después de unos 100 años de movimiento feminista, después de que estallara la bomba del movimiento *Me Too* que puso la imagen del productor de Hollywood, violador, abusador, Harvey Weinstein, en las tapas de todos los diarios del mundo. Se llama Jessica Bennett, es escritora, feminista y bastante radical de sus posturas. En una entrevista con el diario La Nación, Bennett dijo que sabrá que su trabajo está bien hecho cuando ya no la necesiten. En la Argentina, unos meses después, el diario Perfil imitó al *NYT* y designó a la filósofa y feminista, Diana Maffía, como «Defensora de Género», un cargo inédito en un diario de nuestro país.

¿Cuánto falta para que haya una editora de género en todos los medios argentinos?

Entonces, cuando aparezca un caso de “abuso laboral”, por ejemplo, en una ONG, de parte de un jefe a su subordinada, una editora con perspectiva de género será capaz de detectar que estaba vinculado a cuestiones de género y el título de la noticia será por completo distinto.

Escribo “editora” y no “editor” con la certeza de que hay editores hombres que tienen mayor perspectiva de género que ciertas mujeres. El machismo no tiene que ver con el sexo de cada uno, sino con la cultura. Hay mujeres machistas, y no son pocas. Sin embargo, hay muchas más posibilidades de que una mujer tenga mayor y mejor perspectiva de género, como mínimo, por sus experiencias propias.

Estoy segura de que cometí errores cuando escribía sobre género y creo que se podrían haber evitado. Cuando empecé mi carrera, hace 10 años, nadie mencionó siquiera el periodismo con enfoque de género. Mi aprendizaje fue a través de decenas de conversaciones y entrevistas, *on y off the record*, con fiscales, juezas, víctimas y familiares de víctimas; académicas, históricas militantes feministas, médicas y consultoras en género laboral. Ellas fueron mis maestras. Me enseñaron a evitar el sentido común. A captar las particularidades de la violencia de género.

Los periodistas suelen hacerse en la práctica, y muchas veces esto

es peligroso y poco suficiente. Al contrario, es necesaria la guía previa, de los que saben, sobre todo cuando se escribe sobre temas tan delicados: profesoras, abogadas, psicólogas, sociólogas con perspectiva de género. Pienso en una materia sobre género en las facultades de periodismo, cursos en las redacciones. Habitualmente recibo invitaciones a talleres y cursos de escritura de género, *online* y presenciales. Pero son casos aislados y no demasiado difundidos.

Los temas de género ya están instalados en los medios, en nuestro país, en la región, en el mundo. El primer paso está dado. Ahora falta trabajar la forma en que informamos. En 2030 habrán pasado 15 años del primer Ni Una Menos, el hito que marcó la amplificación del movimiento feminista en la Argentina. Para entonces ningún periodista, ni de revistas, ni de diarios, ni de televisión, ni de radio, ni de secciones blandas, ni de secciones duras, ni hombre, ni mujer debería tener la responsabilidad de comunicar sobre género sin estar formado en temas de género.

UN SECTOR PÚBLICO basado en evidencia

Agustina Suaya

Licenciada en Ciencia Política (UBA) y magíster en Políticas Públicas con especialización en evaluación y análisis de datos (The George Washington University). Es investigadora asociada de Monitoreo y Evaluación en CIPPEC.

Las prácticas de monitoreo y evaluación (M&E), especialmente aquellas centradas en el seguimiento de metas prioritarias de gobierno, son elementos clave para mejorar la gestión pública en tanto producen información valiosa sobre el funcionamiento y los resultados de las políticas públicas. El monitoreo permite hacer un seguimiento de las acciones gubernamentales, facilitando la medición de los logros y permitiendo ajustar las políticas públicas durante la implementación para optimizar el uso de recursos. Por su parte la evaluación permite medir la calidad de los servicios brindados, detectar y solucionar cuellos de botella durante la implementación y estimar los cambios sociales y económicos atribuibles a las políticas. Adicionalmente estos sistemas transparentan la gestión y facilitan la rendición de cuentas horizontal y vertical. Cuando pensamos en el 2030, tenemos que construir un horizonte en el que el sector público trabaje cada vez con más y mejor evidencia.

A nivel internacional el uso de sistemas de M&E es cada vez

más generalizado, pero a nuestro país le queda mucho camino por recorrer. Según estimaciones del BID, Argentina y Honduras son los únicos países que presentaron un retroceso en el pilar de M&E entre 2007 y 2013. Argentina aún no está a la par de países con niveles similares de desarrollo socio-económico. Si se comparan las distintas administraciones, distinguiendo la situación nacional de las provinciales, se encuentran, además, escenarios desiguales, con capacidades estatales concentradas en algunas áreas y ausentes en otras, y con una difusión y utilización discrecional de la evidencia recogida.

Nuestras dificultades no se limitan a lo técnico. Es fundamental fortalecer la cultura de la evidencia y de la evaluación, tanto a nivel social como a nivel estatal. Trabajar sobre la demanda de los funcionarios, en este sentido, es fundamental. Evidencia internacional muestra que los incentivos políticos correctos pueden ser un factor desencadenante en la expansión del uso de la evidencia dentro del proceso de decisión pública. Profundizar en esto sería muy positivo para nuestro país: la información podría fortalecer el cumplimiento de funciones legislativas, administrativas y de coordinación, además de las relaciones entre gobierno nacional y gobiernos subnacionales. El uso de información y evidencia, además, produce un efecto de derrame que a la larga permea toda la estructura estatal.

Al mismo tiempo, el uso de evidencia podría expandirse desde abajo hacia arriba, dando más relevancia y exposición a áreas de monitoreo y evaluación que funcionen adecuadamente. El empoderamiento y reconocimiento de distintas áreas podría derivar en una mayor promoción de la cultura de la evaluación dentro de la gestión gubernamental. Para que estos casos concretos sirvan como norte es fundamental que los materiales producidos sean siempre visibilizados, valorados y utilizados explícitamente en la toma de decisión.

Esta estrategia debe complementarse con la demanda de información promovida por otros actores además del Ejecutivo. El

Congreso puede fortalecer su capacidad de control si contara con la evidencia generada por un sistema de información, monitoreo y evaluación. De igual forma, los organismos internacionales también podrían promover la generación y uso de evidencia, ya sea para encarar negociaciones económicas y financieras, como para adoptar y dar seguimiento a estándares y metas de desarrollo.

En cualquier caso, el crecimiento de la demanda de evidencia debería venir acompañado por una mejora en la oferta de información. Los programas de gobierno deberían producir información suficiente en términos de cantidad y calidad para posibilitar la posterior evaluación de sus resultados. Esta información, además, debería ser actualizada regularmente y estar disponible en soportes y formatos que permitan trabajar con ella, especialmente en lo que respecta a interoperabilidad. Finalmente, la expansión del uso de evidencia requiere mejorar las capacidades estatales de las burocracias. Un futuro con un sector público basado en evidencia requiere equipos capacitados para producir, procesar, analizar y utilizar datos. De este modo los sistemas de M&E se podrán incorporar a la gestión pública.

El desarrollo social y económico de mediano plazo del país depende en gran medida de cuán efectivas sean las políticas que se implementan. Para eso, es indispensable contar con más y mejor evidencia, que permita evaluar el grado de éxito de la inversión pública, aprender de los errores e identificar buenas prácticas para ser expandidas. Mirando hacia el 2030, acelerar el crecimiento parece estar relacionado con contar con información de calidad sobre el desempeño de las políticas públicas en base a metas, haciendo más efectivo el uso de recursos y el trabajo de gestión. El camino de la institucionalización de los programas que realmente funcionan sólo es posible si nos basamos en evidencia, y la institucionalización es la única forma de tener, realmente, políticas de largo plazo. Argentina tiene una gran oportunidad para mejorar la producción y el uso de evidencia en el sector público, y de las decisiones que tomemos hoy en este sentido depende que lleguemos a 2030 con un Estado que

encuentre en la función de monitoreo y evaluación instrumentos para mejorar la toma de decisiones.

LA IMPORTANCIA de saber ordenar un millón de libros

Milagro Teruel

Licenciada en Ciencias de la Computación y doctoranda en Computación (Universidad Nacional de Córdoba). Su principal área de investigación es Educational Data Mining, donde estudia métodos para encontrar representaciones automáticas a través de Embeddings neuronales.

Si me piden que piense en la Argentina del 2030, diría que quiero una Argentina que toma ventaja de sus recursos. No es mi intención entrar en temas de política, corrupción o justicia social. Todos ellos nos aquejan gravemente y deben ser resueltos, pero no deseo emitir juicios sobre aquello que no conozco en profundidad. En cambio, les propongo discutir brevemente algo que sí conozco y que, más importante, también tiene valor e impacto directo: la computación.

Pero, ¿qué tiene que ver la computación con el desarrollo del país? Todos hemos escuchado sobre Inteligencia Artificial, los autos que se manejan solos y de las difamadas redes neuronales. También sabemos que el *software* es la industria que más ha crecido en los últimos años, donde la demanda laboral no se satisface. Pero no, no es eso de lo que hablo. *Hablo de capacitar masivamente a la población argen-*

tina para fomentar el aprendizaje y desarrollo de estrategias computacionales, enfocados en la resolución de problemas y en la optimización de sistemas.

Hace más de 150 años la iniciativa de la educación masiva comenzó como un instrumento para la formación de toda la población para trabajos que surgieron a partir de la revolución industrial. Uno de los resultados de aquellas políticas es un país con un 98,1% de alfabetización¹⁵.

El mundo se enfrenta ahora a otra revolución: la digital. Cambian los paradigmas, y junto con ello cambian las herramientas que nuestra población necesita dominar para poder mantenerse en un nivel competitivo: formas de pensamiento y de resolución de problemas que no se aprenden puntualmente, sino que se embeben en la forma de pensar. Por ejemplo, si tenemos que pintar una pared y el balde de pintura nos indica cuántos litros necesitamos por metro cuadrado, sabemos que hay que usar matemática, aunque tal vez no recordemos la fórmula exacta. Hemos aprendido cuál es la estrategia ideal para resolver este tipo de problemas. Pero con nuevos desafíos son necesarios nuevos análisis y herramientas.

Volvamos por un momento a la pregunta que surge del título de este ensayo: ¿cómo ordenarías un millón de libros? Ordenar diez libros es relativamente fácil, por ejemplo, uno los recorre uno por uno y va llevando la cuenta de cuál tiene el menor título alfabéticamente. Cuando los ha visto todos, toma el que ha identificado como el menor y lo coloca en el primer lugar. Repite con los libros no ordenados hasta finalizar la tarea. Pero, con un millón no podemos hacer eso, tenemos que diseñar una estrategia que involucre y coordine muchos otros trabajadores.

Probablemente la primera sensación que tengamos al entrar en esa biblioteca llena de volúmenes a ser ordenados sea la de impotencia y exasperación. Y aunque nunca nos encontremos ante esta tarea titánica, no es tan descabellado pensar en un empleado de un comercio que necesita administrar una base de datos con miles de productos, el albañil que siempre levantó paredes y hoy tiene la

¹⁵ Según la evaluación realizada en 2010 por el Instituto de Estadística de la UNESCO.

oportunidad de liderar múltiples construcciones, o el funcionario público que quiere optimizar el funcionamiento de su oficina. Todas esas tareas parecen titánicamente inalcanzables también para aquel que no conoce cómo enfrentarse a desafíos de tal magnitud.

El problema, entonces, radica en el aumento de la complejidad de los procesos, mientras que el sistema educativo no ha incorporado los instrumentos para manejar dicha complejidad como un requerimiento indispensable del trabajador argentino. Como resultado, hemos excluido de muchas oportunidades laborales –medidas por la digitalización– a una gran parte de la población, simplemente porque el pensamiento analítico de procesos abstractos se considera necesario sólo para las ciencias, las ingenierías o los universitarios. Luego, se las enseñamos sólo a aquellos que siguen esas carreras, o pertenecen a sectores sociales o económicos donde se espera que tengan ese futuro.

Puede parecer que, como los niños se adaptan mejor y más rápido a la digitalización que los adultos porque *nacieron con el teléfono en la mano*, será natural, como sociedad, sobrellevar estos nuevos paradigmas. Pero, al igual que uno puede aprender a sumar y restar sin comprender los principios globales de la matemática, no es lo mismo utilizar herramientas digitales a comprender lo que significa computar.

La base de la computación, la algoritmia, es la sistematización del proceso de resolución de un problema con la ayuda de herramientas digitales. Tomar una pregunta, identificar las partes que componen su solución y determinar la mejor estrategia para llevar a cabo cada una de dichas partes. Cabe recalcar que no necesariamente involucra la escritura de *software*.

Actualmente, la programación ha sido integrada en los planes de estudio para escuelas primarias, y existen programas que fomentan la programación en las escuelas secundarias. Todo esto, apoyado en una fuerte inversión en infraestructura y equipamiento tecnológico para escuelas. A niveles más altos, planes como *111mil* implementan capacitaciones masivas en desarrollo de *software*. En mi opinión, ese

es justamente el camino que debemos reforzar y transitar entre todos. Debemos enfocar los esfuerzos en políticas y planes de estudio más amplios que no sólo involucren programación, sino también donde la computación sea vista como herramienta de propósito general y transversal a todas las áreas.

Brindar herramientas computacionales a la población habla de capacitación, de empoderamiento, de optimización de nuestro recurso más valioso: un sistema educativo obligatorio, universal y gratuito, obtenido no tras pocos esfuerzos. No es solamente generar expertos en programación, así como no todos somos matemáticos o físicos. Se trata de preparar a nuestra población para entender a la computación y el *software* como una estrategia para abordar sistemas complejos, parte por parte.

Una población capacitada, empoderada, es aquella que puede transformar un país para dejar de ser únicamente agroproductor. Un país que sale a competir al mundo, que aumenta sus profesionales, que genera productos de alto valor agregado. Aún estarán allí todos los otros problemas que le dan a la Argentina su saborcito particular, algunas veces tan amargo como el primer mate de la mañana. Esto es sólo un paso más que damos hacia la Argentina del 2030, un aspecto en el que podemos pensar y trabajar.

FIN DE LA AVERSIÓN AL RIESGO: ¿la clave para contar con empresas globales en 2030?

Lucas Toledo

Licenciado en Economía (UNC) y emprendedor apasionado por la tecnología. Cofundó 4 compañías. Actualmente es CEO de Gi FlyBike, una bicicleta inteligente con ventas en 42 países que fue considerada por la prensa como una de las mejores bicicletas eléctricas del mundo.

Diversos estudios sostienen que 9 de cada 10 empresas no llegan a los 3 años de vida, por lo cual las probabilidades de que un emprendedor “fracase” son sumamente elevadas.

Se puede hacer mucho para bajar esta probabilidad, trabajando en el marco normativo que regula las empresas y el empleo, generando incentivos económicos a quienes emprendan en el marco de una economía que tienda a la estabilidad y previsibilidad, entre varias otras cuestiones. Sin embargo, me parece vital que podamos tratar el tema desde otro enfoque, y es, modificando nuestra concepción que tenemos acerca del fracaso –entendido hasta ahora como un acto de pérdida–, semejante a la derrota absoluta, que afecta profundamente nuestra habilidad de generar y sostener empresas.

En nuestra cultura latinoamericana, el “fracaso” en términos generales, conlleva una connotación negativa y suele ser ocultado por

quienes lo experimentan. Caso contrario a lo que sucede en países con altas tasas de innovación y emprendedurismo, tales como Estados Unidos e Israel en donde el fracaso forma parte del currículum público de los emprendedores y es una de las experiencias profesionales más valoradas en el ecosistema emprendedor (si una persona no ha fracasado, significa que tiene más chances de hacerlo).

En otras palabras, si modificamos la concepción vigente y comenzamos a entender al fracaso como aprendizaje y experiencia, como una parte del camino del empresario y emprendedor en su búsqueda de objetivos personales, convertiremos a esta concepción en una de las mejores herramientas y en un fuerte motor para construir nuevas empresas, emprender novedosos proyectos, lograr nuevos descubrimientos y reducir las chances de fracasar en siguientes oportunidades.

Si al miedo al fracaso le sumamos la volatilidad de la economía Argentina, que acumula una de las mayores tasas promedio de inflación anual y defaults del mundo, nos encontramos en un contexto no propicio para la creación de empresas, siendo las mismas las más importantes fuentes de riqueza de la economía. Entonces, ¿cómo hacemos para crear más empresas?

Deberíamos comenzar por realizar un trabajo cultural de fondo donde fracasar, en el buen sentido, comience a ser considerado desde otra perspectiva más positiva y forme parte ineludible del camino del emprendedor. Desde las escuelas y el sistema educativo en su conjunto al ejemplo de los dirigentes y las celebridades, debemos modificar la concepción actual cercana de fracaso asociada a la frustración y derrota, para convertirla en una idea relacionada a la experiencia, el coraje, el descubrimiento y la importancia de romper esquemas estandarizados.

Paralelamente, para promover desde Argentina la creación de empresas que sean globales, se debe trabajar en incrementar la disponibilidad de capital de riesgo para validar ideas, escalar emprendimientos y pivotar en caso que sea necesario. Y es aquí donde nos damos cuenta que el miedo a fracasar se vive tanto desde el lado del

emprendedor, como del lado del inversor. En otras palabras, la falta de capital de riesgo también se explica por la aversión al riesgo y al fracaso que se observa en el ADN del empresariado argentino.

Cuando se logre generar suficiente capital de riesgo para invertir en *startups*, se van a generar cuatro grandes efectos en la economía Argentina. En primer lugar, se va a incrementar la tasa de creación de empresas nuevas. Van a existir más recursos para validar ideas innovadoras y los emprendedores verán con mayores chances la posibilidades de que su proyecto sea mentoreado y financiado. En segundo lugar, los recursos propios del emprendedor van a dejar de ser la variable de éxito. Es decir, se van a democratizar las posibilidades de emprender y, no solo las familias de altos recursos económicos van a poder correr riesgos e iniciar una carrera emprendedora, sino que cualquier persona con un sueño y un plan de ejecución, va a poder construir una compañía. En tercer lugar, la tasa innovación del país se va a elevar y por ende, el impacto en el PBI de estas nuevas compañías va a ser mayor que el generado por las empresas tradicionales. Esto se debe a que los fondos de inversión financian innovaciones de productos, de procesos o el ingreso a nuevos mercados. Finalmente, se podrán construir empresas competitivas desde suelo argentino que tengan impacto global, ya que aquellas empresas que tengan un diferencial para competir globalmente y que tengan al mundo como su mercado, van a encontrar en Argentina los recursos suficientes para financiar esa expansión.

En Argentina, las políticas públicas generalmente están orientadas a apoyar a las empresas, mano de obra y capital intensivo dado que los principales países del mundo encontraron en las empresas de Servicios y de Tecnología la herramienta para competir globalmente. Esto se debe a que la incursión de India, Taiwán y China como fabricantes de las compañías más grandes del mundo permitieron reducir los costos de producción notablemente, haciendo difícil su competencia. Este movimiento de sectores ha sido observado por los fondos de inversión y es donde la mayoría del capital de riesgo está siendo dirigido.

Sin embargo, si queremos apuntar a una Argentina como la de 1910 en donde teníamos el 6to PBI/cápita más elevado del mundo, debemos crear nuevas compañías globales de alto valor agregado y para ello, es necesario que las pequeñas empresas que se vayan formando puedan contar con un mercado de financiamiento privado grande y activo. Para ello debemos no solo fomentar mediante políticas pública la formación de un mercado de capitales de riesgo, sino también romper con nuestra aversión al riesgo. El exitismo argentino que se observa tanto en el mundo privado, así como en el fútbol, la música, la política y otras tantas esferas de la vida, se ha convertido en un fuerte limitante a la innovación, el desarrollo y la pluralidad.

Para contar con compañías globales de cara al 2030, es necesario recorrer varios peldaños y, en especial, repensar el sentido que le damos al fracaso tanto del lado del emprendedor como del inversor. ¿Es el fracaso algo tan malo? ¿No es la experiencia la que ayuda a construir un porvenir más sólido? ¿Qué valores culturales destacan aquellos países con la más altas tasas de innovación? Sin lugar a dudas, el camino es largo, pero cuando la meta es clara nada es imposible y esta idea debe convertirse en un principio básico de todo hogar y escuela de nuestro país.

EL DESAFÍO de la inclusión digital

Mariana Varela

Diseñadora gráfica (UBA) y magíster en Medios y Gobernanza, con especialidad en Cyber Informática (Keio University). Es co-fundadora de Chicas en Tecnología y actualmente se desempeña en el área de experiencia de usuario en Despegar.com.

La tecnología nos alcanza, es parte de nuestra vida, le hacemos preguntas y no está preparada para darnos respuestas, porque no las sabe y porque siempre cambia. Es por eso que es necesario hacer un cambio de paradigma que mire más allá de plataformas, *software* o dispositivos: un cambio de visión que construya sin exclusiones al ciudadano digital de la Argentina del 2030. La ciudadanía digital es fundamental porque, a través de la tecnología, nos construye como parte activa del país, cualquiera sea nuestra edad o estrato social.

Actualmente, más del 65% de la población Argentina está conectada a Internet, en gran parte a través de *smartphones*. Según UNICEF, el 78% de los chicos, las chicas y los adolescentes argentinos se conectan a Internet a través del celular, pero el número se reduce a la mitad en los hogares de menores ingresos. En contraste con esto, los adultos mayores forman parte de un grupo que tiene poco o nulo acceso a Internet. Y, además, muchos de los que sí

tienen acceso, no saben muy bien cómo utilizarlo o lo utilizan de forma limitada.

Se considera como “adultos mayores” a personas mayores a 65 años, que según el censo del 2010 representan al 10% del total de los argentinos. Estos adultos mayores son “inmigrantes digitales”, porque al nacer, educarse e insertarse en el mercado laboral, el mundo digital aún no tenía la importancia de hoy. En nuestra sociedad conviven con la generación T, personas nacidas cerca del año 2010, los actuales niños que no sólo conocen el uso de Internet como medio ya instalado sino que además utilizan interfaces digitales táctiles. En muchos hogares de nuestro país, varias generaciones conviven bajo el mismo techo, tanto inmigrantes digitales como niños de la generación T, aprendiendo juntos a “tocar” la virtualidad, a aprender la fina línea entre lo público y lo privado, y a reconocer las posibilidades y las limitaciones de la conectividad.

Actualmente existen iniciativas a nivel nacional para acercar a los más excluidos a construir su identidad digital, y ofrecen un beneficio mutuo: para la gente mayor, el caso de la atención virtual que acorta gastos de personal y acerca distancias; para los niños, clases de temas especializados como robótica o programación que es impensable si no hay un maestro formado en el tema en el aula. La pregunta es si esas iniciativas serán suficientes o si deberían ser acompañadas por mayores incentivos y esfuerzos equitativos para explorar, invertir y generar más políticas públicas de inclusión digital.

El desafío de la inclusión digital ha sido encarado en el mundo, por ejemplo, por las grandes empresas dedicadas a las redes sociales, que enfocaron muchos de sus esfuerzos en los excluidos digitales. Sus sistemas se han hecho más fáciles de usar, e inclusivos a todas las edades, y la segmentación ha llevado a que los más jóvenes se vuelquen a redes donde lo instantáneo, los memes y los influencers son lo primordial. Pensemos en esos grandes esfuerzos destinados a crear comunidad, pero apuntados a aquellos que hoy miran el mundo digital como a través de una vidriera, muchos de los más jóvenes con poco acceso, pero también los adultos mayores.

Las barreras de accesibilidad que atraviesan aquellos que no están alcanzados por la alfabetización digital no pueden pasarse por alto. Hay, en primer lugar, barreras relacionadas con la independencia y la libertad para poder usar la tecnología por su cuenta sin ayuda de externos, fundamental en el caso de personas que no pueden pagar a alguien para que les enseñe o haga las tareas por ellos. En segundo lugar, hay un problema de inclusividad: varias corrientes de diseño universal indican que todos deberían poder usar las mismas tecnologías, desestimando dispositivos o sistemas adaptados o resumidos para públicos particulares. Por último, en tercer lugar, las dificultades asociadas con la terminología están vinculadas al vocabulario casi técnico y difícil de entender que aparece desde en códigos de error hasta en palabras en inglés, que dan por supuesto de forma errónea que todo usuario lo comprende.

En este sentido, diseñar mejores experiencias de usuario es fundamental, porque en eso radica cómo incluir a más personas y de una mejor manera al mundo digital, y no discriminarlos o expulsarlos cuando están dentro. Hoy, muchas oportunidades de venta de productos y servicios, así como mejores canales de atención al cliente, se pierden por no estar estructurados sobre sistemas que sean realmente accesibles para todos. Solucionar este tipo de problemas, a veces, no es más complejo que tener grupos de prueba que no incluyan solamente a usuarios modelo de las plataformas, sino también a quienes no tienen un nivel elevado de exposición tecnológica. Hacer esto no tiene perjuicio: si pueden usarlo personas con baja alfabetización digital, los más alfabetizados podrán hacerlo sin dificultad.

Pero es necesario ir más allá. De cara al futuro, a nivel gubernamental y empresarial se necesita incluir a los no alfabetizados como usuarios de productos relacionados con la innovación tecnológica. A nivel social, se debe acompañar activamente a los excluidos durante el proceso de introducción tecnológica. Y, a nivel tecnológico, necesitamos sentar bases de diseño que tengan en sus fundamentos la idea de construir una sociedad inclusiva. Aunque la tecnología

está incorporada a la vida cotidiana hace muchos años, para muchos tener un celular a mano es algo impensado, y tenerlo tampoco significa necesariamente que puedan adueñarse de la tecnología en un grado suficiente.

El cambio tecnológico y el avance imparable del mundo digital presenta un desafío para la alfabetización y para la inclusión digital. Los factores positivos del presente y el futuro son enormes, en especial con las oportunidades que se abren para la innovación. Hoy, tenemos las herramientas, tenemos la tecnología y, sobre todo, tenemos el talento para empezar a trabajar en ello de forma inclusiva, sin dejar a nadie afuera. De cara al futuro, y de cara al futuro de la Argentina, debemos comprometernos en la voluntad de ser un país introducido en las nuevas tecnologías de la información, globalizado y actualizado, pero que no excluya, sino que sume.

LAS CIUDADES DEL FUTURO

tendrán que ser escenario de nuevos derechos

Antonio Vázquez Brust

Licenciado en Ciencias de la Computación (UADE), especialista en Planificación Urbana y Regional (UBA) y magíster en Urban Informatics (Northeastern University). Es investigador, docente y consultor en la intersección entre ciencia de datos y territorio.

La ciudad es el principal hábitat humano y, de continuar la actual tendencia de urbanización global, pronto habrá muy pocos seres humanos viviendo fuera de ella. Así, el problema de gestionar la ciudad y resolver sus problemas se parece cada vez más al problema de gestionar y resolver los problemas de la humanidad. Ante tamaño desafío, la llegada de la “Ciudad Inteligente” ha sido anticipada, debatida y celebrada en abundancia, al punto de empujar la idea hacia el corral de los clichés. En el proceso, nos hemos concentrado en debatir las variables tecnológicas, los productos y servicios que podríamos poner en práctica. Hemos discutido, y estamos discutiendo, cuáles son las mejores herramientas para convertir el flujo y análisis de información en tiempo real en una herramienta de gobernanza en todos sus niveles, desde la planificación a largo plazo hasta la gestión cotidiana de recursos. Pero el foco debería

estar, ante todo, en aspectos no técnicos: las implicaciones éticas, sociales, e incluso ideológicas de la transformación. La tecnología nunca es neutral; los datos no dicen nada por sí mismos. Siempre hay personas detrás de los algoritmos. Las que los diseñan, las que los implementan, y a veces las que los sufren.

Hemos sembrado nuestras ciudades de sensores, algunos fijos como los que forman parte de la nueva infraestructura urbana, y otros en constante movimiento como los dispositivos móviles que todos llevamos encima, dotados de acelerómetros, GPS, micrófonos y cámaras. La ciudad, junto a calor, luz y ruido, emite una cuantiosa cantidad de información. Es difícil imaginar que vamos a dejar pasar la oportunidad de capturar y analizar estos datos en explosión, en pos de alcanzar los fines que persigue una ciudad: mejorar el tránsito, optimizar la producción y consumo de energía, impulsar la economía. Los gobiernos intentan adaptarse adquiriendo recursos humanos y técnicos especializados. Pero puján en inferioridad de condiciones con las empresas de la economía digital que han entendido mucho antes el valor de la información, sobre todo la personal, como un recurso natural que puede ser extraído, acopiado y vendido en un vacío regulatorio.

Así, la información producida por ciudadanos, compañías y gobiernos está transformándose en una nueva clase de moneda –con valor de mercado– a la vez que en materia prima para el modelado digital del funcionamiento de nuestras ciudades y sociedades. En este contexto, necesitamos entender a la *big data* como una producción social, y en consecuencia ponernos de acuerdo sobre el conjunto de reglas mínimo en el que queremos enmarcar su explotación.

En un país como Argentina, del lado del mundo que “compra hecha” la tecnología que se produce fuera, nuestra capacidad para fijar reglas es reducida. Pero no ínfima. Podemos prestar atención al ejemplo de la Unión Europea, que en 2018 hizo ley un conjunto de regulaciones que protege los datos y la privacidad de todos los ciudadanos en los países que componen el bloque. De aquí en más las alianzas no serán una opción, sino una necesidad. Entre áreas

metropolitanas, entre naciones, o a la escala que logre la masa crítica necesaria para que las reglas sean aceptadas hasta por los actores con más poder. Entre estos últimos no sólo se cuentan las grandes corporaciones; los gobiernos también deberán resignar poder de vigilancia al transparentar sus prácticas de tratamiento de datos personales.

El desafío es considerable. Deberemos proteger derechos cuya naturaleza muta ante nuestros ojos, como el de privacidad; reducir profundas asimetrías de poder entre individuos y organizaciones en lo que respecta al acceso a la información; e incluso redefinir el mismísimo concepto de ciudadanía.

Poner al día la noción de ciudadanía implica ampliar los derechos y obligaciones, para incluir los que el siglo XXI requiere. La tarea por delante, en la que ya estamos atrasados, es definir los derechos que acompañen las nuevas capacidades que ya nos han provisto con celeridad las tecnologías digitales. En esta categoría cabe el derecho a saber en forma actualizada quién tiene acceso a nuestros datos y para qué los usa. También el de definir ámbitos (momentos y lugares) impenetrables a los sistemas de captura de datos personales. Y el derecho a acceder a la infraestructura digital, que hoy en día se entiende como derecho a la conectividad, al acceso a Internet, pero que podría expandirse en el futuro para incluir el derecho al acceso a sistemas de almacenamiento y procesamiento de datos.

En lo que respecta a la gestión pública, queda un frente más al que estar atentos. La capacidad para analizar datos a gran escala, cruzados entre múltiples fuentes, continuará madurando. Esto permitirá realizar ajustes regulatorios en forma continua. Por ejemplo, se podría cambiar la cantidad de vehículos que pueden ingresar a un área de acuerdo al nivel de polución de cada momento, o interrumpir de modo automático el acceso a subsidios mediante el monitoreo de perfiles de cada solicitante, actualizados en tiempo real. La así llamada *regulación algorítmica* tendrá que venir acompañada por el derecho a acceder a la lógica interna –a las reglas y algoritmos– de los procesos automatizados de gestión.

Todas las facultades mencionadas serán parte necesaria del derecho a la ciudad, el derecho a habitarla y participar de su gestión, de hacerla y rehacerla a la vez que nos reinventamos a nosotros mismos. La tecnología digital continuará ganando importancia como parte de nuestra vida cotidiana. Su potencial es tan grande que ni siquiera podemos imaginar cuáles son sus límites. Por eso es importante tomar un rol activo, vigilando su posible abuso a la vez que continuamos imaginando formas de ponerla a trabajar. En palabras del incansable utopista Buckminster Fuller, “estamos llamados a ser los arquitectos del futuro, no sus víctimas”. Así sea.

LA NUEVA DEMANDA

de movilidad y los desafíos del futuro

Alejo Vidal

Licenciado y magister en Economía (UTDT y UdeSA, respectivamente). Lidera proyectos de estrategia y finanzas corporativas en ABEC&B, especializándose en sectores industriales y servicios de movilidad.

El auto dejó de ser el que conocíamos. Desde hace 150 años y hasta hace poco tiempo, el auto se regía por dos principios básicos: tenía un motor a combustión y un volante desde el cual se manejaba. La disrupción llegó: hoy ya existen autos totalmente eléctricos que no requieren de un conductor. Así, la industria automotriz enfrenta un cambio sin precedentes que fue motivado por un nuevo consumidor que demanda nuevos productos. El gran desafío será entender cómo los nuevos vehículos se combinarán con el transporte tradicional, público y privado, y qué rol deberá asumir cada uno de los jugadores de la movilidad.

Cada vez más las nuevas generaciones, y no tan nuevas, modifican la forma en la que consumen. Progresivamente comienzan a valorar más los servicios asociados a los bienes que los bienes mismos. A esto se le suma un consumo cada vez más *on demand* y compras por Internet. Al comienzo, esta tendencia era observada y sorprendía

en ejemplos particulares, pero hoy la realidad indica que este fenómeno es cada vez más frecuente: lo encontramos en la música, en la televisión, en el alquiler de departamentos, y como no podría ser la excepción, en la movilidad. Hoy, quizás, una de las palabras más usadas en el sector sea *MaaS* (la movilidad como un servicio, por sus siglas en inglés). Los más claros ejemplos son el *ride-hailing* (servicios como el de *Uber* o *Cabify*), el *car-pooling* (compartir los viajes de tu auto, o incluso los de *Uber*), y el *car-sharing* (alquiler de autos temporarios, hasta por horas). Como consecuencia, el auto será cada vez menos un bien privado para transformarse en un bien o servicio semi-público.

Este nuevo consumidor, además, tiene una marcada conciencia ambiental y social, analizando el impacto de los bienes que consume, ya sea en alimentos, en emisiones industriales y, sobre todo, en emisiones de vehículos. Al mismo tiempo, el Estado impulsa mediante mecanismos de premios y castigos las tecnologías limpias. El auto eléctrico comienza a ser una realidad en algunos países desarrollados, destacándose algunas naciones nórdicas, y siendo una tendencia cada vez más fuerte en China. Pero difícilmente estas tecnologías sean masivas en América Latina en el corto plazo. Más allá de la conciencia ambiental, estas motorizaciones son aún mucho más caras que las tradicionales (nafta y diésel) y los Estados no cuentan todavía con las condiciones para subsidiar la inserción de tecnologías limpias. A esto se suma una limitación en la autonomía, los autos, buses y camiones eléctricos encuentran cotas en distancias en torno a los 400 km. Sin embargo, se espera que hacia 2030, o antes, podamos contar con baterías de mayor autonomía y a precios competitivos. El auto eléctrico es sólo una cuestión de tiempo.

La siguiente pregunta pasa por comprender cómo el consumidor se movilizará en el futuro, y aunque todavía no se vislumbran con claridad en Argentina, algunas respuestas comienzan a observarse en los países desarrollados. Cada vez es más frecuente escuchar casos en Europa donde los jóvenes ya no compran autos ni obtienen la licencia de conducir. Por el contrario, eligen utilizar el servicio del

viaje en auto y combinarlo con otros modos de transporte a efecto de ganar eficiencia en tiempo y costos. Hacerse cargo de todos los costos del vehículo cuando se estima que sólo se lo utiliza entre el 5% y 10% del tiempo pareciera resultar inconveniente.

Más allá de los nuevos servicios de transporte y de las motorizaciones utilizadas, la modificación más profunda es que el auto pasó a convertirse prácticamente en una computadora con ruedas, donde el *software* embebido en el vehículo, y la información que genera, es más importante que los componentes estructurales. El mismo cambio lo sufrió el celular, que dejó de ser un elemento de comunicación móvil para convertirse en un procesador. Así, la información pasa al centro de la escena, ya sea la que emite el vehículo (fallas de piezas), la obtenida de la interacción entre el vehículo y el usuario (cómo manejo) y la información propia del usuario (para qué manejo, a dónde voy). Esto atrajo a nuevos actores a jugar el juego de la movilidad, como *Google*, que hoy manufactura autos autónomos, o *Uber*, que está comenzando a hacerlo. La movilidad ya no es un juego industrial, es un juego de *software*.

Esta modificación, además de cambiar los actores que producen, transformará la comercialización. Imaginemos que los autos se venderán cada vez más a compañías de movilidad o a sus conductores, y que el canal *on-line* seguirá ganando participación. Los fabricantes podrían prescindir de la concesionaria tal como es hoy concebida para migrar a un esquema de venta directa. El concesionario quizás sea en el futuro un taller autorizado, un centro de despacho y retiro de autos, de *test drive* y un punto de encuentro para acceder al *car-sharing* (*Toyota* ya lo está haciendo en Argentina).

Hay muchos cambios y transformaciones. Los grandes temas e incógnitas por resolver del futuro estarán asociados, en primer lugar, a cómo lograrán los sistemas de transporte público y semi-público combinarse y complementarse con la nueva utilización del auto. En segundo lugar, cómo se proveerá la infraestructura mínima para la circulación de los nuevos autos (bandas de 5G) y la existencia de puntos de recarga. En tercer lugar, determinar cómo se regulará

la propiedad de la información y el uso que las empresas podrán hacer de la misma, así como la ética y los estándares de conducción autónoma.

La disrupción es reciente y aún no hay certezas sobre el nuevo rumbo a nivel global. En este contexto, Argentina se encuentra ante una posibilidad concreta de posicionarse en este nuevo sector de movilidad, apalancada en las probadas capacidades en diseño de *software*, provisión de servicios globales y capacidad industrial manufacturera de vehículos. Quizás no muchos otros países emergentes cuenten con estas tres capacidades simultáneamente. Coordinar y generar sinergias en estos subsectores debería ser una de las prioridades del corto plazo, comenzando a sentar las bases para el desarrollo de un entramado desconocido al día de hoy.

HACER con lo que hicieron de nosotros

Lucía Wei He

Graduada en Economía Política Internacional (Georgetown University). Es periodista multimedia en Red/Acción y columnista en CNN Radio Argentina. Cubre principalmente temas de género, inmigración y derechos humanos a través de distintas plataformas.

Cuando mis padres y mi hermano llegaron a Argentina en 1989, lo hicieron sin saber ni una palabra de español. Era la primera vez que salían de China, y un diccionario Chino-Español era su única llave de entrada a la nueva vida que les esperaba.

“No sabíamos nada de Argentina. Sólo habíamos escuchado que era un país lindo”, recuerda Luo, mi mamá.

En 1987, en el marco de una naciente política para ampliar la presencia económica de China en otras partes del mundo, la empresa estatal de comercio para la que trabajaban mis padres en Pekín les ofreció la oportunidad de irse a Mar del Plata, Argentina, para expandir las operaciones de la empresa ahí.

El miedo de dejar todo lo conocido atrás no pudo superar la esperanza de lograr construir una vida mejor para sus hijos. Y aunque conocían poco de Argentina, ya el nombre de su destino les traía buen augurio.

“Cuando escuchamos que la capital de Argentina se llamaba Bue-

nos Aires nos ilusionamos. Un lugar con ese nombre no podía depararnos sino cosas buenas”, recuerda mi papá, Hong.

El sueño que trajo a mis padres a Argentina hace casi tres décadas es el mismo sueño que lleva a millones de personas alrededor del mundo a migrar hacia tierras lejanas en búsqueda de un futuro mejor. Es el mismo sueño que construyó a la Argentina que conocemos hoy en día, y el que debemos aprovechar para construir una Argentina aún mejor.

A treinta años de su llegada al país, mis padres lograron alcanzar lo que tanto deseaban. A través de los años, lo que empezó como un negocio familiar en una pequeña casa alquilada se convirtió en una empresa con dos plantas procesadoras y cientos de empleados. De a poco, Argentina pasó de ser un país desconocido a su segundo hogar. Y una vida que empezó como un choque entre dos culturas muy distintas, terminó siendo una fusión de tradiciones, de comidas de arroz durante la semana y asados con amigos los domingos, de charlas en español en el trabajo y en chino en casa, y de celebrar el año nuevo el 31 de diciembre y nuevamente unos meses después.

Pero a pesar de haber logrado crear su propia comunidad en Mar del Plata, con amigos y colegas tanto chinos como argentinos, siempre que se encontraban con desconocidos se enfrentaban a la misma barrera: la de los estereotipos. ¿De qué trabajan? ¿Tienen un supermercado o un restaurante? ¿Es verdad que todos los chinos son mafiosos? Son algunas de las preguntas que he escuchado innumerable cantidad de veces.

A pesar de que los argentinos nos enorgullecemos de ser un país hecho por inmigrantes, a veces parece ser un discurso que solo queda en palabras. O que nos gusta haberlo sido pero no queremos seguir siéndolo. De otra forma, ¿por qué nos aferramos a imágenes desdeñosas de lo que no conocemos? La definición de prejuicio es “emoción terca sobre algo que se conoce poco”. En ocasiones, así miramos a los nuevos inmigrantes.

Si para la generación de mis padres el desafío más difícil fue el de lograr construir una nueva vida en un país nuevo, para la segunda

generación, la mía y la de mi hermano, la de los “argenquinos”, el mayor desafío es el de romper con los estereotipos que están profundamente arraigados en la sociedad argentina sobre la comunidad china (y los de otras comunidades que han inmigrado al país en recientes años).

Pero, de muchas maneras, somos nosotros los que tenemos las mejores herramientas para romper con estos estereotipos y ser un puente entre las dos comunidades.

“Los que podemos contar la realidad de nuestra comunidad, los que tenemos la herramienta del idioma para romper los estereotipos, somos nosotros, la segunda generación”, dice Carlos Lin, un locutor y conductor de televisión que llegó al país desde Taiwán con tan solo dos años. “Somos pocos, pero nos tenemos que unir para informar a la gente. No solo por el bien de la sociedad argentina en la que vivimos, sino también para nuestra propia comunidad”.

Algunos, como Carlos y yo, decidimos usar el periodismo para generar un mayor entendimiento de la comunidad china en Argentina. Pero como nosotros hay otros que, a través de su profesión, están de a poco rompiendo con los prejuicios. Otros como Delia Hou, que es abogada y bailarina de tango. O como Gustavo Ng, quien desde 2011 edita la revista *Dang Dai*, la primera revista de intercambio cultural Argentina-China.

El desafío no es fácil. Pocos de la segunda generación de chinos en Argentina deciden quedarse a estudiar y crecer profesionalmente en el país. La mayoría nunca logró arraigarse completamente en esta nueva tierra. Y para los que decidimos quedarnos, el desarrollo profesional apartado del estereotipo es un desafío.

“Ser mujer, oriental y actriz es difícil a nivel profesional. Como actriz no hay muchas opciones”, dice Carolina Hsu, que además de actriz es música y conductora. “Los únicos roles que hay son actuar de cajera, o de una persona que no sabe hablar bien castellano. Muchas veces me pasa que hablo bien castellano y no les sirve, me preguntan si puedo hablar mal, o más bruto”.

De todas formas, sabe –todos sabemos– que para cambiar la mi-

rada de los otros muchas veces hay que cambiar primero la imagen que tenemos en nosotros. Si somos lo que hacemos con lo que hicieron de nosotros, solo nos queda un camino, aquel que escribiera Miguel de Unamuno: el de ser, antes que hijos de nuestro pasado, padres de nuestro futuro.

LAS DOS REPÚBLICAS

Gabriel Weitz

Ingeniero industrial (UNR). Apasionado por la movilidad sustentable, fundador de Carpoolear. Ha trabajado en diversas empresas en el país, entre ellas Google, Dow Chemical y Ternium.

Para Argentina, el 2030 era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, era la era de la sabiduría, era la era de la necesidad, era la época de la creencia, era la época de la incredulidad. En el 2030 Argentina vivía dos realidades completamente distintas: una en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), la otra en lo que coloquialmente llamamos “el Interior”.

¿Por qué creo que llegaremos divididos al 2030? Porque el principal motor de crecimiento del trabajo en el siglo XXI se da en las ciudades, a través de lo que llamamos la “economía del conocimiento”. Esta categoría engloba categorías diversas como *software*, biotecnología, producción audiovisual, telecomunicaciones y Argentina está preparada para ella: su población es urbana y es un referente regional en algunas de estas industrias. Pero, lamentablemente, el desarrollo no es parejo en el país: por ejemplo, Buenos Aires concentra el 80% de los empleos de *software* y casi el 90% de la industria audiovisual.

Así como un pez no entiende lo que es el agua, los seres humanos no solemos darnos cuenta de cosas obvias; en el caso de los argen-

tinios, no entendemos lo desproporcionado del AMBA. No existe ningún otro país grande que concentre a un tercio de su población en una sola área metropolitana.

Este fenómeno, lejos de menguar, se acelera: entre los últimos dos censos el AMBA creció al doble de velocidad que Córdoba y Rosario. Y no es sólo por la migración interna: según un informe de Migraciones de mitad de 2018, “el 80% de los 530.000 inmigrantes radicados desde 2015 viven en la ciudad de Buenos Aires y en el primer cordón del conurbano”. A este paso, para el 2030 el AMBA podría concentrar al 40% de la población, duplicando la proporción de cualquier otro país grande en el mundo.

¿Cómo llegamos a esto? ¿Acaso existió allí una gran tribu precolombina que nos legó la tradición de hacer filas para todo? En lo absoluto: al momento de nuestra independencia, menos del 10% de sus habitantes vivían en la aldea portuaria. Mi hipótesis es que el Estado Nacional históricamente priorizó el desarrollo de Buenos Aires. Dependiendo de la visión del gobierno de turno esto se hizo con empleo público, con obras o con subsidios.

Esto se nota al comparar las inversiones y subsidios nacionales en transporte en el AMBA versus las ciudades del Interior, o al ver que la Avenida Libertador concentra más museos nacionales que cualquier provincia. La capital política también es la capital económica y cultural del país, algo que no suele suceder en muchas naciones grandes.

En un país donde la mayoría de las divisas se generan por exportaciones que no pasan cerca de la Casa Rosada, los fondos nacionales históricamente no fueron ecuanímenes. La consecuencia, una creciente división del país en dos: por un lado, un Interior en donde no se genera la masa crítica de empleos de conocimiento que son esenciales para el desarrollo en este siglo; por el otro, una metrópoli desbordada que lucha cada día con su gigantismo.

Mi observación como argentino que nació y estudió en el Interior, y trabaja en Buenos Aires desde hace casi una década, es que la causa raíz de esta división radica en cómo se piensa al país, en los

conceptos: existe *la* ciudad y luego un Interior que se identifica con los recursos: soja, gas, litio; también personas, que si quieren progresar migrarán a *la* ciudad. Así como el Imperio Británico desarrolló una red ferroviaria en la India con el objetivo de extraer sus recursos –y no de desarrollar la economía local– muchas decisiones sobre el Interior se tomaron con un modelo de extracción. La investigación científica es probablemente uno de los pocos rubros realmente federal en Argentina, con el esfuerzo del CONICET de desarrollarse en todo el país. Esto demuestra que, si se quiere, se puede.

Este fenómeno ocurre en otros países del mundo, y muchos de ellos actúan. En Japón el gobierno subsidia a las empresas que instalan sus *headquarters* fuera de Tokio. En Inglaterra se mudó la *BBC* a Manchester para fomentar el desarrollo audiovisual fuera de Londres. En Israel el ejército relocalizó sus unidades de tecnología de Tel Aviv hacia la periférica Beersheba. En Estados Unidos el fondo *Rise of the Rest* –formado por el dueño de *Amazon* y el ex-CEO de *Google*, entre otros– invierte en los startups de los llamados “*flyover states*”.

Las recetas son difíciles de copiar entre países, pero sí podemos pensar en lo que no tenemos que hacer: no analizar al país como un juego de suma-cero en el que AMBA e Interior tienen que luchar para ganarle al otro. No tiene sentido retomar la batalla de Pavón. Tampoco ideas como mover la capital política del país. Y no caer en un romanticismo rural de “la vida más tranquila”. La urbe ya triunfó. Pero ya que el siglo XXI nos va a encontrar viviendo en ciudades, lo bueno sería que fuera en muchas ciudades argentinas y no en una sola.

En el Interior hay ocho áreas metropolitanas con más de medio millón de habitantes y al menos un centenar de ciudades pequeñas con historia, recursos y potencial humano para tener un futuro pujante. Llegó el momento de hacer una acción afirmativa (*affirmative action*) para el desarrollo de las ciudades del Interior, socias en el crecimiento del país.

Si hacemos las cosas bien, en la Argentina del 2030 hay una mi-

gración interna que continúa, pero ya no unidireccionalmente: también porteños y bonaerenses se instalan en Mendoza, Córdoba o Santa Fe. Asimismo, el AMBA baja su ritmo frenético de crecimiento, y las nuevas obras permiten que quienes habitan la ciudad más cosmopolita de la región y sus suburbios accedan a una mejor calidad de vida. Y, finalmente, las ciudades del interior se desarrollan al exportar productos de la economía del conocimiento: un interior de recursos, y también un interior de personas, disfrutando plenamente del siglo XXI.

DEBATE PÚBLICO Y COMIDA CHATARRA: el caso de la deuda soberana

Anahí Wiedenbrüg

Licenciada en Ciencias Políticas (University of Maastricht), magíster en Teoría Política (University of Oxford) y en Economía Política (London School of Economics) y doctora en Ciencias Políticas (London School of Economics). Es investigadora en la Escuela de Gobierno de la Universidad de Oxford e investigadora visitante en la Universidad Torcuato Di Tella. Su investigación se centra en el impacto social de innovaciones en el sector financiero.

La Organización Mundial de la Salud nos confronta con una aparente paradoja: a nivel global, millones de individuos sufren paralelamente de sobrepeso y desnutrición. Mientras más consumimos comida chatarra, menos nos nutrimos. En el debate público argentino podemos observar una paradoja similar: aunque el tono de los debates sea de altos niveles de moralización y politización, los verdaderos dilemas morales y políticos no son siempre discutidos. El debate concerniente a la deuda pública es un excelente ejemplo de ello.

Una parte de nuestra sociedad considera que la adquisición de deuda soberana externa –tanto privada como multilateral– es la causa de muchos de nuestros problemas. Adquirirla pone al gobierno a la merced de los intereses de quienes lo financian. Otra parte de

nuestra sociedad, en cambio, considera que la adquisición de deuda soberana externa es una herramienta que, bien invertida, podría servir de catalizador positivo de cambio y desarrollo, y que adquirirla es una opción preferible ante otras alternativas como el incremento de la carga impositiva o el uso de la política monetaria como modo de financiamiento.

La percepción mutua de las diferentes partes de la ciudadanía que defienden las respectivas posiciones está fuertemente moralizada: mientras que a las personas que nos preocupa la independencia de un gobierno altamente endeudado se nos tacha como populistas (y por ende, malas personas), las que defendemos la deuda externa como herramienta de desarrollo somos neoliberales (y también, consecuentemente, malas personas).

Llevar a cabo el debate público de esta manera es análogo a alimentarnos de comida chatarra. Mientras que sobremoralizamos el debate, perdemos de vista las verdaderas dimensiones morales, lo que permitiría nutrirnos verdaderamente como sociedad. Por otro lado, lo análogo a una alimentación sana y nutritiva en el debate público es un intercambio basado en dos pilares básicos: la incorporación de la mayor cantidad de evidencia posible, y la concientización de que verdaderas decisiones morales y políticas han de ser tomadas. Déjenme ilustrar estos pilares volviendo al debate de la deuda pública.

Al día de hoy sabemos a ciencia cierta que hay niveles de deuda sustentables y otros que no lo son. Cuando los economistas hablan acerca de sustentabilidad, hablan de una proporción entre deuda adquirida y PBI que permite al Estado deudor cumplir con los plazos acordados para repagar la deuda. Cuál es exactamente ese nivel de deuda no está tan claro aún. En el medio de la crisis soberana Griega (2010), respetados economistas hablaron de una relación sustentable de deuda/PBI del 90%. Al poco tiempo, se encontraron fallos técnicos en las bases de datos que respaldaban el análisis de estos economistas, reabriendo el debate acerca del límite sustentable de adquisición de deuda. La búsqueda por una cifra que capture

una relación sustentable de deuda/PBI se vuelve aún más compleja tomando en cuenta que la cifra varía fuertemente entre países y regiones del mundo. Una proporción de deuda/PBI que es sostenible para países que ocupan una posición privilegiada en el orden político-económico global, es completamente insostenible para otros países cuyos acreedores tienen menos confianza en su capacidad de pago.

Por lo tanto, seguir investigando acerca de niveles sustentables de deuda soberana desde la Argentina y para un país como la Argentina, nos permitiría hacer una verdadera contribución a la estabilidad financiera global. A su vez, incorporar la evidencia existente en el debate público acerca de la deuda soberana, hacerla comprensible para la ciudadanía y seguir invirtiendo en la investigación para aclarar los aspectos técnicos aún no resueltos es una condición esencial para incrementar la calidad del debate público en la Argentina.

No obstante, sería iluso o deshonesto asumir que todas nuestras diferencias políticas pueden ser resueltas a través de la introducción de nuevos modelos o evidencia. Tomemos la convicción de que la deuda pública genera una sumisión del Estado deudor a sus acreedores extranjeros como ejemplo. La evidencia muestra que cuando los recursos del país deudor son acotados, los plazos de pago son cortos y las tasas son altas, el gobierno electo se ve confrontado con un dilema. Por un lado, como representante electo de la ciudadanía, el gobierno tiene una obligación moral de velar por sus intereses. Por otro lado, en virtud del contrato legal acordado al adquirir deuda, el gobierno tiene una obligación contractual de cumplir con los plazos de pago de la deuda. En el corto plazo, estas dos obligaciones pueden entrar en conflicto: ¿Qué se debería hacer? ¿Priorizar el cumplimiento de una obligación contractual y repagar la deuda, incluso si esto –en un contexto de austeridad– viene al costo de sacrificar algunos derechos socio-económicos? ¿O se debería priorizar los intereses de la ciudadanía (en el presente) y reestructurar la deuda voluntaria o involuntariamente?

Estas son las verdaderas preguntas ético-políticas que deberíamos

estar debatiendo públicamente. No se trata de identificar ángeles y demonios. Adoptar una u otra postura no nos hace ni malas ni buenas personas. Al contrario, incorporar la mayor cantidad de evidencia posible y reconocer el carácter indiscutiblemente ético-político de asuntos centrales de política pública nos ayuda a matizar preguntas complejas que merecen una respuesta diferenciada sin caer en la denuncia inmediata de aquellas personas que defienden una opinión diferente a la propia.

Adoptar esta actitud de diálogo abierto e ir más allá de la sobremoralización de las personas con las que discutimos, también nos permite construir puentes entre posturas aparentemente opuestas. Con respecto al dilema al que se enfrenta un gobierno endeudado se podría, por ejemplo, defender la idea de una sustentabilidad de deuda, no solo económica, sino también socio-política. Esto implicaría que pasado un cierto nivel de endeudamiento, el gobierno no debe adquirir más deuda para preservar su independencia y capacidad de actuar en el interés de quienes representa.

Incorporar un umbral de deuda que añade la dimensión socio-política en el debate es sólo una posible respuesta al dilema real que los gobiernos enfrentan. Sin embargo, ilustra el tipo de soluciones que pueden debatirse cuando dejamos de consumir comida chatarra en el debate público y empezamos a nutrirnos realmente como sociedad.

EL PERSONAL ES POLÍTICAS: apuntes sobre diversidad para una sociedad inclusiva

Mayra Zak

Licenciada en Relaciones Internacionales (USAL) y maestranda en Derechos Humanos y Políticas Sociales (UNSAM). Es consultora en diversidad e inclusión.

Las nuevas tecnologías, una mayor expectativa de vida, el acceso a transporte más rápido, más barato y de calidad, un entendimiento más profundo de las múltiples aristas que componen nuestras identidades individuales y una tendencia hacia relaciones más igualitarias entre los géneros están afectando nuestras sociedades de una forma sin precedente. Esta diversidad florece a la par de un mercado laboral que pareciera mantenerse mayormente escéptico respecto de la necesidad de amoldarse a los tiempos que corren y a las sociedades sobre las que opera.

A diario vemos a las empresas cometer errores por no considerar el modo en que su mensaje, sus productos y sus servicios pueden ser recibidos por personas distintas. Los ejemplos abundan y tienen impacto tanto simbólico como concreto. Por un lado, muchos comerciales siguen reforzando estereotipos de género y, por otro, los productos y soluciones que son puestos en el mercado tienden a ig-

norar a quienes luego los usan. Sin ir más lejos, mueren muchas más mujeres que hombres a la espera de un órgano porque los corazones artificiales son de “talle único” y están diseñados para la cavidad torácica del 86% de los hombres pero sólo sirven a un 20% de las mujeres; y son también las mujeres quienes tienen más chances de sufrir heridas graves en accidentes de tránsito porque los cinturones de seguridad fueron creados con un solo tipo de corporalidad en mente: la masculina.

Esta falta de sensibilidad tiene para las empresas un impacto negativo cuyo precio a pagar es muy alto: menor rendimiento económico, incapacidad para atraer talento y dificultades para desarrollar nuevas oportunidades de negocios ante una base de consumidores que, cada vez más, demanda a las empresas un comportamiento más ético, transparente y socialmente responsable.

Estos problemas son resultado de la ausencia de voces más diversas en posiciones críticas de toma de decisiones. Solo cuando las personas aportan diferentes experiencias, habilidades y antecedentes se alimenta la necesidad de tener en cuenta más alternativas, prepararse mejor para la toma de decisiones y anticipar diferentes puntos de vista. Al hablar de diversidad hacemos referencia tanto a la *diversidad adquirida*, aquella que aprendemos o ganamos a partir de nuestras experiencias, como a la *diversidad inherente*, aquellos rasgos y características con los que nacemos y que no podemos modificar (el contexto socioeconómico, la identidad de género, el lugar de procedencia, la etnia, la orientación sexual, la discapacidad y la edad, entre otros).

Ante una sociedad en constante cambio, cuanto más parecida sea la nómina de una empresa a esa sociedad en la que opera, más sencillo será lograr que una mayor cantidad de voces se vea representada y, en consecuencia, sea posible ofrecer mejores productos y servicios. Está bien documentada la manera en que los equipos que contemplan, fomentan y celebran su diversidad operan con una ventaja competitiva para las empresas, es decir, con un valor diferencial que les permite adquirir una posición favorable respecto a otras. La

última investigación de *McKinsey & Company* (2018) confirmó una vez más la importancia estadística de la diversidad para un mejor desempeño financiero. Las empresas en el cuartil superior respecto de la diversidad étnica o de género tienden a tener rendimientos financieros por encima de la media nacional en sus industrias.

Más allá de los resultados de negocios, hay también una justificación ética de la diversidad que refuerza la relación integral entre los individuos, las empresas y la sociedad. Los principios éticos y el rédito económico no son términos excluyentes. Las empresas son tan influyentes en nuestra cultura, en nuestras comunidades y en nuestro entendimiento colectivo, que respaldar la diversidad y la inclusión simplemente porque *es bueno* para los negocios no es suficiente: las empresas tienen la posibilidad de ser un vehículo para el cambio social. Esto también es traducible a la forma en que funcionan los gobiernos.

Esta tendencia creciente en el sector privado aún no ha hecho eco en las esferas de la administración pública. Al igual que ocurre con las empresas, muchas veces los gobiernos ven cómo sus políticas públicas producen consecuencias negativas no intencionales sobre aquellos mismos grupos a los que intentaban ayudar o deben asumir costos políticos por haber “pasado por alto” a determinada comunidad. Sin ir más lejos, la canasta básica familiar podría contemplar como productos de primera necesidad aquellos utilizados por las mujeres para gestionar sus períodos menstruales (compresas, tampones, algodón...), un gasto mensual ineludible.

En esta línea, Leah Daughtry, quien se desempeñó como CEO de la Convención Nacional Demócrata en EE.UU., nos invita a reflexionar sobre estos temas a partir de una reinterpretación de la consigna feminista de fines de los sesenta, “lo personal es político”. Esta consigna que sirvió para subrayar las conexiones entre la experiencia personal y las estructuras sociales y políticas por encima de ella, nos permite pensar en cómo “el personal es políticas”. Es decir, de qué manera la composición de equipos de trabajo tendrá un impacto en el diseño, la implementación, la calidad y el alcance de las políticas públicas.

Así como la diversidad permite que las empresas se beneficien económicamente obrando en el proceso como vehículo para el cambio social, cuando la diversidad llega a los gobiernos la ecuación se invierte. Estos pueden tomar decisiones más informadas que beneficien a todos los ciudadanos, aumentando su capacidad para atender a una población heterogénea y, en el proceso, hacer un mejor uso de los recursos de los que disponen. De cara al 2030, es fundamental que las instituciones de gobierno sigan un camino progresivo, reflejando cada vez más la diversidad necesaria para avanzar en políticas públicas verdaderamente inclusivas.

La diversidad es más que una palabra de moda o un casillero a marcar: es un componente valioso y diferencial para responder a un mundo en constante cambio; una oportunidad que ni empresas ni gobiernos pueden permitirse ignorar, en especial de cara al futuro.

NO HAY malas palabras

Bárbara Zeifer

Licenciada en Ciencias Políticas (UBA), magíster en Análisis del Discurso (UBA) y realizó posgrados en Negociación y Resolución de Conflictos (Georgetown University, Bar Ilan University). Es co-fundadora de Diversity Network, la primera comunidad inter-religiosa de Buenos Aires y consultora en política y discurso.

Hace poco más de un año conocí por primera vez a un musulmán. Estábamos en una oficina pequeña del centro porteño, con paredes blancas y una mesa redonda. Recuerdo mis nervios antes de que llegara, la incomodidad usual cuando uno se encuentra en una situación nueva.

Yo había crecido dentro de la colectividad judía de Buenos Aires, pero no me consideraba para nada una persona cerrada. Me había graduado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, donde con mis compañeros discutíamos todo tipo de ideas. Había estudiado el conflicto en Medio Oriente también en universidades del exterior, con compañeros de todas partes del mundo, incluyendo jordanos, cataríes, palestinos, chinos e indios. Pero solo ante aquella entrevista caí en la cuenta de que, habiendo miles de musulmanes en mi propia ciudad, yo no conocía verdaderamente a ninguno.

Recuerdo también lo que más me impactó de aquel primer mu-

sulmán, su dulzura. Me contó acerca de su historia y la de su familia. Sobre cómo llegaron a la Argentina, cómo fue su vida en la comunidad islámica de Buenos Aires, cómo vivía su religiosidad. Todo eso podría haberlo imaginado, quizás incluso leído en algún artículo. Pero de nuestro encuentro me llevé algo extra, una sensación no intelectualizable a la que solo se accede cara a cara: sentí empatía. Caí en la cuenta de que, a pesar de haber leído tanto sobre Medio Oriente, sabía mucho pero entendía poco.

Desde entonces me obligué a salir de mi zona de confort cada vez más para encontrarme con los otros, con los que tenían una historia diferente, con los que pensaban distinto, de quienes conocía muchos argumentos pero pocas personas de carne y hueso. Cuanto más escuchaba, más quería saber. Con cada uno descubría un mundo nuevo, que siempre había estado ahí pero que yo nunca me había atrevido a ver. Gente que había crecido en mi misma ciudad a pesar de durante décadas haber habitado mundos completamente diferentes.

En mi recorrido conocí a Rebeka, que vive en el barrio 21-24 de Barracas y me contó que jamás la llaman cuando deja un currículum porque en su dirección no dice el nombre de una calle sino el número de una manzana. A María Isabel, venezolana, que llegó a la Argentina por temor a que su hijo menor, aún estudiante, fuera detenido por las fuerzas oficiales. A Yesica, que viniendo de un pueblo rural tuvo que realizar los trabajos más diversos para cumplir su sueño de estudiar y hacer música en Buenos Aires. Y yo que pensaba que sabía todo.

Si hay algo que en la Argentina todo el mundo cree tener suficiente, es razón. Ya sea en las redes sociales, en el trabajo, en la facultad o en la familia, todos creemos ser dueños de la verdad. Vivimos con miedo a las diferencias, al tiempo que estamos cada vez más expuestos a ellas: las corrientes migratorias masivas desde la periferia hacia los países del centro; los reclamos sociales por la aceptación de la diversidad de género; las múltiples luchas por la ampliación de derechos para las minorías.

Sentimos que el extranjero, el diferente, el “Otro” amenaza nuestra forma de vida, pero la democracia no sería tal sin esta diversidad.

Su mayor amenaza, justamente, es el absolutismo de la razón: asumir que toda la verdad está de un solo lado, percibir a los adversarios como enemigos, perseguir un mundo (imposible) en el que no exista el disenso.

Para construir una sociedad más democrática, por lo tanto, tenemos que ejercitarnos en el encuentro con el otro. Con tal objetivo, junto con un grupo de colegas cristianos, musulmanes y judíos fundamos *Diversity Network*, una plataforma de jóvenes profesionales especializados en herramientas blandas de Resolución de Conflictos que se dedica a organizar y facilitar talleres en diferentes ámbitos en los que los participantes ejercitan sus habilidades de escucha activa, *storytelling*, pensamiento creativo y generación de consensos.

El objetivo del encuentro no es convencer al otro, ni tampoco llegar a un acuerdo. Esta no es una apología del consenso, sino una reivindicación de la utilidad de discutir. Discutir nos enfrenta a escuchar al otro, aunque más no sea para intentar responderle, pero también nos obliga a conocernos mejor a nosotros mismos y a organizar nuestras ideas. Después de cada intercambio todas las partes salen transformadas, habiendo descubierto un mundo nuevo de historias y razones.

Lo más difícil, por supuesto, es encontrarnos con aquel con el que diferimos en los aspectos más sensibles, aquellos que afectan directamente nuestra identidad, nuestra historia y el modo en el que vemos e interpretamos al mundo. Pero la falta de diálogo no hace que el otro desaparezca. Muy por el contrario, agranda la distancia, el miedo, el rencor, la desconfianza en nuestra sociedad.

A continuación, cinco consejos que nos permiten discutir mejor que obtuvimos de nuestra experiencia en *Diversity Network*:

1. Primero, entrar en confianza. Conocerse y descubrir lo que tenemos en común es la base para un diálogo positivo y respetuoso.
2. Encontrarse en un lugar seguro y confidencial. Es dentro del propio grupo que suelen aparecer las mayores críticas al proceso.
3. Contar historias personales. Compartir emociones y sentimientos.

tos permite comprender por qué resulta tan importante o se es tan inflexible respecto de tal o cual aspecto.

4. Hablar siempre desde el “yo”. La primera persona evita tener que hacerse cargo de posiciones institucionales externas.
5. Sincerarse. Permitirse revelar nuestras necesidades, los deseos, los miedos y las preocupaciones. Ese es el instante en el que nos damos cuenta de que somos más parecidos de lo que creíamos.

En este volumen encontramos grandes ideas para discutir en torno a la Argentina que queremos para el 2030. Es una gran oportunidad para debatirlas, sobre todo entre los que no estamos de acuerdo. El diálogo siempre es bueno, y es necesario para sostener nuestra democracia. No hay malas palabras.

LA TEORÍA DEL 5%

Gabriel Ziblat

Licenciado en Ciencia Política (UBA) y periodista (TEA). Actualmente se desempeña como subeditor de Política del Diario Perfil y columnista en el canal de noticias A24.

¿Cuánto avanzaría nuestra democracia si aceptáramos que el que piensa diferente no es un enemigo, sino que simplemente piensa diferente? ¿Tan difícil es imaginar una Argentina sin grieta? ¿Son tan irreconciliables las ideas que nos separan de aquellos que piensan distinto a nosotros? ¿Nos damos cuenta que muchas veces terminamos queriendo lo mismo que ese que está en la vereda de enfrente? ¿Y el periodismo qué rol juega? Parecen preguntas simples pero no lo son: es una forma contracultural de pensar.

Hace unos años, una amiga me preguntó, casi al borde de la indignación: “¿Cómo hacés para discutir con esa gente? ¿No te pone nervioso? ¡Mienten descaradamente!”. No es necesario poner nombres, a ambos lados de la grieta se repiten estos comentarios. Le respondí con una idea que intento aplicar cada vez que me encuentro enfrascado en un debate: “la teoría del 5%”.

No hay recetas que ayuden a amigarse con la grieta: son necesarios cambios más profundos. Culturales, sociales, políticos e inclusive institucionales, que servirían pero llevarían tiempo. Y como siempre en estos casos, el primer paso empieza por uno mismo. ¿Cómo

funciona la “teoría del 5%”? Cada vez que discuto con alguien, por más básico e inverosímil que me parezca su argumento, pienso que hay un 5% de probabilidades de que la otra persona esté en lo cierto. Un 5% de chances de que su verdad sea la realidad y que sea yo el que esté interpretando mal los hechos. La idea no es que uno termine siempre dándole la razón al otro, sino buscar empatizar con su postura y no despreciarla. En primer lugar para escucharlo. Segundo para intentar entenderlo. Y tercero para buscar si hay coincidencias. ¿Y si soy yo el que está equivocado? La grieta y la soberbia suelen ser buenas aliadas.

El 5% es simbólico. Es un primer paso que nos ayuda a entender. El número cinco, muchas veces emparentado con la idea de equilibrio, en este caso llevaría a seguir defendiendo con firmeza nuestras ideas, pero con la sabiduría suficiente para percibir que no somos perfectos. Como cualquier estudio científico social: es nuestro margen de error. Con los prejuicios arraigados es muy difícil aceptar la posibilidad de equivocarnos. Porque, en el peor de los casos, significa reconocer que durante mucho tiempo uno estaba errado.

Como país, los argentinos estamos agrietados desde los inicios. Unitarios y federales, personalistas y antipersonalistas, peronistas o kirchneristas y sus respectivos anti. Los ejemplos abundan y esos antecedentes no ayudan a imaginar un futuro sin grieta. Incluso en los momentos de mayor desarrollo y progreso económico del país hubo grietas, proyectos contrapuestos con dificultades para encontrar puntos en común. No es sólo una cuestión de oficialistas contra opositores, esto tiene consecuencias para nuestra propia dinámica política. Cuando el poder cambia de mando, por ejemplo, no hay tantos impedimentos para que el nuevo gobierno haga todo lo contrario a lo que hacía el anterior.

¿Podemos imaginar un 2030 sin grieta? Difícil, pero quizás el problema no sea la grieta, sino cómo la procesamos. Si la grieta paraliza, si la grieta no permite ponerse de acuerdo en políticas de largo plazo, es que estamos ante un problema. Cuando la grieta es tóxica y arruina las relaciones personales, estamos ante un problema. Cuan-

do la grieta engeguece e impide destacar lo positivo del adversario, estamos ante un problema.

¿Qué pasa cuando la grieta se cuela en el periodismo? Su efecto es totalmente nocivo. Mientras peor es la calidad periodística, menos se contribuye a la consolidación de la democracia, a su profundización en todos los aspectos de la vida social. Con la proliferación de las redes sociales y la sobreabundancia de información, el periodismo profesional está virando cada vez más a una función de no solo informar, sino agregar valor y analizar y procesar los datos. Del análisis a la opinión, estamos a un solo paso. Y ahí es donde empiezan los problemas.

La opinión en el periodismo nos termina posicionando, generalmente, en un bando de la grieta. ¿Está mal que el periodismo opine? No. Siempre hubo opinión en el periodismo, solo que quizás quedaba más encubierta. El desafío a la hora de sentar una postura es no perder el equilibrio y exponer las diferentes visiones que hay sobre un tema. Ir más a los datos duros, a las estadísticas, y menos a los lugares comunes y a las frases repetidas como verdades absolutas. Desde ambos lados de la grieta se pueden utilizar datos para sustentar un análisis, pero lo fundamental es no invisibilizar al otro. Es la teoría del 5%, pero en el periodismo: aunque uno piense que determinada información o postura es disparatada, tiene que aceptar el desafío de escuchar, entender y buscar puntos de coincidencia. Ese 5% permite enriquecerse, por adquirir nuevos conceptos o ratificar las ideas propias.

¿Hay algún límite? La mentira y la corrupción. En ese caso, el desafío es dejar en evidencia, sin que sea el periodismo el que se ponga en el rol de juez. Fiscalizar, investigar, analizar, cruzar datos, pero no condenar. Dejar en claro por qué no hay un 5% de chances de que tengan razón.

A la larga no importa tanto quién tiene la verdad, sino cómo se construye una democracia que permita afrontar los problemas que arrastra el país, como la pobreza estructural, una deficiente educación y niveles de inseguridad alarmantes, y también los problemas

que amenazan globalmente, como la situación del empleo, la protección del medio ambiente o la producción de nuevas energías. La teoría del 5% no va a salvar la grieta, no va a construir un puente, pero sí puede ayudar en el camino de entender que lo que hoy tenemos solo son diferencias. En muchas de ellas no nos vamos a poner de acuerdo, pero en muchas otras tal vez sí. Y por ahí tenemos que empezar. Por lo menos esa es mi idea, denle un 5% de posibilidades de que pueda funcionar.

En 2017, Argentina 2030, el programa de prospectiva y largo plazo de la Jefatura de Gabinete de Ministros de la Nación, convocó a 100 referentes indiscutidos en sus campos de trabajo e investigación para responder a la pregunta: “*Si tuviera que escoger una política o reforma en su campo de conocimiento o actuación, con vistas a la Argentina del 2030, ¿cuál propondría?*”. Las respuestas fueron recopiladas en la publicación *100 Políticas para la Argentina del 2030*.

En 2018 y 2019 continuamos con el ejercicio, y preguntamos por las ideas que debíamos explorar y las conversaciones que debíamos tener para estar mejor preparados para el 2030. La novedad fue que la pregunta fue dirigida a jóvenes, a los que serían los protagonistas de ese futuro. Nuestra intención fue conocerlos y conectarlos, fomentando entre ellos una nueva conversación democrática en torno a los desafíos del siglo XXI.

Como resultado, cincuenta participaron con un texto propio de la presente publicación: *Ideas para la Argentina del 2030*. Los principales temas que recorren sus páginas son democracia y representación política, historia y memoria, derechos digitales e inteligencia artificial, periodismo y medios, educación, trabajo y ciudades, todos atravesados por cuestiones de género y nuevas tecnologías.

Esperamos que esta compilación de voces que nacieron y crecieron en democracia, contribuya, de forma plural y diversa, a la construcción de una visión compartida del país y de sus desafíos.

